

PATRICIA HERVÍAS
PERDIENDO
EL JUICIO



Índice

Portada	
Dedicatoria	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Epílogo	
Agradecimientos	
Biografía	
Créditos	
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A Daniel, porque la inocencia de una sonrisa no se compra, se disfruta

1

«No aprenderé nunca, eso lo tengo más que claro. Lo peor de todo es que sé que debo poner fin a este tipo de despertares de una vez por todas.»

¿Por qué, en cuanto fui consciente de que ya no estaba durmiendo, me dije eso? Porque el martilleo, constante e in crescendo, iba a acabar matándome definitivamente y sin ningún tipo de remordimientos.

Acerqué el reloj a lo que intentaba que fuera lo más cerca de cualquiera de los dos ojos, el que reaccionara primero.

«Nota mental: desmaquillarse antes de acostarse. Fin del recordatorio.»

Fue el más pegado a la almohada el que, después de un pequeño esfuerzo, se abrió por completo.

—¡Joder! —solté a la par que intentaba incorporarme en la cama.

Era tardísimo y a primera hora tenía que estar en el juzgado para revisar una documentación relativa a uno de los juicios que estaba a punto de cerrar; ni siquiera tenía redactada la mitad de la sentencia.

Bostecé intentando desperezarme mientras me preguntaba cómo era posible que sintiera una ligera comezón en la entrepierna... como si alguien hubiera estado rozando allí su barba cual lija de pulir madera de cedro.

—Buenos días, nena.

Creo que pegué el grito más grande que nunca antes se había oído. Ni en una película de Wes Craven, vamos.

No quería mirar; no, no, no...

Me prometí, aunque sabía que se trataba de otra mentira más, que eso tampoco volvería a pasarme. Otra noche más en la cama de alguien y sin acordarme de nada recién levantada.

Voy a explicarme, porque, si no lo hago, esto puede interpretarse como algo que no es. El tema está en que, cuando duermo, lo hago de verdad. Reseteo de tal manera mi cerebro que no me centro hasta que no pasan unos minutos después de tener *el ojo* abierto. ¿Qué quiere decir esto? Que no me voy borracha a la cama y luego no me acuerdo de con quién he estado, no. Simplemente tengo muy mal despertar, lento, y eso es lo que me estaba pasando en ese instante.

No era consciente de dónde estaba, pero, por lo visto, no era en mi cama. Así que tenía dos salidas: una, esperar a recordar, y ya lo estaba haciendo; dos, darme la vuelta para ver con quién y

dónde había pasado la noche.

Sin malgastar un segundo más, pues no estaba para perder tiempo, me incorporé definitivamente y, al girar el rostro, me encontré con la mirada de un tipo con carita de perrito desvalido. Y sí, tenía barba, por ello entendí lo de mi entrepierna. Me sonreía con aspecto somnoliento. No estaba mal, pero que nada mal... y de pronto mi memoria funcionó a la perfección.

La noche anterior había salido de fiesta con las chicas; teníamos pendiente celebrar que, después de mucho estudiar, hacía ya un tiempo que había conseguido aprobar la oposición para ser jueza. Lucía había venido a pasar unos días a Madrid, y esa noche había dejado a su pequeño con Rodrigo en casa de sus padres. Lourdes había regresado de México por unas semanas, para visitar a sus familiares, y Nuria aprovechó la conjunción para aparcar a su marido. Llevábamos sin vernos casi un año, el tiempo que hacía que Lourdes se había casado, y por eso la celebración había quedado pospuesta hasta ese momento.

Fue una noche memorable y, claro, cuando ellas decidieron retirarse a sus reales aposentos, a mí me estaba tirando la caña un hombre que estaba de toma pan y moja. Por supuesto, soy la única soltera del grupo y he de aprovechar las oportunidades que la madre naturaleza pone frente a mis ojos. He de dar rienda suelta al calentamiento global humano que mi cuerpo desprende.

—Alfonso... —Lo miré timoratamente, temiendo que me hubiera equivocado al recordar su nombre.

—Eso es —asintió a la vez que se acercaba con la rapidez de un halcón a colocarse en posición de cucharita y situaba una mano en uno de mis pechos, para ser exactos, a excitar un pezón, y la otra se entretenía en mi sexo...

«Pero qué bien que me está sentando este despertar tan... pero ¿qué hace? Me ha girado, me ha puesto boca abajo, he oído cómo rasgaba un preservativo y, ala, ¡todo para dentro!»

—Buenos días, rubita juguetona. —Se dirigió a mí con suavidad, mientras ponía sus manos en mi cintura, levantándose para colocarme a cuatro patas.

Así me penetraba con más fuerza, mientras sentía cómo una de sus manos me apretaba un pecho y acariciaba con la otra mi clítoris con destreza.

Ni dolor de cabeza, ni naranjas de la China. «¡Buenos días, mundo!» como diría Mafalda.

«Más despertares follando y menos jodiendo.» A ver, esto sí que no lo diría ella.

¡Mi madre!, no sabía lo que ese tío estaba haciendo exactamente con su cuerpo y el mío, pero, en menos de cinco minutos, un orgasmo intenso recorrió todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. Grité mucho y apreté con fuerza las sábanas, que acabaron enrolladas entre mis manos. Poco después se corrió él y se dejó caer sobre mi espalda.

Fue uno de esos polvos mañaneros arrolladores que hacen que no se te quite esa sonrisa de gilipollas que se te pone después de follar. Sí, porque eso era lo que había hecho, y en ese momento lo recordaba... pasar toda la noche follando sin parar con ese tío, y acabábamos de rematarlo con una de las posiciones que habíamos probado un par de veces.

Lo aparté de mí con brusquedad, para qué mentir, y lo miré a los ojos. La verdad era que el tío estaba bueno a rabiar.

—¿Puedo darme una ducha?

Ví cómo se quitaba el condón y hacía un nudo para dejarlo al lado de los otros ¿cuatro?

—Claro; si me esperas, me ducho contigo y si quieres... —Volvió a insinuar otro polvo.

«¿Este tío ha tomado Viagra o qué?»

—No, lo siento; tengo que marcharme inmediatamente.

Lo dejé planchado.

—Pero si hoy es sábado y sólo son las ocho.

—Lo sé, y de verdad que me quedaría. —Como para no desearlo, después de lo bien que me lo había hecho.

—¿Entonces?

—Trabajo; tengo que ir al juzgado a las diez de la mañana para terminar una sentencia.

—O sea, ¿realmente eres jueza? —Se estiró en la cama, poniendo los brazos detrás de la nuca y mirándome.

—Claro.

—Pensé que lo decías para vacilarme. —Sonrió.

—Pues no, ya que soy de las de «juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad»...

—Eso no se dice en los juicios. —Se levantó de la cama desnudo y dio la vuelta, para ponerse donde yo estaba.

—*Touché!* —respondí vacilona.

—Pues podemos hacer una cosa —sonrió de medio lado—: nos duchamos —abrí la boca para decir algo, pero me la tapo con la suya— y prometo dejarte en el juzgado a las diez menos cinco —sentenció, echándose sobre mí y bajando directamente a mi sexo para perderse en él.

2

Efectivamente, a las diez de la mañana entraba por la puerta del juzgado con cara de mal dormida y resacosa, pero con la piel reluciente. No, mi aspecto no lo mejoraba el café que llevaba entre las manos, pues ciertamente parecía una fiestera preadolescente.

Que sí, que soy muy buena en mi profesión, pero creo que muchos de mis compañeros aún no me toman demasiado en serio. A ver, que soy un poco muy mía, y tal vez ésa no sea la imagen que todos esperan de un juez. Me gusta divertirme, ser feliz, salir, entrar y, sobre todo, sonreír a todo el mundo. Y, ¿qué carajo?, bajo la media de edad de este juzgado, que la persona que más se acerca tiene cincuenta y muchos, pero también he de decir que es la única, pues es una fémica, que me sigue el ritmo.

Amparo es una de las mujeres más divertidas que me he encontrado en la vida. Lleva más de veinte años en el juzgado y se conoce a todo el mundo del ámbito legal, buenos y malos. Me aceptó casi como a una hija, pues ella misma sufrió esas miraditas airadas por parte de sus compañeros años atrás. ¿Lo que más me gusta de ella? Nunca dice que no a una copa después del trabajo.

Gracias al cielo no había mucha gente por los pasillos; suficiente para poder entrar en mi despacho, casi a hurtadillas, y ponerme la toga. Sí, siempre ayuda mucho ir vestida de negro por completo; estiliza un montón y, además, disimula la ropa de fiesta del viernes noche.

Oí unos golpes en la puerta.

—¿Puedo pasar?

Era Amparo.

—Claro.

—Hija mía, ¡qué cara!

Cerró la puerta detrás de ella y caminó hacia una de las sillas que tenía delante de mi escritorio.

—¿Qué pasa? ¿Tengo corrido el rímel?

—¿Corrido el rímel? —Una carcajada inundó el espacio—. Yo creo que deberíamos dejar el rímel y hablar de lo otro...

—¿En serio se me nota tanto?

—Querida, más sabe el diablo por viejo que por diablo. Y yo, eso de viejo, lo llevo muy bien.

Amparo me guiñó un ojo.

—Exagerada.

Abrí el cajón que tenía más a mi derecha y saqué un espejito para mirarme bien. No logré encontrar nada fuera de su sitio.

—Ojeras y una piel reluciente. Café en la mesa y —se acercó un poco más para mirar en la papelera— un envoltorio de paracetamol de un gramo.

—Deberías haber sido investigadora en vez de jueza.

Me eché hacia atrás en la silla, recolocando la toga.

—Lo sé, cielo. Pero, además, ¿qué coño haces con la toga puesta en el despacho? —preguntó, como si esa cuestión fuera dirigida a sí misma, pues se iba a responder ella solita—. Esconder la ropa del delito, pues llevas la misma con la que saliste anoche. Tú, con tacones, pocas veces vienes al juzgado.

—Lo dicho. Cuánto ha perdido la Guardia Civil por decidirte a ser jueza.

Volvió a proferir una carcajada de las que hacen historia.

—Bueno, ¿me he equivocado? —planteó.

—No. Anoche salí con las chicas y ya sabes aquel dicho de pájaro que corre o vuela...

—... *pa* la cazuela —terminó la frase.

—Pues eso, que he pasado una noche fantástica y una mañana bastante agradable.

—La mía tampoco ha estado nada mal...

—¿Tú?

—No, mi abuela. —Se hizo la ofendida y le sonreí—. Nena, que yo, a pesar de mis cincuenta y algunos años, estoy de buen ver —finalizó la frase levantándose de la silla y dando una vuelta sobre sí misma.

—Sí, señor. De muy buen ver.

Hice el silbidito típico de un piropo.

—Qué payasa eres. —Subí los hombros, dándole a entender que eso era lo que había y no más—. Pues, lo que te decía, que yo también he conocido a alguien y me ha dado un par de meneos que me ha *dejao despeiná* para un par de días.

—Oye, oye, oye... Para que un maromazo deje *despeiná* a Amparo, debe de estar como para chuparse los dedos.

—Pues sí, y esta noche me ha invitado a una fiesta. ¿Te apuntas?

—¿Yo? —El ambiente en el que se movía la jueza era demasiado elitista para mi gusto—. ¿No voy a estar un poco fuera de lugar? Ya sabes que tu gente y yo...

—Ven. En serio, te lo pasarás bien. Piensa en el champán y el caviar.

—Bueno —miré el ordenador, que hacía rato que estaba encendido—, ya te diré algo esta tarde. ¿Sobre qué hora sería?

—Más o menos a las diez de la noche; puedo pasar a buscarte, así no tienes que preocuparte por nada.

—¿No será una encerrona de las tuyas? —Me mostró una expresión de sorpresa—. No me pongas esa cara, que la última vez me presentaste a unos veinte solteros de oro...

—No, de verdad que no, lo prometo. Es más, no sé ni de qué tipo de fiesta se trata, porque a Manuel lo conozco de los juzgados, no tenemos amistades en común.

—De acuerdo. Anda —moví la mano haciendo el amago de echarla del despacho—, tengo que terminar esta sentencia y pasarla a la secretaría antes de una hora. ¡Fuera!

—Me voy, me voy...

Hora y media más tarde, muerta de sueño y cansada, terminé de hacer todo mi trabajo. Odiaba las sentencias de divorcio «por lo criminal». Llamaba de aquella manera a los contenciosos que no llegaban a ningún acuerdo y luego, con toda la documentación, me tocaba a mí hacer de rey Salomón. Era mi trabajo, no me quedaba otra, pero, cuando firmaba esa clase de sentencias, tenía la sensación de no haber hecho bien las cosas. No sé...

Un sonido me sacó de la modorra en la que me había sumido al recostarme en el sillón; mi teléfono móvil me reclamaba insistentemente. En la pantalla, el nombre de Lucía aparecía obstinado. Lo cogí, aun a sabiendas de que mi adorada cabezadita se estaba yendo al traste por segundos.

—Hola —respondí sin entusiasmo.

—Uy, qué alegría tiene tu cuerpo, Macarena. —Dicho esto, oí de fondo unos coros que decían «ehhhh, Macarena», así que debían de estar de nuevo todas juntas—. ¿Ya has acabado?

—Buenos días a ti también, amiga mía del alma querida, y sí, he acabado hace un rato, ¿por?

—Pues porque estamos en la placita que hay detrás de los juzgados, tomando algo.

—Estaré allí en diez minutos, pedidme un bocata de beicon. —No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta ese momento.

—¡Ole las mañanas fuertes! —añadió Lucía, y rio a través del teléfono.

—¿Qué le pasa a la insípida esta? —gritó Lourdes de fondo.

—Fijo que quiere irse a dormir —sentenció de fondo Nuria.

—Que ya voy, pero, por Dios, pedidme ese bocadillo —finalicé, mientras apagaba el ordenador.

Me puse el bolso en bandolera y, rebuscando en uno de los armarios que tenía en el despacho, encontré unas manoletinias monísimas que quedaban fenomenales con mi ropa de fiesta. Lo dicho, el negro va con todo. Me las calcé y guardé los zapatos de tacón en su lugar; así suelo actuar con la mitad de mis zapatos y ropa... tengo mi guardarropa repartido entre mi casa y la oficina, e incluso guardo algunos zapatos en el coche.

Suena raro, pero ya paso demasiadas horas en el juzgado como para encima tener que preocuparme de tener que regresar a casa a por unos zapatos o una camisa limpia para una comida formal o unas cañas con las amigas.

Caminando a paso ligero, llegué hasta donde estaban sentadas las chicas, ya al solecito y con algunas cañas de adelanto. «Estas mujeres son un pozo sin fondo», pensé sonriendo para mí misma.

—¡Ehhhh! Ya ha llegado la señora jueza. —Lourdes fue la primera en verme, pues estaba sentada de frente.

—¡Pero si lleva la misma ropa de anoche! —Nuria se llevó las manos a la boca en una falsa pose de asombro.

Lucía dejó al pequeño Daniel en el carrito y giró la cara para comenzar a carcajearse.

—Nena, ahora lo entiendo todo. —Cogió el plato que contenía el bocadillo que había pedido—. Eres mi *ídola*.

—Buenos días a vosotras también. —Vi cómo el camarero traía una cerveza fresquita y la ponía

delante de mí—. Tengo un hambre que...

—Normal, ni siquiera has pasado por casa. —Nuria intentó hacer de madre, como siempre.

—¿Y para qué va a pasar por casa? —Lourdes reprendió a Nuria—. ¿No ves la carita de alegría que trae?

—Más que de alegría, de bien *follá* —contestó Lucía a la pregunta de Lourdes—. Así que anoche te agenciaste al tiarrón aquel.

—Pues sí —pegué un mordisco al bocadillo—, y por eso tengo un hambre... No he comido nada desde anoche.

—Eso de que no has comido nada... —Sólo por ese comentario, Lourdes se llevó una colleja de parte de Nuria—. ¡Coño, niña, ni que tú no hicieras nada con tu marido!

—Más de lo que crees, pero deja a la chica que coja fuerzas y luego nos cuente cuántos condones gastaron...

—Menos mal que el pobre Daniel está durmiendo como un bendito. —Lucía bebió de su cerveza.

—Habló la santurrona —se le enfrentó Lourdes.

—Te puedo asegurar que más que tú, que tú y que tú —intervino, señalándonos a las tres.

—Pues ya sabes. —Nuria le hizo un guiño.

—Mira, le voy a Rodrigo ahora con ésas y...

—Y, ¿qué? Anda, un par de días de juerga con mi Fher —le contestó Lourdes— y se os quitan las tonterías.

—Pero si estás más en México que en España, niña —le dije, bebiendo después un poco tras acabarme el bocadillo.

—Di que sí, que Lucía, mucho prometer, y se nos ha quedado en palabras —la retó Nuria.

—Anda, idos a la mierda las tres —se hizo la ofendida.

—Ea, ea, ea, la Luci se cabrea. —Lourdes picó un poco más a su amiga—. Si es que necesitas salir un poco más. Deja de vivir entre vacas y prados, y disfruta del sexo libre.

—Pero ¿qué dices, loca? —Nuria giró de golpe la cabeza hacia ella.

—Sí, libertad para hacer lo que quieras en el sexo —se explicó.

—No tienen ni idea de lo que dices. —Lucía se partía de risa.

—Bueno, vale, pues eso...

—A ésta le han comido el tarro en México.

Nuria cogió otra vez su cerveza y pegó un trago.

—Yo creo que le han comido demasiado el tarro y otras cosas —dije, despertando así las risas de todas, mientras levantaba la mano para llamar de nuevo al camarero.

—Anda, Laura, no les hagas más caso a éstas y cuéntanos qué tal anoche. —De nuevo Lucía puso algo de orden.

—Aparte de, como siempre, despertarme y no saber dónde estaba —las chicas asintieron—, la verdad es que bastante bien.

—Me parece a mí que vamos a tener que sacarle las palabras a golpes.

—No, de verdad, pero es que estoy cansada.

—No me extraña. —Al comentar esto, Nuria nos mostró las manos e hizo un movimiento bastante

explícito con los dedos.

—¡Idiota! —contesté riendo—. No, es que acabo de terminar una sentencia de esas que adoro y, claro, anoche dormí poco. —Lourdes alzó los hombros, instigándome a continuar—. Y os aclararé que, no sé cómo, hemos gastado bastantes condones —las tres aplaudieron, haciendo que la gente de las mesas que estaban a nuestro alrededor nos miraran— y esta mañana hemos rematado la faena, dos veces. —Finalicé la frase elevando la mano derecha y haciendo el signo de la victoria.

—Nena, estás hecha una máquina. —Lucía levantó su bebida para brindar.

—Estas cosas sólo se presentan de higos a brevas y he de aprovecharlas.

—¿No vas a volver a verlo? —preguntó Lourdes mientras echaba mano a una patata brava que acababan de servirnos junto con otra ronda de cervezas.

—No creo. A ver, que el tío estaba cañón, pero no es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo? —Nuria fue quien me chinchó en este momento.

—¿Lo sabes tú? —le pregunté con sinceridad—. En serio, este tema me cuesta mucho. No dispongo de tiempo para estar con alguien y, además de eso, intentar ver si puede merecer la pena.

—Cariño, no todos van a ser como tu ex. Hace demasiado tiempo de esa relación como para que todavía continúes pensando que nadie es digno de probarlo. —Dicho esto, Lucía me tomó de la mano.

—Lo sé, de verdad que lo sé, pero, mira, con mi trabajo actual, después de dejar la empresa, y las ganas que tengo de pasarlo bien, no me apetece atarme a ningún tío.

—Pues ya no eres una niña —soltó Nuria de sopetón, esta vez llevándose un sopapo de Lourdes.

—¿Nos estás llamando *viejas*? —la riñó ésta después de que se recompusiera—. Bueno, por lo menos tú ya tienes marido.

—Pero bueno, guapa —Lourdes la miró enfadada—, te juro que a veces no sé ni cómo soy amiga tuya. Tienes unas respuestas que ni la «señora franquista» de Twitter.

—Ains, joder, no sé —se excusó, colorada hasta el último pelo de la cabeza.

—Pues yo creo que, más cerca de la cuarentena que de la treintena, no estoy nada mal —me defendí.

—Dilo sin cortarte: tenemos treinta y siete años recién cumpliditos y más de una quisiera tener la marcha que tenemos nosotras. ¡Vejestorio! —se burló de Nuria—. ¡Que tú ya estás tardando en tener seis hijos!

—Paz, hermanas —Lucía levantó las dos manos cual cura en medio de misa—; nos hemos reunido aquí para hablar de la fraternidad...

—Tranquila, no pasa nada; ya sabemos que Nuria tiene ese tipo de ramalazos —intenté quitarle hierro al asunto—, pero en el fondo es la peor de todas.

—Por cierto, ya que hablamos de Nuria... ¿a que no sabes a quién vi el mes pasado? —Lucía me miró pícaro.

—¿A Miguel Ángel Revilla? —repliqué, y le guiñé un ojo.

—No, a ése lo vi la semana pasada —respondió vacilona—. Estuvimos cenando con Laurent.

—Ah...

El silencio se hizo en toda la mesa.

—¿No vas a decir nada? —Lucía me miró directamente.

—¿Qué quieres que diga?

—Siempre me pregunta por ti.

—Pues podría haberme llamado alguna vez —me quejé.

—También tú podrías haberlo hecho, ¿no?

«*Touché*, Lucía», pensé.

—Bueno, ya está. Fue una noche y punto.

—Una noche que se te hizo día entero; que yo recuerde, te quedaste dos días más para estar con él.

—Sí, pero ya... —No quería seguir hablando del tema.

—Te largaste sin ni siquiera decirle adiós, Laura. Pero, tranquila, no me ha pedido tu teléfono, ni cómo localizarte. Sólo pregunta si estás bien.

—Pues ya ves que sí. —Fui algo cortante.

—Uf, aquí la tensión se puede cortar con un cuchillo. —Lourdes entró en la conversación.

—Realmente es así —intervino Lucía.

—No, de verdad que no. Lo pasé bien y ya está; no hay que darle más vueltas al asunto. En serio —procuré tranquilizarlas.

—No sé qué problema tienes con los hombres, chica... Tienes pánico a comprometerte con alguno.

—Ya sabéis qué me pasó, no quiero volver con nadie que me trate como me trató él.

—Cariño —Lourdes me miró a los ojos—, eso ya pasó. Pudiste salir de aquella relación y no todos los hombres son iguales.

—Lo sé, pero no tengo ganas de averiguarlo...

—Joder, Laura, que si no lo intentas nunca sabrás lo que es el verdadero amor —me espetó Nuria en toda la cara.

—Ya, claro. Cómo se nota que nunca has tenido que enfrentarte a tu *novio*, su mujer y sus dos hijos pequeños —solté finalmente.

—¿Dos hijos? —Lucía me miró ojiplática, mientras yo asentía y un suspiro salía de mi pecho—. Será cabrón... Lo de que estaba casado nos lo explicaste, pero lo otro, no. ¿Por qué?

—Me daba vergüenza. —Bajé la mirada mientras me retorcía las manos, nunca lo había hablado con nadie. Una cosa era haber sido tan tonta como para no darme cuenta de que mi *pareja* tenía esposa, ni haber sospechado de sus numerosos viajes, y otra muy diferente era que, encima, tuviera bebés mientras estaba conmigo, a la par que a mí me decía que los odiaba. Cabrón.

—Cielo —Lourdes adelantó su mano, ofreciéndomela para que se la cogiera—, nunca te avergüences de tu pasado. Jamás. Puede que tú sientas que tenías que haberte percatado de algo o tal vez quieras esconderte por sentirte una estúpida, pero es tu mochila y te ha ayudado a ser quien eres.

—Gracias, chicas. —Las miré a los ojos directamente, con sinceridad en ellos—. Nunca os lo dije, fue muy doloroso.

—Pero ¿cómo paso? —Lucía me preguntó mientras recibía un mensaje en el móvil y lo miraba de reojo—. Cuéntamelo ya. Rodrigo me acaba de decir que viene a buscarme en poco rato.

—Tengo ganas de darle un achuchón al hombre que me robó a mi amiga —contesté con franqueza.

—No te robó nada, idiota. —Lucía se me acercó y me abrazó.

—Pero te echo de menos —las miré a todas—, os echo de menos.

—Yo vivo aquí, boba... —Nuria se me echó encima.

—Anda, dejad el lagrimeo para otro momento, que como venga Rodrigo y nos vea así...

—Lourdes, tienes menos sensibilidad que el pene de RoboCop —le echó en cara Lucía.

—Y tú eres más tierna que Mimosín —respondió, sacándole luego la lengua.

—Bueno, cuéntanos... —Lourdes rompió la poca magia que quedaba del momento.

—Fue de la manera más idiota. ¿Recordáis cuando trabajábamos juntas? —Todas asintieron a la vez—. Tuve que viajar A Coruña para cerrar el contrato con la filial de allí. Me encontré con él por casualidad en un restaurante en el que había entrado a comer... y si hubiera sido sólo con él... Fue de lo más gilipollas. Al verme allí sentada, me miró, se le trabó la lengua y detrás apareció una mujer empujando un carrito en el que había un bebé y, de la mano, llevaba a otro niño, de unos cuatro años; ésta lo instó a que me presentara.

—¿Qué hiciste? ¿No le partiste la cara allí mismo? —se cabreó Lourdes.

—¿Qué culpa tenía su mujer de estar casada con un hijo de puta? —Nuria entró al trapo.

—Eso es lo que tú harías, Lourdes, darle un puñetazo. —Lucía le guiñó un ojo.

—Lo que hice fue quedarme parada, sin poder ni hablar, cuando dijo «es una compañera de trabajo de Madrid. Ella es mi mujer», y tuve que darle dos besos, sonreír y volver a sentarme a mi mesa.

—¡Joder, cariño! No entiendo cómo no nos comentaste nada... —me recriminó Lucía.

—¿Para qué? Ya os conté, nada más regresar, que me había estado vacilando, que estaba casado y que lo había dejado. Punto pelota. Fin de la historia.

—No sé, creo que esas cosas hay que sacarlas, porque luego, si no, se enquistan.

—Lourdes, no quería más tonterías.

—Hijo de puta —soltó Nuria a las bravas—, y pensar que me caía bien...

—¡A todas!

—Señoras. —Rodrigo llegó a nuestra mesa; estaba igual de guapo que siempre.

—Hola, amor. —Lucía alargó el cuello para besarlo.

—Preciosa —dijo, le dio un beso y se acercó a sacar del carrito a su hijo—. ¿Me da tiempo a tomarme una?

—¡Claro! —acepté sonriendo, mientras nos saludaba—. Lucía, este hombre cada día está más bueno. ¡Quiero uno así!

—Bueno, tengo un amigo que...

—No, no, no, no... —Saltaron mis tres amigas, sabiendo que hablaría de Laurent, y comenzaron a reírse.

3

Había conseguido descansar un poco antes de ir a la fiesta a la que Amparo me había invitado aquella misma mañana. Estaba absolutamente destrozada, pero no tenía nada mejor que hacer y tampoco era una opción quedarse en casa.

Tenía cita con las chicas para comer el domingo, con el fin de despedirnos hasta la próxima, pues Lucía debía regresar con Rodrigo a su Cantabria adorada y Lourdes se marchaba de nuevo a México con su marido. A Nuria la vería más a menudo, pero echaba mucho de menos salir las cuatro a hacer el idiota por ahí más seguido.

Laurent, aquel rubio de ojos transparentes y mirada de niño... ¿Por qué había tenido que volver a recordármelo Lucía? A él no le dolió más que a mí que tuviera que irme después de dos días de pasión desenfadada. Su corazón no se rompió más que el mío al dejarlo tras darme cuenta de que ese hombre podía estar conquistando algo más que mi cuerpo. Escapé de sus garras por miedo a quedar enganchada entre sus dedos, en sus ojos, en sus labios y en su suave murmullo afrancesado cuando se corría y su boca estaba cerca de mi oído.

Sé que me zafé cobardemente, sin ni siquiera despedirme de él aquella mañana, justo cuando abrí los ojos, al encontrarlo dulcemente dormido, acurrucado junto a mi cuerpo. En ese instante me percaté de que debía salir corriendo...

—¿Nadie te ha dicho que tienes unos labios preciosos? —me regaló la primera mañana que despertamos juntos; fue aquella después de la boda de Nuria.

—La verdad es que ahora mismo me importa bastante poco —respondí con mi habitual tono mañanero, acrecentado por una necesidad imperiosa de agua. Creo que me lo vio en los ojos, pues se levantó de la cama en todo su esplendor y me trajo un vaso gigante lleno de aquel líquido vital para mí en ese instante.

—¿Siempre te despiertas así? —Suavizó el tono, casi como una caricia.

—Tengo días en los que lo hago enfadada. —Me incorporé en la cama, provocando que la sábana que cubría mis vergüenzas se escurriera.

—No quisiera estar en uno de ellos. —Echándose a reír, se tumbó a mi lado.

—Yo tampoco quisiera que estuvieras en muchos. —Y sé que lo solté sin pensar.

—Uh, eso quiere decir que esto es un polvo de una noche. —Acarició mi rostro con su nariz, para a continuación apoyar sus labios en mi mandíbula para comenzar a chuparla y morderla con dulzura.

—No sé si podrás dejar el pabellón tan alto como anoche —lo piqué, provocándolo conscientemente.

—Veremos...

Se puso de rodillas sobre el colchón y se colocó a horcajadas sobre mí, dejando frente a mi cara toda su plenitud, pero, justo cuando saqué la lengua para lamérsela por entero, gateó marcha atrás para situarse, esta vez, a la altura de mis piernas. Me las agarró y, sin miramientos, tiró para así tumbarme; no contento con ello, puso sus manos en mi cintura, girándome para ponerme boca abajo en medio de la cama.

—Creo que no voy a dejar que esto sea un polvo de una noche, haré que dure toda la mañana.

—Tengo que irme. —Hablé trabajosamente, dirigiendo mi voz hacia un lado.

—¿Te espera alguien? —Abrió mis piernas para situarse entre ellas.

—No. No me espera nadie.

—Pues entonces no tienes ninguna prisa. —Inclinó su cuerpo sobre el mío y empecé a notar cómo me mordía las nalgas con suavidad, luego las masajeaba y, finalmente, las elevaba un poco para meter su lengua en mi vagina, para lamerla de arriba abajo. Iba a morir en ese instante; tenía la sensación de estar tocando el cielo con Laurent entre mis piernas. Su boca jugueteaba entre mis pliegues diestramente, mientras sus manos me sujetaban para no caer hecha un flan en la cama. No podía contener los gemidos de placer que arrancaba a cada caricia que de su lengua sentía. Estaba en otro universo, perdida entre su destreza bucal y manual. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve así, ni el número de orgasmos que me hizo sentir; estaba fuera de mí, entregada a su cuerpo.

—Laurent —logré articular en un pequeño momento de lucidez.

—Dime, preciosa.

—Quiero verte, quiero mirarte a los ojos.

—Tú mandas, *ma chérie*. —Se incorporó un poco, no sin antes volver a morderme una de las nalgas, y me dio la vuelta. Luego tiró de mí hacia él, poniéndome justo al borde de la cama y dejando al aire mis piernas. A continuación se levantó de la cama y se puso frente a mí.

—¿Mejor ahora? —Lo contemplaba desde la cama, mientras su metro noventa me observaba atento.

—Ahora te veo mucho mejor. —Sonreí, coqueta, a la par que le indiqué que se acercara.

Miró hacia la mesilla, donde había dejado los preservativos, cogió uno, se lo colocó con una facilidad asombrosa y tiró de mí hacia él. Noté su pene cerca de mi ardiente sexo; quería tenerlo dentro rápido, sin miramientos... anhelaba sentirlo de nuevo.

Abrió bien mis piernas y posicionó la cabeza de su miembro en mi entrada, pero, antes de entrar por completo, me acarició el clítoris suavemente, haciendo que cerrara los ojos y echara hacia atrás la cabeza. La sensación fue indescriptible.

No me dio tiempo a abrirlos de nuevo cuando sentí sus manos detrás de mis rodillas, empujando al máximo para entrar en mi cuerpo. Grité al sentirlo por entero, y grité al abrir de nuevo los ojos y

verlo empujando. Separaba mis piernas en un ángulo casi imposible; nunca he dado más las gracias por mis años de ballet que en ese momento, mientras seguía su bamboleo dentro de mis entrañas. Necesitaba tenerlo más cerca; mi piel estaba aullando por sentirlo pegado a mí, y mi boca chillaba por poder atrapar sus labios...

—Bésame —le exigí a punto de volver a tocar el cielo.

Sus ojos me taladraron. Paró de moverse.

Arqueó la espalda, sin salir de mí, alzándose para acercar su boca a mi ombligo y sacando la lengua para lamerlo, para luego subir despacio hasta mis pechos. Los mordió ligeramente en el momento en que volvió a moverse, hasta que llegó a besar mi boca.

Sentí sus labios como si fueran el mejor de los alivios, el mejor de los manjares. Su lengua me encontró y luchamos duro para mantener el ritmo frenético que comenzaba a volvernos locos. No quería dejar de ser yo, no quería dejarme escapar sin ser consciente de sus manos agarrando las mías por encima de mi cabeza, amarrándose para que no huyera. «Tranquilo, Laurent —me dije—, no me voy a escapar nunca...» Y tuve la sensación de que leyó mi mente. Soltó su amarre y me instó a que fuera yo la que en ese instante tomara las riendas de nuestro salvaje encuentro. Hice lo que sus ojos me pidieron: lo coloqué frente a mí y lo monté, sintiendo de nuevo cómo entraba en mi interior. Era delicioso. Cerró los ojos mientras sujetaba su pene y volvía a enterrarse en mí.

Lo cabalgué volviendo a moverme de una manera casi descontrolada, mientras él me sujetaba por la cintura. Laurent estaba sentado y yo encima, meneando el cuerpo de un lado para el otro, y de arriba abajo. Soltó una de las manos para coger mi cabeza, acercar mi boca a su altura y besarme. Quería besarme antes de volver a correrse, y lo hizo atrapando mis labios entre los suyos a la par que gemía dentro de mi boca. Gritaba dentro de mi cuerpo.

Sentí su sacudida tan profunda que, al notar cómo una de sus manos bajaba a acariciar mi clítoris, me corrí. Y quise gemir, pero no dejó que nuestras bocas se separaran. Me estremecí, al igual que él, con nuestras bocas pegadas...

Y me dio tanto miedo aquella sensación enormemente cálida que experimenté con él, que salí corriendo de forma cobarde. Me escapé sin siquiera decirle adiós, sin darle mi número de teléfono, sin querer volver a verlo... Estaba tan asustada de lo que había sentido en ese instante, que hice lo único que pude: huir.

Desperté de mis recuerdos al recibir un mensaje en el móvil. Era Amparo; me avisaba de que salía de casa y añadía que en veinte minutos estaría en la puerta de la mía.

Me miré en el espejo de cuerpo entero de mi habitación. Mi vestido era elegante y sexy; sé que las fiestas a las que va Amparo son de aquellas en las que normalmente ellos llevan traje oscuro o incluso esmoquin. Sí, sí, ese tipo de eventos. Así que no me quedó más remedio que buscar esa clase de vestido que, aunque a todas nos encantan, nunca tenemos oportunidad de ponernos.

Vestida con un traje de cóctel ceñido de cintura a juego con zapatos del mismo color, retoqué mi media melena rubia. Estaba perfecta; para mí, claro está. Repasé el tono ahumado con el que me había maquillado los ojos, pues le daba más profundidad al color azul de los mismos. «Fantástica»,

me dije saliendo de la habitación para recoger el bolso justo en el momento en el que mi móvil vibró, señalándome que Amparo había llegado.

—Querida —bajó la ventanilla al verme salir por la puerta del portal—, estás espectacular.

—Mira quién fue a hablar —terminé diciendo a la par que entraba en su coche de alta gama—.

Estás, como siempre, impecable.

—Por cierto, ¿cómo sabías que había que ir tan guapa?

—Amparo, ¿a qué fiesta que me hayas invitado no hemos tenido que ir *así*?

—En eso tienes razón. —Se rio mientras arrancaba el vehículo—. Tengo ganas de que conozcas a

Manuel.

—Él es el hombre, ¿no? —interrogué.

—Sí. Por cierto, me ha dicho que quiere presentarte a un par de amigos suyos.

—No, en serio. Amparo... ya me estás metiendo en un lío —me quejé—. Además, sus amigos deben de ser todos de tu edad y la verdad es que, tan maduritos, no me van.

—Oye, ¿me estás llamando *carcamal*?

—¿A ti? No. A tus amigos, sí. —Una risa con fondo de bruja mala salió de mi garganta.

—Qué cabrona eres. Aunque... cómo te van los que son más jóvenes, como aquel surfero del que me hablaste.

Me la devolvió bien. No le respondí, me quedé totalmente en silencio... Después de tanto tiempo casi sin nombrarlo, ese día había sido mencionado dos veces por dos personas distintas.

Si creyera en las señales, hubiese pensado que el destino estaba empeñado en decirme algo.

4

Estábamos a las afueras, pero no excesivamente lejos del centro, en una de esas urbanizaciones donde las casas parecen más castillos infranqueables que hogares cómodos y cálidos.

Amparo detuvo el vehículo frente a una verja cerrada, junto a un poste con un videoportero automático, de esos que aparecen en las películas norteamericanas. Para mi sorpresa, ni siquiera hizo falta que diera su nombre, pues le abrieron la puerta al instante; tuve la sensación de que, de alguna manera, sabían que era ella.

—Les he facilitado la matrícula del coche —respondió a la cara interrogativa que puse en ese momento.

—¡Ah!

Despejó mi curiosidad. ¿Cámaras de seguridad? ¿Dónde me estaba metiendo esa mujer?

—Tranquila. —Me dio la sensación de que me había leído el pensamiento—. Es la casa de un amigo de mi pareja.

—Ese amigo es importante, ¿no?

—Es un empresario ruso del gas —soltó de golpe.

—¡Coño! ¿Dos juezas en casa de un ruso?

—¡Ja, ja, ja! No es de *esos* rusos. Éste es un hombre hecho a sí mismo, no tiene «mierda» detrás.

—Levanté una ceja—. En serio, lo he investigado. Además, es guapísimo. Te lo presentaré, ya que se acaba de divorciar, y ¿quién sabe?

—Uf, exmujeres.

Después de un pequeño trayecto por un camino de gravilla, Amparo frenó el coche frente a una mansión de tres plantas y una entrada con columnas griegas. Todo era demasiado exagerado.

—Guapa, aprovecha, aunque sea para una noche de desenfreno. —Dicho esto, se rio a mandíbula batiente.

—De verdad que hoy no estoy para muchas aventuras alocadas; sólo te he acompañado porque me has dado penita...

—Ah, ¿te doy penita? —Salió del vehículo, al igual que yo, cuando nos abrieron la puerta al dejar el coche frente a la casa—. Pues no percibí que pusieras muchas pegas para no venir.

Entregó las llaves al chico que se puso a su lado, para que lo aparcara.

—Sabes que adoro conocer las excentricidades de tus amigos ricos.

—Tú lo que quieres es casarte por poderes.

—Eso es, y que me retiren en un hogar *tan cálido* como éste.

Las dos nos echamos a reír, sabiendo que no dejaríamos que eso ocurriera jamás.

Accedimos a aquel esperpento recargado que se hacía llamar *casa*.

La entrada, presidida por una fuente dorada, iba a conjunto con las dos escaleras que subían a la segunda planta, cuyo pasador también eran de color dorado. Yo sólo podía pensar en que, si eso era realmente oro, lo mismo le pasaba por encima las llaves de casa para rascar un poquito. Miré hacia el techo, altísimo, y descubrí una lámpara de cristal que despedía un brillo tan tremendo que hubiese podido jurar que estaba hecha por la empresa austriaca Swarovski.

Miré a Amparo por entero; llevaba un vestido largo que lucía una abertura lateral inmensa y la parte de arriba era de transparencias. ¡Ole ella! Iba tremendamente espectacular, y yo me sentía pequeñita a su lado.

—Señoras, ¿quieren hacer el favor de seguirme? —Un hombre joven vestido con traje impoluto y un pinganillo en la oreja nos acompañó a otra sala, ésta, llena de gente.

—Tranquila, cariño, no es diferente a otras fiestas a las que has ido conmigo.

—Ya, pero sabes que, aunque estoy encantada de acompañarte, me siento muy diminuta en estos ambientes. No es mi mundo.

—Lo sé, pero diviértete. A mí me chifla tenerte a mi lado.

—¡Cielo! —Un hombre de pelo cano, ojos pequeños y nariz grande se acercó a Amparo.

—Hola, Manuel. —Se dieron un ligero beso en los labios antes de girarse hacia el lugar que yo ocupaba—. Ella es Laura, mi compañera de trabajo; ya te he hablado de ella.

—Sí; es un placer conocer a una belleza casi tan impresionante como Amparo. —Vi cómo la susodicha se ruborizaba, a la par que Manuel me cogía la mano y me la besaba.

—El placer el mío. —Le devolví la sonrisa, a pesar de estar algo incómoda por esas muestras tan caballerosas.

—Acompañadme, estaba hablando con unos amigos. —Señaló hacia un rincón en el que varios hombres y mujeres departían con una copa en la mano.

—Perdonad. —Manuel entró de nuevo en el círculo de charla para presentarnos.

Hechas las presentaciones oficiales, las conversaciones se convirtieron en charlas bastante banales que versaban sobre vehículos de alta gama y vacaciones en paraísos fiscales, sin olvidar varias clínicas de estética y hasta de desintoxicación. Admito que, la tercera vez que pronunciaron las palabras *ácido hialurónico*, desconecté. Miré la copa de champán que sostenía entre las manos y sentí la necesidad de bebérmela del tirón para ir a por otra y luego meterme en la boca algo de comer. Me disculpé un momento con aquellos que estaban junto a Amparo y Manuel para, nada más girarme, beber de inmediato esa copa y dirigirme a la barra, donde había más bebida. Deseaba tomarme una cerveza; la necesitaba tanto como un aventurero perdido en medio del desierto de Eritrea que encuentra un oasis. Sin embargo, pensé que, aunque hubiera, en ese sitio no quedaría nada fino pedir una. ¿Me decantaba por un gintónic? Miré el reloj; demasiado pronto aún para darme a la

droga dura.

—¿Qué desea? —El barman se acercó a mi posición.

—Póngame dos copas de champán. —Sí, me las iba a beber del golpe.

—¿Alguna marca en particular?

«¿En serio?», me pregunté.

—No sé, recoméndeme alguna que maride con este canapé que voy a comer —solté sin pensar, señalando uno de caviar.

—Le aconsejo que, si desea tomar caviar, se olvide del champán y opte por un poco de vodka. — Un rudo acento ruso se coló en mi cerebro, mientras veía cómo el camarero se retiraba unos pasos.

—¿Perdón? —Giré la cara para descubrir el rostro duro de un hombre de pelo castaño y penetrantes ojos oscuros.

—Le decía que, si desea probar el caviar, lo mejor no es maridarlo con champán.

—Sí, eso lo he oído, pero...

—¿Pero? —Apoyó por completo todo su cuerpo en la barra, dándose media vuelta para apoyar la espalda en ella—. Estás tan aburrida que no sabes ni qué hacer, ¿me equivoco?

—Yo no he dicho que estuviera aburrida.

A mi vez, me giré un poco para poder verlo mejor. Tenía una mirada exigente, unos ojos oscuros marcados por una profundidad abismal, mandíbula fuerte y perfectamente rasurada y un cuerpo muy bien definido. Eso último podía notarse gracias al esmoquin hecho a medida que llevaba puesto. Lo miré sin darle más importancia de la que podía tener, y él se llevó una mano a la muñeca contraria para colocar de manera exquisita el gemelo en su lugar.

—No hace falta que reconozcas que estás aburrida. Te llevo observando desde que has llegado, y no te apetece nada de lo que hay a tu alrededor.

—¡Anda! El servicio secreto de la casa funciona de maravilla. ¿Qué eres, guarda de seguridad? —Alargué el brazo, pasándolo por delante de su cuerpo, para poder pillar una pieza de sushi que estaba justo a su lado. Al recogerlo para poder llevarme algo a la boca, él asió mi brazo y se lo pasó por la nariz, inhalando con tremenda sensualidad desde mi codo hasta la muñeca.

—No, no soy del servicio de seguridad. Me molestaría mucho que uno de mis empleados se pusiera a ligar en una de mis fiestas —comentó—. Me encanta el olor de tu piel.

Aparté bruscamente el brazo, casi escondiéndolo.

—¿Tus empleados?

Comí esa pieza sabiendo perfectamente que aquel tipo estaba iniciando una danza de seducción.

—Sí, los de seguridad trabajan para mí.

—Ah... —Finalmente levanté la mano para pedirle al camarero una copa de champán a su elección—. Interesante, eso explica ese aire de superioridad que exhalas.

—¿Crees que exhalo poder? —Hizo un gesto a su vez al camarero, que al parecer supo perfectamente lo que éste le pedía.

—Creo que te lo tienes un poco creído, ¿no?

—Puede que sí; nunca lo he pensado de esa manera.

—Debe de ser que lo lleváis en el ADN.

—¿Racista? —Sonrió de medio lado, dando luego un sorbo a la bebida que le habían puesto sobre la barra.

—¿En serio? ¿Me estás juzgando por este comentario? —Me sentó bastante mal su interpretación.

—Tú acabas de hacer lo mismo conmigo hace un rato.

—Perdón, entonces. Quería decir que, quizá, os mostréis tan seguros, fuertes, y con la convicción de que podéis comeros el mundo, está implícito en la rudeza que se comenta que tenéis los rusos.

—Me temo que, al menos en mi caso, no es así; más bien puede deberse a la vida que llevo. Si no estoy seguro de mí mismo, tal vez me coman los lobos. Y por aquí hay muchos. *Na Zdorovie!* —Levantó su copa para brindar conmigo.

—¡Salud! —repliqué.

—Realmente estás aburrida aquí. Te ofrezco una versión B de esta fiesta.

—¿Con música de verdad? —Me llevé la copa a la boca para beber un poco.

—Con música de verdad, caviar...

—¿Y vodka?

—Mucho vodka. Por cierto, me llamo Aleksandr, aunque, cuando tengo confianza con alguien, me gusta que me llamen Sasha.

—Yo soy Laura y, cuando tengo confianza con alguien, me sigue llamando Laura. —Sonreí, mirándolo.

—Quiero avisarte de algo —se acercó mucho a mi oído, como si quisiera que nadie se enterara de lo que estaba ocurriendo—: espero que seas una mujer de mente muy abierta. En mis fiestas se puede hacer todo lo que quieras.

—¿Tus fiestas? Eres el dueño de esta casa...

—Soy el dueño de esta casa —asintió, tendiéndome la mano para que la cogiera y lo siguiera allí donde quisiera conducirme.

—¿Adónde quieres llevarme?

—Dile a tu amiga que te vienes conmigo, si con eso te quedas más tranquila. Y te prometo que no harás nada que no quieras.

—Pero, ¿adónde me llevas?

—No vamos a salir de casa, vamos a ir a otra fiesta. Aunque, como ya te he dicho, hace falta que seas una chica de mente abierta.

Acepté, llevada por la curiosidad más que por lo que iba a hacer, pues no estaba segura. Así que le di la mano, cogí mi copa y me acerqué a Amparo.

—Sasha, ¿qué tal? —lo saludó Manuel.

—Muy bien. Veníamos a saludar y a deciros que nos marchamos juntos.

—Perfecto. —El acompañante de mi amiga sonrió.

—¿Estás bien? —me preguntó Amparo en voz baja.

—Sí, tranquila. Llevo el móvil encendido y ha sido él quien me ha dicho que te avisara.

—Esto sí que es llegar y besar el santo, ¿no?

—Ya te contaré, pero no me voy a acostar con él.

—¿Entonces?

—Lo dicho, mañana te cuento.

—Me dejas en ascuas...

—Me voy con él a otra fiesta —le comenté también bajito. Ella abrió los ojos de par en par.

—Ten cuidado, Laura, y piensa que sólo has de hacer lo que quieras hacer, no lo que los demás deseen.

—Me dejas intrigada.

Amparo me dio un abrazo, para susurrarme otra vez:

—No pasará nada que tú no quieras.

—¿Nos vamos? —planteó Sasha.

—Sí, nos vamos. —Miré a Amparo, que sonreía condescendiente.

Salimos de la gran sala, donde sonaba una música suave, cruzándola a gran velocidad a la par que todo el mundo saludaba al anfitrión, que me llevaba de la mano. Pasamos por un salón, también decorado de manera bastante estrambótica; éste estaba vigilado por dos tipos grandes como armarios, que lógicamente nos dejaron pasar sin hacer preguntas. Accedimos a un segundo salón, más pequeño, que tenía otra puerta en la que estaban apostadas dos chicas espectaculares, una a cada lado de una mesa. Ésta estaba llena de máscaras venecianas y una de las jóvenes tenía una lista en la mano.

—¿Es una invitada, señor Vodianov? —preguntó ésta con una suave voz.

—Sí, eso es, Marisa. Dadnos un par de máscaras. —La otra chica nos alargó una máscara blanca de gran nariz para él, como la que llevaban los médicos en la época de la peste negra, y, para mí, una muy elaborada, de colores dorados, que me tapaba el rostro hasta el principio de los labios.

—Esto, ¿para qué es? —demandé al anfitrión.

—Es una fiesta en la que los presentes pueden hacer lo que quieran, de ahí que nuestra privacidad esté por encima del placer...

—¿Placer? —Comencé a hiperventilar.

—Toda fiesta tiene un cometido, ¿verdad? Generalmente sentir placer de la manera que sea, ¿no? —Asentí mientras Sasha me ayudaba a ponerme la máscara—. Marisa, Marta, bajad cuando ya estén todos los invitados. Me apetece veros disfrutar.

—De acuerdo, jefe. —Le sonrieron lujuriosamente.

Una de ellas abrió la puerta. Sentí la mano de Sasha en la espalda a modo de *ayuda* para entrar en lo que sentía era un mundo diferente.

Me molestaba la máscara, pues cubría mi cara casi por completo y tenía la sensación de ahogarme al no poder respirar por la nariz de manera regular.

—Tranquila, te acostumbrarás a respirar a través de estos pequeños agujeros.

—Vale —respondí ajustando la mirada a la tenue luz que iluminaba la estancia en la que nos encontrábamos.

Mi anfitrión me cogió de la mano para guiarme de un lugar a otro. Esta primera habitación estaba decorada de manera exquisita, nada que ver con las anteriores en las que había estado. La luz, que parecía salir de todas partes, era de color azulada con tintes morados, y telas de viscosa transparente colgaban, etéreas, del techo.

Camareros sin camiseta y con un torso de ensueño deambulaban por el espacio. Uno de ellos pasó por mi lado y me ofreció una copa de champán. Decliné su oferta, ya que aún tenía en una mano la que me había llevado de *la otra fiesta*. Con gran ceremonia, otro nos hizo pasar a la siguiente estancia, mucho más grande y con una serie de mesas altas, donde el caviar y las ostras eran protagonistas. Por allí, tanto camareros como camareras, vestidas de manera sexy, escondían su rostro con máscaras completas y se movían de un lado a otro, llevando platos de comida en sus bandejas.

Giré la cara a mi derecha al notar algo extraño y, por un momento, en un rincón oscuro, me pareció ver a una mujer reclinada recibiendo las atenciones de un hombre por detrás. Sí, tuve el convencimiento de que estaban practicando sexo. Volví a mirar y sólo logré ver oscuridad.

Creí que los nervios me estaban jugando una mala pasada. Las advertencias de Amparo, la mano de Sasha deslizándose de un lugar a otro y las sombras que se escurrían enmascaradas a mi alrededor estaban dejando volar mi imaginación más de lo debido... y por eso me figuré que era una fiesta B en la que la gente venía a desparramarse sin tener que guardar las apariencias.

Eso sí, con mucho glamur y caviar.

Llegamos a lo que parecía un pequeño privado, aunque estaba a la vista de todos, al que mi anfitrión me dirigió con delicadeza. Antes de sentarnos, habló con una de las camareras al oído para pedirle algo, para luego despedirla acariciando la curva de su cintura.

Acomodados en aquel rincón, en una mesa baja, no pude contener más la curiosidad.

—Creo que he visto a una mujer y a un hombre teniendo sexo allí mismo. —Señalé, sin cortarme, la zona oscura por la que anteriormente habíamos pasado.

—Es posible. —Arrastró las eses de esa manera tan característica que sólo un ruso puede hacer.

—¿De esto trata esta fiesta? ¿De beber y follar a la vista de todos? ¿Es un club *swinger*? —Oí su profunda risa mientras se acercaba un poco más a mi cuerpo, a la par que pasaba un brazo por mis hombros y, con el dedo pulgar, acariciaba justo la zona donde palpitaba la vena de mi cuello.

—No, querida, esto es algo más que eso. Los clubs de intercambio a los que has podido ir son soeces. Esto es un club privado, donde la gente hace lo que quiere y, si alguno de los participantes habla de ello, queda fuera para siempre.

—¿Y por qué estoy yo dentro si no tengo invitación?

—Estás conmigo. Esta vez la reunión se ha hecho en mi casa; por lo tanto, puedo traer a un invitado, pero deberás ser muy discreta. Lo que vas a ver no existe.

—Me estás tomando el pelo.

Separé mi cuerpo de él.

—Nena, piensa que aquí verás cosas, y puede que hagas cosas, que nunca más volverás a experimentar. Y, además, es posible que te encuentres con personas muy poderosas a las que les gusta salvaguardar su intimidad.

—Y, si no lo cumplo, ¿qué puede pasar?

—Laura, te puede parecer que no te conozco de nada, pero sé a quién invito a mis fiestas... conozco vuestra vida de pe a pa, sé a lo que os dedicáis y vuestros gustos. Nadie entra en mis fiestas sin que yo dé mi consentimiento. Y, si estás aquí, precisamente conmigo, es por algo.

La camarera a la que Sasha le había pedido algo se acercó a la mesa con una botella de vodka y una bandeja llena de caviar.

—¿Me has investigado? —pregunté, separándome de él de golpe.

—Relájate, no voy a hacerte nada. Bueno —sonrió malévolamente—, sólo lo que me apetezca compartir contigo.

—¿Perdona? —Ese tipo no es que fuera creído, es que pensaba que el mundo era suyo.

—He hablado por mí, porque, sin duda, tú también decides qué es lo que quieres hacer.

—*Por-su-pues-to*. —Bebí un poco del vodka que la camarera nos había servido en unos pequeños vasos.

—¡Ja, ja, ja! —Su risa me excitaba lo mismo que me atemorizaba—. Creo que no me he confundido al dejar que conocieras este mundo.

—¿Siempre eres tan vanidoso?

—No. Lo que pasa es que nunca tomo una decisión a lo loco, voy sobre seguro y sé que no me confundo. No tengo lo que tengo sólo por mi cara bonita. —Alargó la mano hasta mi cintura y me acercó a él peligrosamente, hasta ponerme a su lado—. Prueba esto y bebe después. —Con la otra mano, llenó una cucharilla con caviar y me la aproximó a la boca.

Acepté su invitación. Me llenó la boca de un delicioso sabor marino que fue apoderándose de mis sentidos. Cerré por un segundo los ojos y, al abrirlos, descubrí a Sasha sonriendo lascivamente, con el vasito de vodka en la mano, ofreciéndomelo.

Lo cogí y me lo llevé a los labios para dar un buen sorbo. Antes de tragar, lo pasé por mis papilas gustativas para mezclarlo con los aceites del caviar. La sensación fue atterradoramente deliciosa, tan reconfortante que ni siquiera me di cuenta de que estaba sacando la lengua lujuriosamente para relamer lo poco de vodka que había quedado en la comisura de mis labios.

Tenía la lengua caliente por el alcohol y, al sacarla para no dejar caer esa gota, noté cómo el frío inundaba ese órgano. Frío que fue de nuevo apagado al sentir cómo unos labios se tomaron la licencia de posarse sobre ella y absorberla como suya.

Me recorrió un escalofrío por la espalda que finalizó en un terrorífico cosquilleo en el paladar. Dejé que mi cuerpo se deleitara de aquella sensación tan placentera. El caviar, el vodka y los labios de aquel ruso recién conocido que se apoderaba de mis sentidos sin pedir siquiera permiso... Sus manos, que me sujetaban con fuerza por la cintura, comenzaron a pasearse por mi cuerpo. Una de ellas recorría el camino para meterse bajo el vestido, mientras la otra iba en sentido contrario para agarrarme posesivamente del pelo.

Mis manos sujetaron con fuerza su cabeza, mientras mis dedos peinaban su pelo. Sabía que era aventurado, que no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo, pero ¿para qué estaba la vida? Para vivirla peligrosamente.

Nos separamos no sin esfuerzo; las máscaras no daban mucho margen de movimiento e hice el amago de quitárnoslas.

—No —me agarró la mano que se dirigía a la lazada de su careta—, ya te he dicho que no se puede.

—Lo siento.

Recompuse mi respiración, sentándome de nuevo para alargar el brazo y tomar el vaso de vodka, que ya estaba otra vez lleno, para bebérmelo.

—Cuidado, querida; ya te expliqué que la discreción es lo primero... antes que nuestros instintos. Sólo la gente contratada como servicio sabe quién soy. Sólo los organizadores saben quién soy. Ni siquiera los asistentes a la misma conocen el nombre del organizador de este evento. Yo sólo lo he solicitado y se me ha concedido.

—Eso suena a secta —me quejé por lo bajo.

—Bebamos un poco más y disfrutemos del caviar.

Volvió a darme de comer de aquel manjar.

—Estoy algo azorada. Extrañada...

—Bienvenida al mundo más divertido que puedas encontrarte. —Levantó la copa para brindar—. Prometo ser el mejor de los anfitriones. Sé que te convertirás en una de nosotros en poco tiempo. Tienes alma de exploradora.

—Sí, como Dora —respondí en un susurro para que no me oyera.

Toda la situación era rara de narices; parecía que me estuviera metiendo en una logia masónica ultrasecreta sin tener opción... aunque en realidad me había dejado llevar sin poner muchos reparos. Soy una mujer curiosa, me encanta meterme donde no me llaman, ser protagonista de las historias más rocambolescas, siempre metiendo la nariz hasta el fondo, y esta vez no iba a ser menos.

Todo lo que me rodeaba estaba lleno de misterio.

Hasta aquel instante no fui consciente de que estábamos rodeados de gente; mujeres vestidas con una elegancia inusitada y hombres con esmoquin o impecable traje negro. Ellos y ellas llevaban máscaras hermosamente elaboradas que les tapaban ojos y nariz, dejando la boca en libertad.

Las manos de Sasha se movían con rapidez, haciendo que, de un momento al otro, me encontrara sentada encima de sus piernas.

He de admitir que, a pesar de ser extraño, me estaba divirtiendo mucho. Era un ambiente en el que nunca había estado y, sorprendentemente, guiada por aquel misterioso ruso, me estaba excitando.

Entre sorbo y sorbo de vodka, mezclado con el caviar y alguna que otra delicia que de vez en cuando dejaban sobre la mesa, nos besábamos como adolescentes de hormona desbocada. Sentía en mis nalgas cómo su sexo se apretaba contra ellas, y admitiré que yo tenía el mío en unos niveles muy altos y deseaba que en cualquier momento me invitara a ir a algún lugar discreto para acabar con aquella frustración.

—Estás tan excitada como yo, ¿verdad? —murmuró lánguidamente antes de morder de forma libidinosa el lóbulo de mi oreja, llevándose un gemido por respuesta—. En unos minutos pasaremos a otro lugar; es necesario que lo veas para que podamos seguir. —Metió una mano bajo mi vestido, me bajo la braguita y me acarició el clítoris con suavidad—. Estás preparada.

—Tú también —gemí de nuevo al acercarme a su boca al notar cómo su mano se movía por mi sexo, metiendo un dedo dentro y continuando las caricias por el clítoris—, pero no sigas si no quieres que me corra ahora mismo.

—¿Qué habría de malo si lo hicieras? —Aceleró su toque dentro de mi cuerpo sin compasión.

—No, no —sollocé sin resultado, al notar cómo me dejaba ir sin remedio.

Sasha sintió en sus brazos cómo me tensaba; me estaba llevando al orgasmo más necesario que había tenido en semanas. Su boca acalló mis gemidos cerrando la mía con sus labios sin compasión, a la par que no cesaba de mover su mano dentro de mí.

Cuando el éxtasis desapareció de mi cuerpo, éste quedó flojo, sin fuerza, sujeto por el brazo de ese ruso acaparador.

—Sabía que eras una chica ardiente. —Sacó la mano de mi interior para llevársela a la boca y lamer el dedo que me había llevado al nirvana.

—Sabes demasiado de mí. —Sonreí de medio lado.

—Sólo lo que me dejas intuir. —Me miró a través de la máscara—. ¿Vamos?

—¿Adónde? —Yo quería que me llevara a terminar lo que habíamos empezado.

—A que veas todo lo demás.

Me ayudó a levantarme.

—¿Aún hay más? Pensé que esto era como una discoteca.

—Esto sólo es la antesala de lo que realmente importa. Aquí se pica algo; en otras fiestas se hace una cena de gala, pero yo soy más de los que les gusta la interacción desde el primer momento. ¿Vamos? —Me tendió la mano para que se la cogiera.

—A ver adónde me llevas ahora...

—A la entrada del paraíso.

Caminamos de la mano, abriéndonos paso entre ese montón de personas que se dirigían al mismo lugar que nosotros. Iban riendo, tocándose; mujeres que provocaban, hombres que llevaban sujetas por la cintura a dos chicas, parejas seduciéndose mientras avanzaban al ritmo de una sensual música en dirección a unas puertas de madera custodiadas por dos hombres con máscaras y capas de color oscuro que, además, tenían capucha, lógicamente echadas por encima de las cabezas. Aquellos dos armarios empotrados miraban las muñecas de las personas que iban pasando para ver el nivel de acceso que tenían según la pulsera que llevaban puesta; no sabía realmente cuál era el propósito de aquella separación hasta que llegué yo y vieron la pulsera dorada que llevaba Sasha.

—Señor —lo saludaron—, ¿quién es ella?

—Mi invitada, sólo va a mirar... por esta vez. —Noté la sonrisa que se le dibujó en la voz.

—¿Sabe las normas? —El tono de aquel tipo era peligroso.

—Las sé perfectamente y ella también; es neófito, pero las conoce a la perfección. Ya la he advertido.

—Perfecto, señor; la ceremonia ya ha comenzado. —Nos dejó pasar por la primera de las puertas y pude darme cuenta de que, a partir de allí, el silencio era sepulcral.

—Sólo mira. Lo que necesites saber, pregúntamelo después. —Apartó unas pesadas cortinas y entramos en un salón gigante donde la gente se agrupaba en círculo.

Nos acercamos más a la multitud y mis ojos se abrieron como platos. No podía creer lo que estaba viendo, era como una jodida ceremonia satánica. Bueno, o lo que yo pensaba que era una ceremonia de ese tipo. Pero, como había prometido no abrir la boca hasta que acabara todo aquello, no hice más que morderme la lengua.

«Uno, dos, tres... silencio», me dije.

Los que rodeábamos aquella extraña ceremonia observábamos callados.

Una figura vestida con una túnica blanca y el rostro cubierto con una hermosa máscara veneciana estaba situada en el centro. Se hallaba dentro de un primer círculo de mujeres arrodilladas, en ropa interior y con máscaras de color azul. En un segundo círculo, eran hombres los que estaban arrodillados, en calzoncillos y con una máscara de color marrón. Sus cabezas se dirigían al suelo, mientras aquel maestro de ceremonias, que logré intuir que era una mujer, se paseaba de un lado al otro, mirando a aquellas personas.

—Habéis decidido formar parte de esto, de este círculo de pasión, carne y diversión. Queréis ser el nuevo grupo que acepte la piel como su camino, ser los nuevos que acepten la carne como su modo de esparcimiento. Ya lo decía Anaïs Nin: «la carne contra la carne produce un perfume, pero el roce de las palabras no engendra sino sufrimiento y división». Por ello queréis formar parte del silencio, del roce, del gemido, y dejar a un lado la palabra; seréis bienvenidos. —Acarició la cabeza de alguno de los que se mantenían hincados en el suelo—. Seguimos sus palabras, abrazadlas: «cualquier forma de amor que encuentres, vívelo. Libre o no libre, casado o soltero, heterosexual u homosexual, son aspectos que varían de cada persona. Hay quienes son más expansivos, capaces de varios amores. No creo que exista una única respuesta para todo el mundo».

Se movió entre aquellos arrodillados como si fuera una bailarina, con ágiles y sutiles movimientos, por momentos como si fuera un fantasma al que nunca esperas.

—Decidme si aceptáis entrar en este mundo de pasión, de deseo, de sexo y de disfrute sin perjuicios.

—Sí, maestra —respondieron todos al unísono.

—Yo no tengo ningún tipo de moralidad, mientras mis compañeros de viaje me acepten como soy y la aceptación sea mutua. ¿Lo aceptáis vosotros?

—Sí, maestra —volví a oír sus voces.

—Bienvenidos a mi mundo, bienvenidos a nuestro mundo. Aceptad lo que sois y disfrutad de la carne. —Finalizó quitándose la túnica y mostrando un perfecto cuerpo desnudo sin un pedazo de ropa que tapara nada—. Acercaos y abrazad mi cuerpo.

Todos y cada uno de los que estaban en el suelo de rodillas se levantaron para aproximarse a aquella mujer de anatomía espectacular. Eran seis hombres y seis mujeres que, al acercarse a ella, la besaron en los labios sin contemplaciones, a la vez que ella misma tomaba de la mano a un hombre y a una mujer y los unía.

No parpadeé ni por un segundo, pues no quería perderme ni un detalle de esa extraña ceremonia de ¿comunióón?

Cada vez que una de esas parejas se cogían de la mano, inmediatamente sus labios se unían, comenzando un juego de seducción sexual delante de todos los espectadores que, en absoluto silencio, contemplábamos la escena, yo admito que estupefacta. Miré a Sasha, que no hacía caso a la escena que se desarrollaba frente a nuestros ojos, sino que no apartaba su mirada de mí, con una sonrisa lasciva en los labios.

Las luces bajaron de intensidad de pronto, creando un ambiente más dado a ese tipo de juegos, pues ya estaban subidos más que de tono. Los espectadores de aquel extraño rito, no más de unas

treinta personas, algunas ya en ropa interior o desnudas, se disgregaron por el salón para mirar a aquellos que ya estaban iniciando su propio juego sexual.

Sasha no habló conmigo; tampoco sabía si yo, en ese momento, sería capaz de abrir la boca para preguntar algo de lo que pasaba por mi cabeza. En todo caso, sólo me cogió de la mano para llevarme hacia otro lado.

«Pero ¿esta casa no tiene fin?», me pregunté mientras lo seguía a otra estancia más pequeña, donde la música de discoteca sonaba a tope. En ella, algunas personas, ya en ropa interior, bailaban, reían y disfrutaban de la bebida sin ningún tipo de cortapisas.

—¿Quieres tomar algo? —Sasha me dirigió hasta una barra.

—Sí, pero esta vez necesito agua fría.

—¿Tan caliente estás? —Acercó su cuerpo al mío para arrimar sus labios a mi boca y comerme por entero. Sentí su lengua juguetona dentro. Sus manos se aventuraron de nuevo bajo la falda del vestido, para luego arremangarlo hasta dejarme las nalgas al aire.

—¡Eh! —Un ataque de vergüenza, después de todo lo que había visto, tomó el control de mi cuerpo, impulsando mis manos a sujetar las suyas.

—¿Te ha entrado de repente la timidez? —Volvió a reírse escandalosamente.

—Nunca he dejado la vergüenza a un lado. ¿O te he demostrado lo contrario?

—No, tienes razón. —Nos pusieron las bebidas en la barra, así que agarré el agua y me la bebí por entero.

—¿También eres tragona? —Se burlaba de mí sin cortarse un pelo.

—Y tú, ¿eres tan descarado? —Dejé el vaso en la barra—. A ver si me voy a ir...

—No, perdona... pero es que no he dejado de mirarte durante la celebración y he visto cómo tus ojos cada vez se abrían más. Era como si un maravilloso mundo se abriera ante ti.

—Sasha, la verdad es que no he entendido nada.

—No le des más vueltas; eso que has visto es algo parecido a una ceremonia, pero sólo se trata de un pequeño teatro. Nadie está obligado a hacer nada que no quiera, ninguno entra a formar parte de una lista sectaria sexual ni nada parecido. Esto es un club sexual privado donde dejamos la normalidad en la puerta, y este pequeño rito es algo así como un regalo de bienvenida a los nuevos miembros.

—Entonces, ¿no tiene ninguna implicación?

—Sí, la tiene: el silencio. Te comprometes a no hablar con nadie sobre esto, ni a dar indicaciones al respecto. —Bebió un trago de agua mientras con una mano seguía acariciando una de mis nalgas.

—¿Y cómo funciona? ¿Eres el dueño de esto?

—No, no. Esto es un club privado, con sus propias normas. Se trata de una empresa que se dedica a organizar este tipo de fiestas discretas en las que vale casi todo. Hay unas normas que no se deben ignorar ni transgredir, ya que, si se hace, se está inmediatamente fuera del circuito. Cada cierto tiempo se anuncia en la web dónde va a ser la próxima; normalmente se hace en un hotel cinco estrellas, con cena de gala y fiesta posterior, donde todo el mundo debe llevar máscara. Se admiten casi todo de tipo de relaciones, aunque lo que es vox populi es que algunos cuelan a prostitutas en las reuniones para que éstas se animen un poco.

—¿Perdona? —me sorprendí.

—Sí; algunos tipos parecen más *motivados* si vienen señoritas *profesionales*.

—Pero, entonces, ¿aquí también hay?

—Que yo sepa, no —negó muy convencido—. No soy un tipo de esos a los que les gusta aprovecharse de las mujeres.

—No lo entiendo. —Dejé el vaso en la barra—. Si esto es una fiesta con prostitutas, no sé qué coño hago yo aquí.

—Tranquila, al parecer el nuevo dueño se cuida mucho de que no pasen esas cosas. Pero corren rumores...

—No me hace ninguna gracia —sentencié, enfadada.

—Tranquila; te repito que esto es libre para todos. Lo he vigilado bien y aquí sólo estamos para pasarlo estupendamente en una fiesta.

—No me convence mucho, pero...

—Te convenceré a base de todo lo que vas a ver. Diversión pura. —Sonrió de medio lado.

—Pues esto en mi pueblo se llama *orgía*.

—Sí, puede ser.

—No. Lo es —repliqué, riéndome.

—Bueno, es algo así, pero con más glamur. Y con un elenco de invitados de alto *standing* que se reúnen cada cierto tiempo en diferentes lugares del planeta.

—¿No se hace todas las semanas? —pregunté extrañada.

—No. Esto se planifica con mucho cuidado y con mucho tiempo de antelación, nada debe salir mal.

—¿Y cómo es que se ha hecho en tu casa?

—Yo lo solicité. Se me dio el consentimiento y, para que nadie sospeche, pues hay que tener en cuenta que soy un empresario reconocido, de cara a fuera se trata sólo de una fiesta normal y corriente, para despistar.

—¿Cobras por ello?

—No; sólo he cedido mi casa para poder entrar yo en ella y disfrutar del sexo sin complejos.

—¿Me has elegido a mí por algo en concreto?

—Sí, porque me pareces preciosa y, no sé por qué, me ha parecido que ibas a encajar en este ambiente.

—Pues no estoy segura de si encajo o no lo hago. —Señalé un rincón donde dos mujeres, de rodillas, prestaban toda su atención al miembro de un caballero que las sujetaba de las cabezas, acariciándolas con deleite.

—Esto es un lugar libre, puedes marcharte cuando quieras —se acercó a mí seductoramente—, pero sé que no lo vas a hacer. La curiosidad te puede. Y sé que te gusto.

—Eres un egocéntrico.

—Sin duda. —Se abalanzó sobre mí y me subió a su hombro, cargándome como si fuera un saco de patatas.

Pegué un grito, sorprendida al sentirme presa entre los brazos de un neandertal. Me trataba como

si fuera de su propiedad.

—¡Bájame! —vociferé, molesta.

—Cuando lleguemos adonde te voy a llevar.

—Puedo ir solita, sé andar.

—Quiero que vean tu culo; quiero que vean que ese culo, esta noche, es mío.

—¡Estás loco!

—Sí, soy un *volk* y tú, mi *záyats*.

—¿Qué dices?

—Me refiero a unos dibujos animados rusos: soy el lobo que quiere comerse a su liebre.

—Déjate de chorradas y suéltame ¡ya! —Le propiné un golpe en la espalda.

Finalmente me dejó en el suelo para inmediatamente arrodillarse y bajarme, sin pedir permiso, la ropa interior. Bueno, en realidad me dejó el tanga en los tobillos y me giró hasta colocarme junto a un extraño mueble sobre el que me tumbó boca abajo. Sólo la mitad superior de mi cuerpo descansaba sobre aquel lugar; mis piernas permanecían rectas, en el suelo. Las manos de Sasha se pasearon desde los tobillos hasta el culo. Tenía expuesto mi sexo a él, y mi trasero podía verlo cualquier persona.

—¿Confías en mí?

—¿Puedo hacerlo? —Mi respiración estaba muy acelerada.

—Haré lo que quiera contigo, siempre que me dejes...

—No sé qué quiero que me hagas, Sasha; estoy algo desubicada.

—Yo te ayudaré. —Se inclinó sobre mi cuerpo hasta llegar a mis manos—. Quiero que te sujetes de estas manillas; no las sueltes si no te lo digo. Sólo vamos a jugar.

—De acuerdo. —La excitación en mi interior cada vez era más palpable.

—Deseo que seas mi juguete. Quiero jugar contigo hasta que me canse.

Ya no fui capaz de contestar nada, puesto que se deslizó de nuevo, esta vez hacia atrás, hasta quedar de pie frente a mis nalgas. Percibía la respiración contenida de Sasha, pero también a gente que se iba colocando a nuestro alrededor para mirar lo que allí ocurría; otros simplemente pasaban y echaban un vistazo sin pararse.

«Estoy totalmente expuesta a Sasha y a todo aquel que quiera pasar a mirar, a tocar, a... Laura, toma aire y respira —me dije—. Sabes que puedes irte en el momento en que lo desees. No estás atada, no te obliga nadie. Cierra los ojos y disfruta de esta sensación de incertidumbre.»

Cuando logré calmarme, mi cuerpo se relajó por completo. Comencé a respirar con tranquilidad, sintiendo cómo mi propio peso se dejaba caer contra aquel mueble y mis piernas, aún separadas, se flexionaban sólo unos milímetros, lo suficiente como para sentirme más tranquila. Tuve la sensación de que Sasha lo pudo advertir, pues me percaté de cómo su mano se apoyaba en una, paseándose luego con descaro de una a otra. Me agarró la nalga con fuerza en el instante en el que, con suavidad, sentí cómo un dedo se deslizaba por mi sexo. No lo introdujo, no presionó, sólo vagó desde mi húmeda entrada hasta el clítoris, excitándolo.

Si bien es cierto que mi cuerpo respondía sin poner impedimentos, no dejaba de ser consciente de que la sala se estaba llenando de otras personas que observaban la escena sin complejos. Me hizo

sentir algo incómoda y los músculos volvieron a responder, tensándose.

—No va a pasar nada... —Sasha se acercó a mi oído, y depositó un suave beso en mi cuello—... que tú no quieras. Es sólo un juego entre tú y yo. Nadie más; ellos sólo van a mirar.

—De acuerdo —respondí en un susurro.

—Si algo no te gusta, dímelo. Por favor, no te lo quedes. —Y justo en el instante en el que me dijo eso, mi cuerpo aceptó sin vacilar dos dedos dentro, a la par que lancé un grito ahogado—. Es todo para y por ti, querida; disfrútalo libremente. Nadie te va a juzgar, lo van a celebrar por ti.

Qué extraña me sentía. A pesar de querer dejarme llevar, no podía hacerlo al ciento por ciento, pues estaba algo coartada... aunque no veía caras, pues desde mi curiosa posición sólo distinguía piernas y medios cuerpos en ropa interior o con vestidos de noche y pantalones, de personas que disfrutaban del espectáculo que Sasha les estaba regalando gracias a mi cuerpo.

Volví a aceptar una investida de la mano de mi acompañante sexual. Sabía cómo dar con el punto exacto que me haría olvidar dónde estaba y lo que tenía alrededor. Una sacudida premonitoria me recorrió, haciendo que mi compañero aceptara con gusto la presión que mi vagina confirió a los dedos que todavía estaban en mi interior.

—Levántate. —Percibí cómo la voz de Sasha entraba hasta el fondo de mi cerebro.

—Pero todavía no... —me quejé.

—Es suficiente. —concluyó al tiempo que sentí el vacío cuando sus dedos abandonaron mi cuerpo.

—No es...

—No estabas lo bastante cómoda. —Se colocó al lado, acariciando mi cintura con una ternura inusitada, para ayudarme a poner de pie—. Pero, no te preocupes, lo estarás en algún momento.

—Quería... —le dije cuando ya estaba en posición vertical, mirando a los ojos que escondía la máscara veneciana que cubría su rostro.

—Lo harás, pero quiero que goces. —Sujetó mi mentón para agachar la cabeza y acercar su boca, para luego besarme con deliciosa parsimonia.

«No sé qué narices me está pasando. Estoy dentro de la vorágine más extraña en la que nunca me he visto. Esto no es una fiesta normal, esto no es un simple entretenimiento. Es un juego raro en el que todos participan, con mayor o menor protagonismo, sin ser consciente de que se forma una gran familia en la que el respeto prima por encima de la necesidad soez.»

Mis piernas volvieron a convertirse en dos apéndices útiles. Hasta hacía unos segundos, mi anfitrión me tomaba de la cintura, sabedor de mi flaqueza. Los tacones no ayudaban mucho, la verdad sea dicha.

No me hizo falta mucho más tiempo para caminar, guiada por la mano de Sasha, que de nuevo volvía a dirigirme. La cogí sin dudarle, pues quería saber cuál sería el nuevo destino que me depararía... justo en el momento en el que unos ojos se clavaron en mí. Era la mirada de un hombre alto, rubio, de pelo corto, que estaba sentado en la misma sala donde hacía un segundo yo había estado expuesta; desgraciadamente no podía ver mucho más, lo amparaba la semioscuridad del lugar. Lo que sí pude vislumbrar fue a la mujer que tenía sentada sobre las rodillas, vestida sólo con una delicada ropa interior de color rojo pasión. Él iba completamente vestido; traje de color negro

impoluto, juraría que hecho a medida. Me dio algo de miedo no poder distinguir qué tipo de mirada me estaba echando, pero lo que sí tuve claro fue que sus ojos no se apartaban de mí. Lo miré descaradamente; el hecho de que estuviera en penumbra, y la máscara que nos tapaba, me dio algo de arrojo para lanzarme a provocar.

—¿Ves como esto es un espectáculo? —Sasha se dio cuenta de ese rápido intercambio de miradas—. Te miran porque eres hermosa y el juego que hemos mantenido era bello, excitante y suficiente como para suponer un preliminar que luego cada uno puede llevar a su terreno. Cuidado con las escaleras...

Bajamos a lo que parecía un sótano, con menos iluminación que en las demás salas. Ésta se alumbraba mediante velas. Allí había menos gente, pero más activa. Mi sorpresa fue en aumento, ya que una mujer estaba atada en lo que parecía una equis, de frente a todos los que bajábamos a ese subterráneo.

—Ahora tú serás la espectadora. —Sasha se colocó a mi lado sin perderse ni una de mis expresiones, tanto faciales, las pocas que se podían ver de mi rostro, como corporales—. Verás qué excitante es el juego en la cruz de san Andrés.

Aquella mujer se encontraba desnuda delante de un pequeño grupo de personas expectantes por disfrutar del espectáculo, pero ella no podía hacer nada, sólo mantenerse a la espera de lo que pudiera ocurrirle. Con las manos atadas a cada extremo superior de la cruz y las piernas a cada uno de los inferiores, recreando la forma de un aspa, tenía frente a ella a dos hombres y a una chica que le acariciaban los pechos con suavidad, excitando los pezones hasta endurecérselos. Ella sonreía. Uno de los hombres iba vestido con una capa y calzoncillos, y portaba en la mano una vela. El otro, que parecía ser quien manejaba todo aquello, se acercó a la mujer para decirle algo al oído, provocando que sus labios se tornaran en una sonrisa aún mayor al ver cómo éste se arrodillaba delante de ella, centrando toda su atención en su depilado sexo. Se apresuró a sentirlo entre sus dedos y abrirlo, para así enseñarlo a todo el público, que mirábamos sin ningún tipo de pudor. Sus dedos se pasearon delicadamente por el clítoris y su entrada, mojándolos para jugar con sus jugos y así poder deslizarse con mayor facilidad por su sexo. La chica que estaba a su lado sacó la lengua para meterse uno de sus pezones en la boca; vi cómo lo succionaba y luego lo mordía con fuerza, a la par que el otro hombre, con la vela, echaba un poco de cera en el pecho libre.

Se oyó un ligero gemido lastimoso que pasó a ser rápidamente sustituido por otro de placer en el momento en el que el tipo arrodillado acercó su cabeza entre sus piernas. Imaginé que le lamía el clítoris, pues desde mi posición no podía verlo con claridad, pero, por la cara que ella ponía, estaba más que claro que el trato recibido era delicioso.

El tipo de la vela se acercó a su rostro y lamió sus labios con lascivia, y ella se dejó caer en su cautiverio, pues estaba amarrada por unas correas. Un tipo le arrancaba gemidos al enterrarse en sus piernas, mientras una chica lo hacía entre sus pechos y otro le atacaba la boca.

Mi respiración iba en aumento, al igual que la excitación que de nuevo mi sexo volvía a experimentar. Estaba mojada de nuevo o tal vez no había dejado de estarlo... No lo sé, pero me estaba sintiendo una *voyeur* de manual al ponerme cachonda observando una escena sexual en primera persona, como si lo hiciera a escondidas.

Una mano se metió bajo mi falda y di un respingo.

—*Shhhhh, silence.* —Sentí cómo se paseaba por mi trasero—. *Tu es très humide, petite chatte.*

No, no era Sasha, que esta vez parecía absorto con el espectáculo que teníamos frente a nuestros ojos. Al notar aquella mano en mi sexo ardiente, no pude decir que no; quería sentir lo mismo que aquella mujer atada. Me agarró de la cintura y me echó hacia atrás, separándome del círculo de público que disfrutaba del delirio de aquella hermosa fémica. No quería que Sasha... Él me estaba mirando y sonreía con lujuria; se pasó la lengua por los labios y, con un ligero gesto de cabeza, dio su consentimiento. ¿Tenía que pedir su aprobación? ¿O ésta iba dirigida al otro hombre, para que pudiera tocarme? El resumen: no le importaba que jugaran conmigo. Se giró y continuó disfrutando con la función.

Yo me había quedado paralizada al no entender muy bien qué me estaba sucediendo. Lo fácil, lo racional, hubiera sido no continuar con esta extraña situación, dándola por finalizada saliendo de allí. Pero no, no me giré, pues di por hecho entonces que no me importaba que el tipo que me tenía sujeta por la cintura, que estaba segura de que era el mismo que no me había quitado ojo en la sala anterior, me tocara el culo y, andando de espaldas, nos hiciera sentar en un sofá convenientemente situado frente a la cruz de san Andrés. Nadie nos atendía a nosotros, no éramos las estrellas del *show*, así que, al sentarse aquel hombre, me dejé caer sobre sus piernas. Al parecer, el pequeño tumbo que mi cuerpo dio contra el suyo al situarme sobre sus rodillas me hizo reaccionar y quise darme media vuelta, pero me lo impidió suavemente para después darme un beso en el cuello, haciéndome notar un cosquilleo que hacía tiempo que no sentía.

Mientras su lengua paseaba libremente por mi cuello, bajó las manos, que aún tenía posadas en mi cintura, a las piernas, para llegar hasta las rodillas. Me las sujetó abriéndolas al máximo, exponiéndome a cualquiera que mirara, y luego bajo con suavidad a mis tobillos para acomodar mis pies detrás de sus gemelos.

—*Ne ferme pas les jambes.* —Su grave y ronca voz resonó en mi estómago y, aunque no entendía bien el francés, pues dos años en el instituto no dan para mucho, sus manos me dejaron claro que quería tenerme así, abierta a sus deseos.

—No, no... —logré balbucir, a la par que sentí un gran suspiro de satisfacción detrás.

Recostó el peso de mi cuerpo en su pecho. Sus manos ahora subían por el interior de mis muslos hasta posarse en las ingles. Lo siguiente que estaba por venir me hacía respirar con dificultad; lo presentía, lo esperaba, lo quería. Anhelaba que ese tipo me tocara, que consiguiera liberar, de una vez, toda la excitación acumulada durante la noche... pero me hizo esperar. Una de sus manos entró por debajo del vestido en busca de uno de mis pechos, haciendo así que la ropa se levantara todavía más. Me daba igual, quería más; en ese instante sólo necesitaba más y más. Cuando encontró su objetivo, yo ya tenía todo el vestido arremangado en la cintura, y mi espalda arqueada contra su cuerpo. Lamió mi cuello al encontrar mi pezón excitado y al atraparlo entre su dedo índice y anular. Lancé un pequeño gemido de excitación, que hizo que aquel desconocido pasara la mano que aún estaba en mi ingle al sexo, tocando ligeramente el clítoris. Era un tipo listo: sabía que, si lo hubiera tocado más, me hubiese corrido en ese instante, así que sólo lo acarició y pasó a usar su dedo anular, acariciando las puertas de mi vagina, entrando y saliendo de ella sin introducir el dedo hasta el

fondo.

Mis ojos se abrían y cerraban instintivamente, haciendo que la escena que tenía frente a nosotros se convirtiera en algo casi esperpéntico. La mujer que estaba en la cruz había cambiado de amante; ahora era la chica quien enterraba su cara entre las piernas de la primera, mientras el tipo de la vela introducía sus dedos en ella. El hombre trajeado estaba detrás de la joven que lamía el sexo de la crucificada, follándosela mientras no apartaba su mirada de la encadenada. Sentí la necesidad de tener lo mismo que ella; quise revolverme para buscar algo que me llenara, pero, al intentarlo, las piernas del desconocido me lo impidieron, abriéndome más, exponiendo mi sexo más. Sin embargo, al sentir mi necesidad imperiosa, apartó la mano de mi pecho y la bajó a mi sexo, para meter dos dedos dentro de él y, con la otra, acariciar mi clítoris con entusiasmo.

Me iba a volver loca. Estaba siendo follada por las manos de un desconocido y no me importaba; aún más, lo necesitaba. Sí, estaba ahí. Sentía cómo finalmente el orgasmo estaba a punto de explotar, cómo las maravillosas manos de aquel individuo me estaban llevando al cielo... cuando de repente me sentí vacía. Abrí los ojos al ver frente a mí a Sasha sonriendo y sentir que el hombre que me sostenía colocaba sus manos en mis ingles.

Eché la cabeza atrás, para apoyarla en el hombro de aquel tipo, muy frustrada. Me estaban volviendo tarumba. «¿De eso va este juego? ¿De jugar con las mujeres, llevándonos al borde del abismo? ¿Nos castigan por algo? ¿Esto es un espacio sadomasoquista en el que nosotras somos los juguetes?» Estaba claro que sí. O, por lo menos, era lo que querían hacer conmigo. Pero, cuando mi mente divagaba acerca de las infinitas posibilidades sobre mi papel en este lugar y en este instante, las manos del francés en el que me apoyaba volvieron a mi sexo, pero sólo para abrirlo más y sujetar mis piernas con las suyas. Entorné ligeramente los ojos y pude distinguir el cuerpo arrodillado de Sasha entre mis piernas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Sí! —grité finalmente al sentir la lengua de Sasha en el clítoris y algún dedo suyo dentro de mi vagina. El francés separó sus manos de mis ingles, metiendo una de ellas bajo el vestido para tocarme con fuerza un pecho y con la otra sujetar mi rostro e introducir un dedo en mi boca, mientras me lamía el cuello.

Mis sentidos iban a estallar. La sangre se me estaba acumulando en los oídos a la par que sentía que desconectaba de mi alrededor. El orgasmo iba a romper cada una de mis células en breves segundos. Sasha en mi sexo, y el francés apretando mis pezones y lamiéndome el cuello.

Me corrí, me dejé ir, y comencé a temblar como si el alma se me escapara del cuerpo sin remedio.

Creo que gemí lastimeramente al volver a la realidad. Y digo *creo*, porque no pude volver a recomponerme cuando las manos del tipo que estaba a mi espalda volvieron a meterse sobre mi sexo para excitar de nuevo mi clítoris. Gemí, y volví a gemir al sentir cómo Sasha metía dos dedos dentro de mi vagina mientras que el francés volvía a estimularme... y no les costó mucho, me corrí casi inmediatamente. Me dio hasta vergüenza gritar de nuevo al estar entre esos dos hombres. Estaba desatada; si en ese momento me hubieran empalado, cualquiera de ellos, me daba igual, lo hubiera aceptado de buena gana.

Respiraba acelerada, arrítmicamente.

Sentí un lametazo desde la vagina al clítoris a modo de despedida; estaba hipersensible y me estremecí.

El tipo que estaba a mi espalda finalmente me cerró las piernas. Sasha se levantó de entre ellas y, ya de pie, me tendió la mano para ayudarme a ponerme a su lado. Sin preguntas, lo hice girándome a *mirar* a aquel hombre de cara oculta y barba. Su altura me pareció intimidante, casi como la de Sasha.

Se acercó como una pantera a su presa, aproximando sus labios a los míos, pero no para besarme, sino para lamérmelos y, sin pedir permiso, introdujo un dedo en mi vagina, cosa que me sobresaltó, para después llevárselo a la boca.

—*Merci, ma petite chatte* —finalizó con voz profunda.

Se giró lentamente y se alejó con parsimonia.

—Has tenido suerte —susurró Sasha, sujetándome por la cintura a la vez que me acariciaba el cuello con la nariz de la máscara.

—¿Por? —Saqué algo de fuerzas para responder.

—Es el dueño de la empresa que organiza las fiestas, su propietario. Nunca se le ha visto acercarse sexualmente en público a ninguna chica, a pesar de que pueda estar rodeado de ellas.

—¿Sabes quién es? —Aún intentaba respirar con normalidad.

—Claro que no sé quién es... —Me soltó de la cintura y me sacó de aquel lugar sin muchos miramientos—. Por hoy creo que has tenido suficiente, vamos fuera.

—No, no quiero ir fuera. Quiero irme a casa —sentencié segura.

—Como desees. Ahora llamo a un coche y te acerco a tu casa —respondió solícito.

—No, no hace falta, de verdad. Llama a un taxi, quiero irme sola.

—¿Estás bien? —Acarició mi mano.

—Sí, pero necesito estar sola; todo esto ha sido demasiado.

—¿Lo has pasado mal? —demandó, esta vez en un tono tan aséptico que me recorrió toda la espalda.

—De verdad, necesito irme a casa.

Deshicimos el camino andado; traspasamos todas las estancias, a rebotar de gente que, pasado el tiempo, había tomado caminos desenfrenados de exhibicionismo puro y duro. Las estancias olían a feromonas y los cuerpos se entremezclaban entre ellos. Al entrar en el salón que aún hacía de discoteca, volví a ver al francés, esta vez subido al estrado del disyóquey, con unos cascos en la cabeza, cambiando cedés para así acompañar la música con los movimientos de los invitados, incitándolos a seguir jugando.

Me quedé mirándolo un segundo; sus movimientos se parecían demasiado a los de Laurent en la boda...

—¡Vamos! —Sasha me sacó de mi ensoñación—. Ya te está esperando un coche en la puerta.

—Gracias. ¿Cuándo...? —quise preguntarle cuándo lo había llamado, pero podía haber sido en cualquier momento en el que mi mente divagaba por todo lo sucedido.

La puerta se abrió para nosotros y las máscaras desaparecieron de nuestros rostros. Nadie más salía ni entraba en ese instante, sólo estábamos nosotros en la sala...

—No hay nadie —hice notar a mi anfitrión.

—Son cerca de las cuatro de la mañana, la fiesta acabó hace horas.

—Es... Y toda la gente de abajo... ¿Tú?

—Tranquila, está todo controlado. Yo sólo soy responsable de mi gente de seguridad para que no pase nada en mi casa. De lo demás se encarga el francés.

—Ya —contesté con el cerebro a medio gas.

—Éste es tu coche. —Abrió la puerta de un vehículo de lujo; no sabría decir si era un Mercedes, un Bentley o un Audi—. ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

—No, de verdad. —Me acerqué a él para despedirme—. Ha sido una experiencia fantástica. —Lo besé suavemente en los labios.

—Sabía que te gustaría —respondió con altivez—. Y esto, si quieres, aún puede tener más recorrido. Yo estoy dispuesto a llevarte de la mano. —Agarró mi cuello e introdujo su lengua dentro de mi boca con una sed inusitada, con ansia—. Quiero enseñarte a disfrutar de estos juegos.

—Adiós —me despedí, metiéndome en el coche.

5

Aquella noche debería haber dormido como una bendita. Al día siguiente era domingo y no tenía nada mejor que hacer que descansar tirada en el sofá y poco más, pero mi mente quiso jugarme una mala pasada recordando una y otra vez todas las escenas que había visto y disfrutado sin ningún tipo de tapujo.

El sexo para mí es diversión, destape, mente abierta y placer sano. Lo que nunca hubiera pensado era que el sexo se podía enseñar, compartir o incluso descubrir en espacios en los que todos buscan exactamente lo mismo. La lujuria sin censura y con unas reglas sorprendentes.

No me dejaba dormir el pensar que aquello que acababa de experimentar era un club privado, como una logia masónica del sexo en la que las reglas están escritas más allá del simple contacto piel con piel. Me recordaba peligrosamente a la película de Stanley Kubrick, *Eyes Wide Shut*, en la que una élite se entremezcla entre sí para poder gozar sin tapujos y que nadie se vaya de la lengua.

«¿Podría ser eso?»

Un estruendo en la puerta me despertó.

La mismísima caballería rusticana golpeando con fuerza a la entrada de casa.

«¿Me tengo que levantar? No. Me doy la vuelta y, quien sea, que se marche por donde ha venido.

Que me deje en paz.»

Cerré el ojo y me tumbé para el otro lado, pero la suerte no estaba de mi parte.

—¡Sé que estás en casa! ¡Abre la puerta, mendiga de cariño!

«¿Qué coño dice la loca de Nuria?»

Sí, era ella la que estaba aporreando la puerta de casa sin miramientos.

—¡Abreeeeeeeeee!

No me quedó más remedio que salir de la cama con medio maquillaje sin quitar, lo vi al pasar por delante de un espejo, y con una camiseta roída y unas cómodas bragas como pijama.

—Voy, histérica —farfullé antes de abrir la puerta—. Espero que vengas sola, porque, si no, tu marido me va a ver el culo.

—Quita, anda. —Me apartó para entrar en casa como si fuera la misma marabunta.

—¿Ha pasado algo que yo no sepa? —le pregunté, aún dormida.

—¿Tú has visto la hora que es? —Se paró de frente, mirándome seriamente mientras veía cómo negaba con la cabeza—. Pues habíamos quedado a la una todas para despedirnos.

—Yo no he quedado con nadie —me quejé.

—Ya lo sé, porque no has respondido a ningún mensaje desde anoche. Por eso he venido, vamos. Quítate el modelo mapache que tienes en los ojos y ponte cualquier cosa.

—¿No voy a poder descansar el fin de semana?

Sé que hice una pregunta retórica, tan retórica que, aun sabiendo la respuesta, tenía en mi interior un poquito de esperanza de que no fuera verdad.

—Déjate de tonterías, te estamos esperando todos abajo. Como sabíamos que estarías medio zombi, hemos quedado en la terraza del otro lado del parque. Nos esperan allí. Piensa que Lucía regresa a Cantabria y Lourdes se va el lunes a las doce de la mañana para México.

—Vale, vale...

No, no pude ni dormir la siesta. Llegué a casa por la tarde, pensando en el montón de trabajo que me tendría atascada el lunes por la mañana. Dos vistas, y una de ellas de las que me gustaban, divorcio sin acuerdo. Pereza total.

Entré en mi piso y los pies se me enredaron en un sobre.

—¿Un sobre? —pregunté sorprendida al aire, porque... quién me iba a contestar, claro—. Como sean los pesados de la comunidad, me voy a cagar en todo lo cagable.

Me agaché para cogerlo, sin muchas ganas, la verdad, y lo dejé encima de la mesa del salón. Ya lo leería luego; lo primero era ducha, cambio de ropa, sofá y quizá algo de comer. Así sería el orden del día; bueno, de lo que quedaba de él.

Me desperté en el sofá a las doce de la noche; no sabía ni en qué momento me había quedado profundamente dormida. Como una autómatas, me lancé en plancha hacia la cama, mi fiel compañera, mi amiga, mi confidente, mi amor sin peros...

Sabía que aquella mañana sería insoportable, pero no tanto como se presentó. El primer juicio resultó ser nulo, al no presentarse una de las partes y tener que cambiar la fecha. El segundo, aunque ya suponía que sería fuerte, lo fue tanto como para darme que pensar con respecto a las relaciones y tomármelas en serio. Otra vez, y ya se estaba tornando en demasiado frecuente, tenía que hacer de repartidora de bienes. Y entre esos *bienes*, los futuros divorciados contaban a los hijos. «Estos romanos están locos», la frase de Obélix venía a mi mente al constatar que dos criaturas eran considerados parte de un bien común. «No, señores, era, son y serán seres humanos con sentimientos, vida y ganas de ser felices.»

La semana no fue mucho mejor. Ese mismo jueves volví a tener otra sesión con esos dos personajes que se disputaban los hijos que me hizo perder los estribos. Menos mal que el divorcio anterior había sido de mutuo acuerdo. Sí, en los tribunales suelo tener bastante paciencia, pero esas dos personas irreverentes e irresponsables que no hacían nada más que pedirse dinero el uno al otro acabaron por sacarme de quicio y paré la sesión durante media hora. No podía pensar que, en algún momento de su vida, esos dos hubieran estado enamorados. Imposible, negativo, no, *non, niet, nein...*

Pegué tal portazo a la puerta del despacho al entrar que creo que mi secretario saltó de la mesa y ni se atrevió a decirme nada, aunque ganas se le veían...

—Me gusta ver que tienes carácter. —Encontré a Aleksandr sentado en el sofá, de ahí que mi secretario me quisiera avisar.

—¿Qué haces aquí?

—¿No leíste la nota que deslicé bajo la puerta de tu casa?

—No, pensé que era de la comunidad y se quedó sobre la mesa del salón. —Dejé los papeles encima de la mesa y me planté delante de él con los brazos en cruz—. Además, ¿cómo sabías dónde vivía?

—Laura —arrastraba la erre de una manera muy suave—, ¿en serio me lo preguntas? Te llevó mi chófer hasta allí. —Sonrió con superioridad, levantándose luego para ponerse a mi altura.

—¿Y dónde trabajaba? —continué, ya nerviosa; me imponía su oscura mirada.

—Amparo es mi amiga, me ayuda con algunos negocios... —Metió las manos debajo de mi toga y le cambió el rostro; parecía decepcionado mientras las paseaba de mis caderas a la cintura.

—¿Pasa algo? —Di un paso atrás, intentando separarme de él.

—No, es que por un momento pensé que no llevarías nada de ropa. Me había hecho ilusiones.

—Pues no tengo el cuerpo, lo que se dice exactamente, para muchas ferias —respondí airada, alejándome para sentarme en mi escritorio, cosa que no sucedió, pues una mano me agarró por la muñeca y me arrastró hacia él.

—No creerías que, después de lo del sábado, te ibas a librar tan fácilmente de mí, ¿no? —Me pegó a su cuerpo con fuerza, casi asfixiándome.

—Pensé que...

—Yo no te vi pensar mucho, la verdad. —Ladeó la sonrisa antes de bajar su rostro hasta el mío y besarme—. Me quedé con ganas de follarte...

Y lo soltó así, sin red, sin paracaídas, sin una colchita que reprimiera un poquito el golpe que sentí al oír eso. Que sí, que no me asusto, pero, después de pasar el domingo entero, para qué mentir, necesitando que me dieran un meneo completo, el tipo va y me suelta que se quedó con ganas. ¡Joder, y yo! Aun a pesar de haber disfrutado como en la vida lo hubiera hecho. Sí, mi mente en ese instante iba a doscientos kilómetros por hora y sin frenos. Pero, si no paraba eso de inmediato, me abrirían un expediente disciplinario en menos que cantaba un gallo.

Me dejé llevar un poco más, no lo suficiente para no darme cuenta de que debía volver al trabajo.

—Sasha, para. —Lo aparté sin miramientos.

—Vamos, ¿no me digas que no te da morbo? —Volvió a intentarlo con más insistencia.

—Puede que me dé todo el morbo del mundo, pero en tres minutos tengo que volver a la sala. Me espera un juicio y no he podido hacer lo que pretendía en el despacho.

—En tres minutos puedo hacerte maravillas. —Metió la mano bajo mi vestido, encontrándome totalmente preparada para él—. Mmm, ¿ves? Podría ser muy rápido...

—No quiero que sea rápido. —De nuevo fui yo quien se echó para atrás—. Ven a mi casa esta noche, tú y yo. Los dos solos.

—No puedo, mi pequeña Ninotchka, había venido a despedirme. Debo salir de viaje por cuestiones de trabajo, pero quería hacerte una propuesta.

—Dime, soy toda oídos —comenté mientras miraba el reloj y recomponía mi vestuario.

—Quiero que me acompañes a México en dos semanas.

—¿Perdona? —pregunté abriendo los ojos de par en par.

—Lo que has oído. Me gustaría que vinieras conmigo a México; vi cómo lo pasaste el sábado y me gustaría que me acompañaras a una nueva fiesta.

—¿Tú y yo? ¿Como pareja?

—Sí, los dos. Si quieres... —dejó la frase en el aire.

—No sé si quiero, Sasha...

—¿Te hice sentir incómoda en algún momento?

—No es eso. La verdad es que me parece todo muy precipitado. Entiendo que lo hemos disfrutado juntos, que...

—Laura, ¿no querías invitarme a tu casa a pasar la noche? —asentí enérgicamente—. Entonces, ¿dónde está el problema?

—No hay problema; de mi casa te puedo echar. Un viaje a México es otra cosa, significa pasar más tiempo contigo, más implicación.

—¿Quieres habitaciones separadas? Hecho...

—No es eso...

—Haré lo que quieras, sólo deseo que me acompañes. Aquí —extendió un sobre que cogí— tienes los billetes de avión y la reserva del hotel. Llamaré y te pediré una habitación para ti sola, aunque espero que no la uses.

—Acepto; es de locos, pero acepto.

Sasha sonrió seductoramente, y se acercó como nunca antes en nuestros breves encuentros, de manera suave y casi cariñosa para acariciarme el rostro.

—Me tengo que ir. —Miró el reloj que llevaba en la muñeca derecha—. Pretendía poder despedirme de otra manera, pero me conformaré con poder verte en un par de semanas en México. No podré viajar contigo.

—Allí estaré.

—Lo prometes. —Me cogió de la mano.

—Lo prometo. —Sonreí al recibir un beso suyo en la mejilla.

Justo en ese instante, el sonido del golpe en la puerta por parte de mi secretario nos sacó de nuestro propio mundo.

—He de volver.

—Tranquila, me marchó. Te esperaré allí —agarró mi mano—, no me falles.

—Iré. Lo he prometido —contesté con un nudo en el estómago.

Sasha salió mientras mi secretario entraba; me traía nueva documentación para el juicio. Cerré los ojos y, tras recoger lo que me daba, dejé en el bolso el sobre que Aleksandr me había entregado.

Un viaje a lo loco con un desconocido... Me quedé mirando un segundo más al infinito, valorando si me estaba volviendo tarumba o realmente necesitaba echarme la manta a la cabeza.

No lo conocía de nada más que de un escarceo sexual, de una seducción en un ambiente proclive a ello, de un juego peligroso en un espacio osado en el que la lujuria regía las necesidades.

—¿Qué coño he hecho?

—¿Decía algo, jueza? —me preguntó desde la puerta mi secretario.

—¡No! —me asusté—. Nada. Ya voy para la sala y ¡deja de llamarme de usted!

—Laura, estamos en el trabajo, hija...

—Lo odio —solté por lo bajo mientras pasaba por su lado.

—Lo sé, pero es lo que hay.

—Si supieras lo que me ha pasado.

—Si supieras que lo he oído todo...

—¿Qué dices? —lo miré ojiplática.

—Si cerraras bien la puerta...

—Ni una palabra —le puse el dedo índice en el pecho, amenazante— o te las verás conmigo, Sergio.

—Pues te diré una cosa: yo me iría a México y adonde quisiera el maromo ese...

—Idiota —le espeté, camino de la sala.

Sergio era mi mano derecha en el juzgado y, después de muchos meses trabajando codo con codo, más que eso. Horas de trabajo y cañas a la salida del curro habían hecho que Amparo, Sergio y yo compartiéramos muchos ratos juntos.

6

Miré mi reloj, eran tan sólo las ocho de la tarde de un caluroso jueves. En menos de una semana se suponía que debía irme a México a encontrarme con Sasha y disfrutar de unos días de ¿relax?, ¿sexo?, ¿nada?

Sentada en la barra del bar esperaba a que aparecieran Sergio y Amparo; se habían empeñado en tomar algo a la salida del trabajo, pero me apetecía realmente poco. «Esta gente tiene las pilas cargadas continuamente y, a pesar de que soy la más joven de este dispar grupo, tengo la sensación de ser mucho mayor que ellos. Siempre ando cansada.»

—Hola. —Amparo fue la primera en llegar—. Póngame lo mismo que a mi amiga.

—Estoy tomando tónica sola. —Levantó las cejas con cara de susto.

—¡Uy! No, no. Póngame un gintónico —corrigió dirigiéndose al camarero—. Necesito algo fuertecillo; hoy estoy hasta las narices de todo.

—Pues si te contara mi día... —dejé caer—. He tenido un juicio de esos que parecen fáciles y, al final, la documentación te come.

—Si te dijera la verdad, casi prefiero la documentación a aguantar a los abogados de ambas partes, que no paran de decir y contradecir.

—Bah.

—Pues eso mismo, querida, ¡bah!

—¡Hola, corazones! —Sergio se unió a la fiesta—. Laurita, ¿no me digas que ya le estás dando a la tónica?

—Sí, hijo, está de un soso —respondió Amparo por mí.

—Ahora mismo lo soluciono. —Se acercó al camarero y le susurró algo al oído—. Ya está; verás tú cómo las penas, con esto que he pedido, son menos.

—Yo ya había pedido un pelotazo —se quejó Amparo.

—Pues queda inmediatamente anulado —señaló de nuevo al camarero, que asintió.

—Joder, no entiendo la marcha que lleváis.

—Chica, llevamos demasiados años en el juzgado y... o le damos caña al cuerpo o le damos caña al cuerpo.

—Sergio, es que la pobre va sobrecargada de trabajo.

—Cariño —éste se acercó para ponerme un brazo sobre los hombros—, la plaza es tuya desde

hace ya un tiempo. Relájate ya, llevas un año demostrando que puedes.

—Lo sé, pero...

—Ni pero, ni peras en almíbar.

Dejaron en la barra tres margaritas frente a cada uno de nosotros.

—¡Eres un cabrón! —insulté deliberadamente a mi secretario y, muy a mi pesar, amigo.

—¡Viva México! —Levantó la copa.

—¿Me he perdido algo? —demandó Amparo antes de darle un trago a su copa.

—La pendeja, en una semana, se va a México...

—¿Qué?! —Por poco se atraganta con el margarita.

—Sí, nena... vino un hombretón... —Al oír esto, le solté una colleja, por bocazas—. ¡Ay! ¡No me pegues!

—Por bocachancla. —En ese momento quería morirme; no me apetecía nada que Amparo se enterara del viaje que tenía planificado hacer con Sasha.

—A ver, ¿te vas a México con un tío y no me has dicho ni media palabra? —Mi compañera de trabajo se me encaró.

—No quería contar nada, porque no tiene importancia.

—¿Cómo que no es nada? Si te lo ha regalado... —Sergio volvió a llevarse otra colleja—. ¡Leche! Oye, bonita, ¿por qué no te guardas la mano en el cul...? ¡En el bolsillo!

—¿Que te han regalado un viaje a México?

—Sí. Bueno, es como una *prueba*.

—Una prueba, ¿de qué, bonita? —Amparo cada vez levantaba más la voz—. ¿Quieres dejarte de tonterías y contármelo de una vez?

—Es fácil —volvió a meter baza Sergio, esta vez alejándose prudentemente de mi mano—: un tipo con acento extranjero entró en su despacho y la esperó, con mi permiso, claro está, y... entre otras cosas, le ofreció este viaje.

—¡Aleksandr! —Mi amiga saltó de su taburete, acercándose más a mí. Me sujetó de un brazo, bajándome y dirigiéndome hacia una de las mesas más aisladas del local. Sergio nos miró anonadado; tardó dos segundos en coger su copa, la mía y perseguirnos hasta allí.

—¡Suelta, Amparo! —Sacudí el brazo para deshacerme de ella.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó muy seria a la par que se sentaba muy cerca—. Yo dejé de ir porque pasaban cosas que no me gustaban nada.

—¿Cómo que no te gustaban nada? —planteó, curioso, Sergio.

—Averigüé que algunos malnacidos obligaban a algunas chicas a ir a esas fiestas para animar el cotarro. Vamos, prostitución.

—Sasha me dijo que eso ya no pasaba, que hay un nuevo dueño que cuida de esos menesteres.

—No me fío, Laura, da igual quién sea el propietario. En esos ambientes, el morbo y la degradación humana pueden llegar a límites insospechados.

—Amparo, yo no vi nada raro más allá de lo que te conté.

—¿Estás segura de que quieres ir? —volvió a insistir.

—No, no estoy segura, Amparo. No sé qué coño voy a hacer, ni siquiera sé si voy a coger ese

avión.

—¿Cómo que no vas a ir? —intervino Sergio.

—Chico, es que no sabes ni la mitad de las cosas... —dejó caer la jueza.

—¿Es un asesino? —preguntó casi riendo—. ¡Lo tengo! Es un mafioso ruso y, si te vas con él, te venderá para que ejerzas la prostitución en Los Cabos.

—¿Quieres dejar de decir gilipolleces?! —finalicé su soliloquio.

—Guapa, estás hoy de un intratable...

—Tiene razón, Sergio. Calla un momento.

—Vaya dos —resopló mirándonos.

—Laura, sé lo que te enseñó. Imagino que en México vas a alguna de esas fiestas, ¿verdad?

—Aún no he dicho que sí. —Me puse totalmente colorada por la mentira que acababa de soltar.

—Cielo, no soy la persona indicada para decirte lo que debes o no debes hacer. Sólo te aconsejo que lo pienses bien.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

Sergio bebía y miraba de un lado para el otro, intentando entender qué ocurría.

—Sí. Conocí a Sasha allí.

—Pero si no se ven las caras de los invitados... —Levantó las cejas—. Te lo has...

—No, no, no. Fui invitada a una prefiesta y él estaba entre los asistentes; fue su primera vez y no iba sólo, aún estaba casado.

—No entiendo nada. Se supone que todo el mundo que va es desconocido para los demás.

—Bueno, las reglas están para saltárselas.

—Pero, bueno, ¿puede saberse de qué habláis? —Nuestro amigo no pudo pasar más tiempo sin meter baza de nuevo.

—Yo no se lo voy a contar, Amparo.

—Yo sí, que ya no voy a esas fiestas —soltó.

—Me da igual quién me lo cuente, ¡pero que suelte la lengüita alguien ya!

—El resumen es el siguiente: esta señorita conoció hace una semana a un amigo mío en una fiesta y acabó en otra fiesta paralela, privada, con ese tipo.

—Vamos —me guiñó un ojo—, que te lo tiraste y ahora ha quedado prendado de ti.

—Podría decirse que sí —intenté finalizar la conversación.

—Bueno, no exactamente, Sergio. Cuando digo *fiesta paralela*, me refiero a una fiesta muy íntima con más gente. —Sonrió de oreja a oreja.

—¡Una orgía! —gritó haciendo que varios comensales giraran la cabeza para mirarnos.

—Algo parecido —concluyó Amparo.

—Bueno, pues ya está... —sentencié, rezando para que no siguieran con el tema.

—Pues vaya... Y yo que pensaba que iba a ser algo más prohibido —me golpeó el hombro ligeramente para seguir—; en las fiestas a las que yo voy, muchas veces he acabado en el cuarto oscuro. Menuda novedad...

—Es algo más que eso, Sergio, es un club de...

—*Swingers*. Que sí, que lo he pillado a la primera.

—No. ¡Joder! No es eso. —Ya me enfadé—. Es un club privado donde nadie conoce a nadie, no se ven las caras y cada uno da rienda suelta a su imaginación.

—¡Hostia! Como en la peli de Tom Cruise y Nicole Kidman.

—Digamos que se basaron en ese concepto para crear este club tan exclusivo, que va moviéndose por todo el mundo, celebrando esas fiestas.

—Amparo, se supone que no podemos hablar de ello —me quejé.

—Nena, yo ya no estoy dentro. Y tú, ¿estás? —Negué con la cabeza—. ¿Entonces...?

—Lo prometí.

—Ains, nena; olvidar lo prometido, hasta lo metido...

—Sergio, qué bestia eres —lo regañé.

—Será mentira.

—Tiene razón, Laura. Pero lo que más me preocupa es saber si estás convencida de lo que haces. Una cosa es verlo desde la barrera y en tu terreno, cerca de tu casa, y otra muy distinta es irte así, de pronto, de viaje al otro lado del charco.

—Amparo —medió Sergio—, creo que se lo merece. Que haga un poco el loco, que, desde que no están sus superamigas, sale muy poco y conmigo no quiere venir.

—Aún no he dicho que vaya a ir.

—Di que sí —me animó Sergio.

—Piénsalo —me aconsejó Amparo.

—¿Otro margarita? —pregunté yo.

—Otra ronda —dijo, y sonrió de felicidad mi amigo.

Ni que decir tiene que aquel jueves se convirtió en un *juernes* en toda regla, que hizo que, al llegar a casa, no tuviera ganas más que de echarme a dormir. En realidad lo necesitaba, caer noqueada para no darle más vueltas a la cabeza...

—No te des la vuelta —oí suavemente a mi espalda.

—Quiero ver quién eres —repliqué con valentía.

—Siempre has sabido que soy yo —acarició mi oído con su suave voz.

—Sabes perfectamente que no quiero que seas tú.

—Por eso mismo no quiero que te des la vuelta —volvió a hablar con parsimonia, sujetando mi cuerpo y aplastándolo contra el suyo.

Una de sus manos se había situado en mi estómago; la otra acariciaba mi garganta, mientras sentía cómo su lengua recorría lentamente el espacio entre mi hombro y el cuello.

—Acostúmbrate a esto; quiero que sea lo único que deseas. Quiero ser el único al que deseas.

—Déjame mirarte a los ojos —volví a pedir, desesperada.

—No. No hasta que lo aceptes. —Bajó la mano que tenía en mi vientre a mi sexo para acariciarlo, provocándolo, jugando con la poca paciencia que me quedaba.

—Aceptar, ¿qué? —Los dos estábamos desnudos.

—Esto —sacó la mano de mi sexo y volvió a dejarla en mi estómago, a la par que me soltaba del cuello para poner esa mano en mi espalda. Me inclinó suavemente—; sujétate ahí.

Fue exactamente lo que hice, acerqué mis manos a la mesa que estaba delante y lo sentí... sentí cómo entró en mi cuerpo sin miramientos, sin permiso, sin necesidad de más juegos que el de estar ahí. No se movía. Mientras, podía sentir la tensión de su mano en mi estómago, aprisionando su necesidad, aguardando...

—Dímelo —susurró—, pídemelo y continuaré.

—No... —respiraba ansiosamente—, no puedo.

—Hazlo. —Sólo sentí cómo sus caderas rotaban y mi labio tembló; mis manos se amarraron con fuerza a la mesa—. Vamos, hazlo y seré tuyo para siempre.

—Es imposible. —Me apretó contra él.

—¿Eso crees? —Percibía mi respiración acelerada y yo sentía sus labios en mi espalda—. Hazlo.

—Te... —suspiré angustiada, notándolo por completo.

—Sigue así, es fácil. Es para siempre.

—... quiero.

—*Moi aussi* —respondió.

—¡Laurent! —grité a la vez que abrí de golpe los ojos.

Respiraba acelerada y me desperté. Estaba en el salón, en el sofá, con la televisión encendida a un volumen casi inaudible. Una fina capa de humedad recorría la piel de mi cuerpo y lo que no era mi piel; el sueño había sido más real de lo que me hubiera gustado. Estaba excitada, tremendamente excitada, y casi podría decir que notaba aún la ausencia de su pene. Mi clítoris palpitaba sin excusa y mis ojos se cerraron, enfadados.

Hacía meses que no soñaba con él, que no fantaseaba con aquella necesidad imperiosa de tener su cuerpo entre mis brazos. Tenía claro que el miedo había sido lo que me había hecho escapar, pero echaba de menos cómo me hacía sentir en la cama, entre su cuerpo, con sus manos en mi piel.

¿Por qué había tenido que pedirme que le dijera «te quiero»?

¿Por qué insistía?

Me levanté del sofá con destino a la nevera, necesitaba agua helada.

—Laura, eres una gilipollas —me dije en voz alta—. Él no te ha pedido nada; es un puto sueño y en él has dicho lo que te ha dado la gana. ¡Imbécil!

Miré la hora, era noche cerrada. Hice la cuenta de la vieja para saber qué hora sería en México y me pareció perfecta para llamar a Lourdes. Tenía que hablar con ella de inmediato.

—¡Pero bueno! ¿Qué haces llamándome a estas horas, pendeja?

—Me alegra saber que te hace tanta ilusión que me acuerde de ti.

—Laurita, ya sabes que siempre adoro hablar contigo —hizo una larga pausa—, pero el caso es que son las dos de la mañana en España. ¿Te pasa algo? ¿No puedes dormir?

—El caso es que sí; podía dormir, pero me he despertado.

—Claro, y has pensado... voy a gastarme una pasta en teléfono llamando a mi amiga a México,

¿no es cierto?

—En realidad me apetecía hablar contigo —mentí descaradamente.

—¿Me tocan todas las tontas a mí o qué pasa? —Casi podía ver su cara, riéndose de mí.

—Vale, tienes razón —suspiré—. Necesito hablar con alguien y la única que seguramente está despierta a estas horas...

—Bien, nos vamos acercando a la verdad. Pero ésta no es. Espera un momento, Laura —oí la voz de su marido al otro lado—. Es Laurita, amor... Sí, se lo diré de tu parte... Yo también.

—Dale besitos de mi parte —me adelanté.

—Dice que besitos para ti también, amor —oí su risa —; eso sí que no se lo voy a decir.

¡Degenerao!

—¿Qué te ha dicho? —pregunté curiosa, a sabiendas de que la vida sexual de esos dos era, como poco, peculiar.

—Nada, déjalo. Dime por qué me has llamado, anda.

—Vale. La semana que viene es posible que vaya a México.

—¡Nooooo! ¿En serio? Qué alegría, nena. Qué ganas tenía de que vinierais a verme.

—A ver, no es que vaya a verte a ti. La cosa es algo más complicada. —Cogí aire.

—Ya me parecía demasiado bonito. Que *cerdipeda* eres. —Cambió el tono, se puso más seria—.

Venga, te preocupa algo y me lo vas a soltar. Si no, para qué coño me ibas a llamar.

—Resulta que me ha regalado el viaje un tipo al que conocí hace unas semanas.

—¿Cómo? —se extrañó—. Expíciate un poquito más, que parece que me vas lanzando globos sondas. Hay algo que no te atreves a contarme. En serio, Laura, dale y punto.

—Bien —cogí aire de nuevo; allá iba, a contárselo todo—; lo conocí en una fiesta el mismo sábado que estuvimos juntas en Madrid. Allí me invitó a pasar a una sala, por decirlo de alguna manera, donde se estaba celebrando una fiesta paralela en la que todos llevaban máscaras y, bueno, hacían lo que les daba la gana. —Hice una parada—. Cuando digo *lo que les daba la gana*, es exactamente eso.

—Ajá —fue lo único que me llegó del otro lado.

—La gente jugaba, unas con otras, sin saber quiénes eran, sin verse las caras. Podría decirse que era como un club de intercambio de parejas, pero sus normas eran, bueno, son, diferentes. A lo que voy: estuve en ella y yo también... yo...

—Nena, suéltalo. No pasa nada, te gustó y punto.

—Sí. Yo también jugué con el tipo que me invitó... y con otro más.

—¡Ole mi Laura! Que se nos ha desmelenado a lo grande. ¿Y lo de México?

—Pues resulta que se trata de fiestas privadas que se van celebrando por todo el mundo. La siguiente es en México, y el tipo que me invitó quiere que lo acompañe.

—Bueno, ¿y qué problema hay?

—¿Cómo? Un hombre que no conozco de nada me regala un viaje a México. Joder, que los rusos son muy raros.

—¿Ruso? Nena, lo tuyo es ser internacional. —Me llegó una ligera risa—. El innombrable es francés y éste, ruso.

—Lo sé.

—Yo no me lo pensaría —soltó a las bravas.

—Ya, pero es que tú...

—Déjate de tonterías, Lau. Es un regalo, acéptalo. Y, si todo sale bien, aprovecha. ¿Quién sabe si él es el hombre de tu vida?

—¿Con esos gustos? —La pregunta era más para mí que para ella.

—Te aseguro que la vida nos tiene preparadas sorpresas que ni hubiésemos sido capaces de imaginar. Te lo digo por experiencia propia, cielo.

—Está divorciado —otra excusa tonta que me ponía a mí misma—, y ya sabes que...

—Nada de nada; yo también, y mira. Cielo, ven a México. Prueba. Además, estaré aquí mismooooo —sonó como el mismo ET—. ¡Suéltate el peloooooo, y luego, si quieres, el sujetador!

—Mira que eres payasa.

—Y tú, exmojigata...

—Nunca he sido... —Me cortó.

—Cállate, loca. Si le contamos esto a Lucía, se muere.

Me eché a reír.

—Y pensar que Nuria era la que parecía más desaborida.

—Ya. Tú ve a un colegio de monjas y pregunta. —Se echó a reír como una chalada.

—Qué burra eres —le solté.

—Anda, Lau; tienes el billete pagado. Vente, aunque sea para estar conmigo unos días si él no te convence. Es gratis, ¿no?

—Sí, pero no he sabido nada de él desde aquel día en que me dio los billetes y toda la información.

—Y, pregunto, ¿no crees que, si no hubiera querido que viajaras, ya te lo habría comunicado?

—La verdad es que imagino que sí.

—Pues ya está, corazón. Líate la manta a la cabeza, dale un buen meneo a tu cuerpo, Macarena, y disfruta como si no hubiera un mañana.

—¿Por qué lo ves todo tan fácil? —pregunté de sopetón, sin pensarlo.

—Cielo, durante mucho tiempo mi vida fue muy difícil. Como comprenderás, tengo una edad en la que no quiero complicaciones, sino diversiones.

—Lo sé, Lourdes. Lo sé.

—Venga, que es muy tarde en España. Cuelga el teléfono y mándame un wasap con las indicaciones, por si quieres que vaya a recogerte al aeropuerto.

—No hace falta, me pone un chófer...

—¡La leche! —Rio fuerte—. Éste es un partido de los buenos, no lo dejes escapar. Échale un polvazo, *pa* que no te olvide.

—Adiós, idiota —me despedí, riendo.

—Adiós, reina.

Sé que, si hubiera llamado a Nuria o a Lucía, sus palabras hubieran sido mucho más serias y sensatas; probablemente hasta hubieran depuesto mis ganas de viajar...

«Que no, que no es necesario que me haga un viaje de más de ocho horas en avión para tirarme a un tío, pero me pica la curiosidad. Quiero asistir a una de esas fiestas desde el primer momento, desde que llegas al hotel hasta que regresas a tu casa. Puede que sea la primera y última vez que lo haga, pero no quiero quedarme con el amargo recuerdo de no haberme tirado a la piscina. No quiero levantarme un día y pensar ¿y si lo hubiera hecho?»

Puse rumbo a la cama, rezando para no volver a pensar de nuevo en Laurent. Ahora tenía la posibilidad de vivir una nueva aventura con otra persona. Me daba igual que fuera larga o corta, la viviría a tope, sin pensar en mucho más.

«¡Allá voy, México!»

7

Estaba sentada en la sala VIP del aeropuerto.

Sí, con una copa de vino en una mano y el teléfono móvil en la otra, esperando a que, tal vez, entrase un mensaje en el que me comunicase que todo se había cancelado, que me quedaba en tierra. Pero no, no recibí mensaje alguno, ni en positivo, ni en negativo. No había nada.

No news, good news o, lo que es lo mismo, si no hay noticias, son buenas noticias. Los anglosajones tienen buenos dichos, pero no más que nosotros.

Divagaba.

Estaba nerviosa.

No había bastado con que me pagase el avión, sino que había hecho mi reserva en *Business Class*. A veces me planteaba si me había vendido, si quizá estaba corriendo con todos aquellos gastos porque consideraba que lo que iba a darle a cambio valdría eso o más. Y lo cierto era que me hacía pensar si no estaba pagando por mí, por mis *servicios*.

«Laura, para —me dije mentalmente—. Madura de una vez. Sois dos adultos libres, uno con mucha pasta, que van a divertirse. Punto...»

—Pasajeros con destino a México D. F., embarquen por la puerta 34.

—Ya está todo decidido, éste es mi vuelo. —Volví a mirar el móvil—. En cuanto entre en el avión, no habrá marcha atrás.

Respiré un par de veces, bebí el contenido de mi copa y luego me levanté rumbo a la puerta de embarque.

«Comienza la aventura», me dije mientras, desesperada, buscaba una pastilla para poder dormir durante todo el trayecto; lo cierto es que no tengo, ni nunca tuve, que recurrir a ninguna droga para dormir. Es inquietud...

—Bienvenidos a Ciudad de México...

Acababa de pisar suelo mexicano y mis nervios estaban a flor de piel. En realidad, había estado en constante estado de ansiedad desde que entré por la puerta del Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Ahora ya tenía mis pies en el Benito Juárez. Podría haber hecho una broma con los apellidos de sendas personalidades, aun sabiendo que sería malísima, pero ni cuerpo tenía para eso.

La cinta transportadora estaba quieta; llevaba diez minutos aguardando mi equipaje, pero, teniendo en cuenta que habíamos bajado de un vuelo internacional, tardarían mínimo veinte minutos más mientras las escaneaban. Me estaba poniendo aún más nerviosa.

«Laura, relájate —me ordené—. Respira dos o cien veces y piensa en nubes rosas y cachorritos.»

La payasa que llevo dentro tiene la agudeza de salir en los momentos más inesperados, pero realmente debía relajarme un poco o, después de tanta tontería, perdería la maleta sin lugar a dudas.

No sé cuánto tiempo estuve en modo zen, pero, al volver a mirar hacia la cinta, comprobé que sólo quedaba mi maleta dando vueltas. «Esto sólo me pasa a mí», me dije mentalmente, acercándome para recogerla.

La bajé al suelo para poner rumbo a la puerta de salida y recordé que todavía tenía el teléfono móvil apagado. No sabía si, al salir fuera de tu continente, la cobertura tardaba más de lo normal, y pensé que tal vez Sasha, en ese tiempo, me había mandado un wasap o lo que fuera...

Caminaba entre la marabunta de gente que, al igual que yo, quería salir ya hacia su destino, mientras miraba cada dos por tres la pantalla del móvil. No parecía que hubiera recibido ningún mensaje.

Levanté la cabeza; había salido ya de la zona de pasajeros para encontrarme de frente con un cartel en el que aparecía mi nombre: «Srta. Laura Sil». Giré para dirigirme hacia la persona que lo sostenía y alguien se me cruzó de improviso; hizo que por poco le diera un golpe.

—Lo siento, señorita —se disculpó amablemente—. Es que acabo de ver a la persona que buscaba.

—No se preocupe, vamos todos a lo mismo. —Miré la dirección que él tomaba y me pareció ver...—. No puede ser. Los nervios me están jugando una mala pasada.

Me dije que no pensaba que estuviera tan cansada como para eso... pues, como si de una sombra se tratara, me dio la impresión de vislumbrar la rubia cabellera y el perfil de Laurent. «Vale, de acuerdo. Soy consciente de que, en estas semanas, mi cabecita loca no ha hecho más que recordarlo y después de aquel sueño...»

—¿Señorita Laura Sil? —La voz de un hombre me despertó de mi ensueño.

—Sí, soy yo.

—Disculpe, no estaba seguro de que fuera usted. Me dieron una pequeña descripción suya y, al ver que paraba cerca del cartel, imaginé que era usted.

—¡Ah! Eh, sí. Perdón. Sí. Soy yo —respondí algo atolondrada.

—Sígame, por favor, y permítame su maleta. —Me la arrebató sin esperar a que le dijera nada—. El señor Vodianov me ha pedido que lo disculpe por no ser él quien viniera a buscarla, pero lo han retenido un par de asuntos. De todas formas, me rogó que le diera la bienvenida.

—Gracias —repliqué, y acepté el pequeño sobre que aquel hombre me ofrecía.

Lo seguí a duras penas, pues corría como si no hubiera un mañana. Ese aeropuerto era enorme, pero si hasta para salir tuve que coger un tren como en Barajas...

Ya estaba ubicada en el coche, bueno, por llamarlo de alguna manera, ya que parecía más un tráiler, de lo grande que era. No sé qué marca sería, pero, si me hubiesen dicho que era un Rolls-Royce, me lo hubiera creído; sólo le faltaba la cama en la parte de atrás.

—Señorita —me habló el chófer desde la parte delantera—: si desea tener más intimidad, hay un botón delante de usted que puede hacer que se cierre la cristalera que nos separa.

—Gracias. —Eso me pareció el colmo del pijaerío—. Por cierto, ¿su nombre es?

—Joel, señorita.

—¿Tardaremos mucho en llegar al hotel, Joel?

—Si no hay mucho tráfico, sólo unos veinticinco minutos. Vamos al paseo de la Reforma, donde está el Ángel de la Independencia.

—Muchas gracias, perfecto —contesté, y rememoré algunas de las fotografías que me había pasado horas mirando mientras decidía si venir o no.

Siempre había soñado con visitar México, pero no la capital, sino aquellas playas paradisíacas que se nos venden en Europa. «Sí que las hay, sí que quería pasarme horas tumbada en la arena, bien de cara al Pacífico o frente al mar Caribe, pero aquí estoy yo, en pleno junio, bajo el sol, en una de las ciudades más pobladas del planeta. Además, el aire huele diferente; no sé si es por el octanaje de carburante, pues es distinto al de Europa.»

Nos pusimos en marcha y sonreí al descubrir que todavía quedaba algún taxi típico de Ciudad de México. Si cuando vas a Londres esperas ver esos coches tan grandes, aquí sonríes al reconocer todos esos Herbies (como el de la película de Disney), escarabajos verdes y blancos.

Paseaba mis manos por aquel sobre blanco impoluto; no sabía si quería abrirlo entonces o al llegar a mi habitación. Si lo dejaba cerrado, corría el riesgo de toparme después con alguna sorpresa, tal y como me ocurrió al no abrir el que hallé en mi casa, pero... ¿y si encontraba algo que no quería? En ese punto de la historia, y con el traqueteo del coche, la verdad era que ya no había marcha atrás; sería una tontería tremenda dilatar más esa estupidez.

Rasgé el sobre para leerlo, sacando de él una tarjeta electrónica y una simple nota en la que estaba escrito:

No es necesario que pases por recepción, está todo preparado en la habitación.

Un poco más abajo, había unas letras en ruso y su traducción, junto a la firma de Aleksandr: «Почелю (beso)».

El trayecto hasta el hotel se me hizo mucho más largo de lo esperado; siempre había pensado que los atascos de Madrid eran únicos en el mundo, pero estaba claro que me equivocaba de todas todas. Hora y media de viaje hasta mi destino me dieron la razón. Me despedí de Joel con un «adiós» al que él contestó «hasta la noche», aunque no le di más importancia que la de la mera educación.

Miré el reloj mientras me abrían la puerta de entrada al edificio y caminé segura hasta la recepción. Sabía que no tenía necesidad de pasar por allí, pero quería ir sobre seguro.

—Buenos días —un chico joven se dirigió a mí—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días; tengo una reserva hecha. No sé si está a mi nombre o éste aparece de algún modo.

—Aguarde un momento. —Tecléo algo en el ordenador—. Si me hace el favor de facilitarme su nombre...

—Sí, Laura Sil.

—Señorita Sil —su semblante cambió de repente—; está acomodada en la *suite* Penthouse. ¿Tiene ya la llave electrónica? ¿Quiere que le hagamos otra? En un momento llamo para que la acompañen a la habitación.

—No es necesario; si me indica la planta, yo...

—No, no. Señorita Sil —levantó un brazo e inmediatamente apareció un empleado del hotel que me quitó la maleta y esperó a que yo comenzara a andar—, la acompañan. Para cualquier cosa que necesite, mi nombre es Alberto.

—Gracias, Alberto —contesté, sobrepasada por tantas atenciones.

—De nada, señorita Sil. Bienvenida a México y feliz estancia —me despidió diciendo esto con ese suave acento.

El botones que llevaba mi equipaje me saludó educadamente y me indicó el camino hacia el ascensor. Me acompañó hasta la planta donde estaba la *suite* Penthouse (siempre me sonó a revista guarrona) y entró antes que yo, para dejar luego la maleta en el salón.

Me dio un pequeño paseo por aquel apartamento, porque eso era más grande que mi propia casa: nevera, salón, habitación y, lo más impresionante de todo, un ventanal esquinero de pared a pared, cuyas vistas quitaban el aliento.

—Espero que esté todo a su gusto. Si necesita cualquier cosa, avísenos —se despidió el botones.

—Un segundo —le dije, haciendo el amago de buscar un billete.

—No es necesario. Está todo cubierto. —El joven sonrió de oreja a oreja enigmáticamente —. Encima de la mesa tiene un mensaje del señor Vodianov.

—Gracias por todo —me despedí.

Paseé de un lado a otro con los ojos como platos. No podía creerme que estuviera en un lugar así, en un país extranjero y sin saber exactamente qué esperar de ese encuentro. Anduve hacia la mesa del salón, frente a la cristalera, para poder leer la nota que estaba sobre ella.

Pensé que podría estar para recibirte. Me ha surgido un imprevisto, nos vemos esta noche para cenar. Llegaré a las ocho. En la habitación te he dejado un regalo.

De nuevo una palabra en ruso y su firma.

Puse rumbo al dormitorio y, sobre la cama, vi un vestido.

—¿En serio? —exclamé en alto, realmente frustrada—. Pero ¿qué coño es esto?

Era un Armani. Que sí, que estaba muy bien, pero todo aquello me olía a señorita de compañía de las caras. Que él fuera rico y estrambótico no significaba que yo debiera convertirme en la muñequita de fin de semana de alguien. «No, querido, tengo mi propia pasta, mi amor propio... y este ciertamente fabuloso vestido se va a quedar colgadito de la percha. Demasiados libros románticos, al estilo *pobre niña*, debe de haber leído este tipo. Se cree el protagonista acaudalado que conquista a

la chica de barrio, pero está muy confundido, porque, de barrio, soy, pero, de gilipollas, nada. Jueza, señor. Jueza...»

Mi cabreo iba aumentando por segundos, así que salí del dormitorio para dar de nuevo un vistazo por la estancia, por llamar de alguna manera a ese palacio. Las vistas, simplemente espectaculares, esperaba poder verlas de noche con el Ángel de la Independencia iluminado... Continué mi periplo hasta abrir una puerta en la que no había reparado al principio, otra habitación. ¡Otra habitación! Y sí, ésta había sido usada, pues el vestidor estaba lleno: varios trajes colgados, camisas, corbatas, zapatos y, en un lado, ropa de deporte.

—¡Será cabrón! —dije girándome de golpe para salir de allí y dirigirme directamente a coger mi teléfono para llamar a Lourdes.

—¿Bueno? —respondió.

—No hay nada de bueno —solté sin darme cuenta de que ésa es la forma que tienen los mexicanos de contestar al teléfono.

—¡Laura! ¿Cómo estás? ¿Y dónde? Platiquemos un poco.

—Hablas raro, nena. Hazme el favor de transformarte, que estoy muy enfadada.

—Perdona, hija, es que aquí todo el mundo habla así y, al final, vas pillando expresiones. Pero ¿cuéntame?

—Nada, no te cuento nada. Este tipo se cree el de las sombras esas...

—¿Te ha recibido en una habitación del placer? —Oí sus risas.

—No, simpaticona —solté en tono burlón—, pero resulta que estoy, bueno, estamos...

—¿Estáis? —cortó mi explicación.

—Sí, espera que te cuento. Estamos alojados en la *suite* Penthouse del hotel, que es más grande que mi casa, y, al llegar a mi dormitorio, me he encontrado un vestido encima de la cama y me ha pedido que me lo ponga esta noche.

—Oye, no veo nada de malo en eso.

—¿Cómo que no? Se empieza con eso y se acaba con un par de billetes encima de la cama y un «si te he visto, no me acuerdo».

—¿De qué te quejas? ¿No es exactamente lo que tú quieres? Llegar, ver, follar y largarse.

—Es que no acaba aquí: resulta que hay dos dormitorios y él está en el otro. Me mintió, me dijo que estaría en otra habitación.

—No, no te mintió. —Casi percibí su sonrisa condescendiente—. Bueno, no exactamente. Él está en otro dormitorio. Pero ¿qué tiene eso de malo? Si no quieres que pase nada, echas el cerrojo y punto.

—Si estuviera en otra habitación, no podría entrar...

—Y, repito, si echas el cerrojo, tampoco.

—... pues tendría que ir de una puerta a otra por el pasillo.

—Ahora tiene que cruzar el salón para llamar a tu puerta. —Lourdes tenía respuesta para todo—. Venga, nena. Ya estás aquí, vas a disfrutar como una puñetera loca de lo que vas a hacer y lo sé, así que, antes de que eso ocurra, dame tu dirección, que me escapo del trabajo y voy a buscarte al hotel.

Si algo tiene Lourdes es su capacidad para hacerme olvidar los nervios, los malos momentos o

las preocupaciones. Es como si supiera exactamente qué es lo que tiene que decir y de qué manera, un torbellino de energía que recorre cada uno de mis poros y les da la vuelta. Así es cómo me hizo sentir durante el rato que estuve con ella y con Fher, que cada vez que lo veo me gusta más. Tiene una mirada intensa, casi ruda; su cabello es entrecano y posee una fuerte mandíbula, perfecta para el delicado rostro de Lourdes, y es un tipo rendido a sus pies... Si yo sólo pudiera volver a pensar en...

—¡Despierta! —Casi me llevo un manotazo en la cara.

—Sí, ¡espábilate! —oí decir al marido de mi amiga.

—Perdón, es que me he quedado pensando en las musarañas.

—Ya se te ve. —Lourdes puso los ojos en blanco.

—Gracias, lo he pasado muy bien con vosotros. —Me despedí de ellos con un abrazo.

—Fue muy chido volver a verte, linda. —Fher me dio dos besos a la española y un abrazo—. Y

si mañana tienes tiempo, pues nomás llamas a Lou.

—Lo prometo. —Miré a mi amiga, que sonreía con malicia.

—Mira, bombón, aún te queda una hora para tu cita. Date un baño, relájate con una copa de vino y disfruta de lo que la noche pueda ofrecerte. —Se abalanzó sobre mí para abrazarme con mucha fuerza—. Cariño, estoy segura de que no pasará nada que tú no quieras. Nadie se toma las molestias que se han tomado contigo para hacer una idiotez.

—Eso espero, cielo. —La apreté con más fuerza.

—Espero un *wasabi* en mi móvil para quedarme más tranquila. Y mañana te llamo. —Se despidió con la mano mientras desaparecían por la puerta de entrada del hotel.

Una hora.

Tenía una hora, con sus sesenta minutos, para intentar no pensar tanto en la locura que había cometido al aceptar. Ya estaba todo hecho y... a lo hecho, pecho. Eso era como un *reality* y yo había venido a «jugar»; el resultado ya era positivo, había pasado unas horas con Lourdes en su casa.

Al entrar en la habitación fui directa a mi dormitorio y, aunque el vestido seguía en su sitio, la cama, ahora había un par de rosas encima de él y otra nota:

Al verlo en el escaparate sólo pude pensar en ti y en cómo estarías con él puesto.

¿Este tipo leía mentes? «Está claro, es ruso; más que leer mentes, lo que hace es poner cámaras y micrófonos por todas partes. Aleksandr debe de ser una especie de exagente de la KGB o algo así. No tiene sentido que me envíe este mensaje y —me acerqué a ver la etiqueta del vestido— mucho menos que sepa la talla de ropa que uso. ¡Esto es alucinante!» Yo ya no sabía si me estaba espiando o tenía ojo clínico para esas cosas, pues hay tíos que se llevan muy bien con el armario de las mujeres. Y no, no me refiero a ese tipo de relación...

Estaba en el dormitorio mirándome al espejo. Sí, finalmente caí en la tentación y acabé poniéndomelo. Me dije a mí misma que sólo sería un momento, que necesitaba saber cómo me sentiría al tener puesto un vestido de alta costura.

Dicen que, aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Creo que no tiene nada de real ese refrán. Me sentía como una princesa, embutida en esa prenda de color *nude* y falda larga; brillaba

como una estrella de Hollywood gracias a las lentejuelas que estaban bordadas en ella. Era como esa niña que sueña con ponerse su vestido de boda y, por primera vez, lo hace.

Me vi sonriendo frente a mi imagen mientras me calzaba unos zapatos de tacón.

—Sólo cinco minutos más y me lo quito —me dije en voz alta, pensando en que ya se acercaba la hora en la que Sasha vendría a buscarme.

—No te lo quites —oí decir desde el quicio de la puerta, haciendo que saltara del susto; era Sasha.

—Me has asustado —respondí con las manos aún sobre el pecho; intentaba tranquilizarme.

—No lo pretendía. —Se acercaba despacio, como un felino a su presa.

—Pues lo has hecho —repetí mirándolo. Estaba guapo. Por su rostro se veía que estaba cansado; llevaba traje chaqueta, pero se había deshecho de la corbata y desabrochado un par de botones de la camisa. Su dedo pulgar acarició mi pómulos, llegando hasta los labios; los acarició y después acercó su cara para darme un liviano beso.

—Gracias por venir —susurró antes de acercar su mano libre a mi cintura y amarrarme contra él para intensificar más la posesión de mi boca entre sus labios. Me dejé llevar por la suavidad de su lengua; subí los brazos hasta casi colgarme de su cuello. Me daba todo vueltas y es probable que las culpables fueran las cosquillas que sentía en el paladar.

—Estuve a punto de no hacerlo —me separé para mirarlo a los ojos—; no tuve noticias de ti desde que te marchaste.

—No sentí que tuviera que decirte nada más. Te invité, tenías el billete. —Volvió a besarme.

—Déjame o no podré cambiarme de ropa.

—No lo harás. Vamos a ir a cenar y tú llevarás este vestido. —Su voz sonaba exigente.

—No voy a aceptar este vestido, Sasha, sería como si me compraras.

—Por esa regla, ¿no te he comprado ya con este viaje? —Sonrió de medio lado.

—Creo que no es exactamente lo mismo —contesté, separándome.

—Explícamelo —Volvió a acercarme a su cuerpo mientras me miraba a los ojos.

—Acepté este viaje porque quería conocerte algo más, pasar un buen rato y divertirme en esa fiesta.

—¿Y en qué cambia eso y el vestido? Las dos cosas te las he dado yo. —Acarició mi rostro con su mano—. Aún no había visto tus ojos tan de cerca; son tan azules como el hielo. Fríos. Me gusta...

—No soy una mujer fría... —intenté defenderme.

—El hielo quema. —Lamió mi garganta hasta la barbilla con la punta de la lengua.

—Sasha —susurré—, ¿no querías salir a cenar?

—Podemos hacerlo aquí.

—Salgamos, por favor —casi supliqué; necesitaba tomar aire.

—Dame unos minutos y no te quites el vestido. —Me miró con esa expresión indescifrable que me hacía arder por dentro—. Por favor.

Acto seguido, se giró para dejarme de nuevo sola en la habitación, con la respiración acelerada y el maquillaje de mis labios corrido... Me llevé la mano a ellos mientras mi mente daba vueltas al extraño influjo que ese hombre ejercía sobre mí. Algo debía de tener para que, entre sus brazos, no

pensara más que en sexo.

—¿Lista? —Oí su voz; no sabía cuánto tiempo había estado divagando, pero al girarme me pareció el hombre más atractivo del universo. Llevaba el pelo aún mojado, acentuando algunas canas, un traje de color gris con chaleco, camisa blanca y una preciosa corbata. Creo que abrí demasiado la boca, pues pude ver su mirada complacida.

—Dame un segundo —me apresuré a decirle—, me arreglo el color de los labios.

—Perfecto; Joel nos espera abajo.

No tardé más de medio minuto en volverme a ver en el espejo. Pelo suelto y maquillaje acorde con el vestido tan espectacular que llevaba puesto.

Sasha me esperaba semisentado en la mesa del salón, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón; llevaba la chaqueta desabrochada. Nada más verme, se irguió y, con paso firme, se me acercó mientras se abrochaba el primer botón de la chaqueta. Bajó los labios hasta la altura de mi cuello para besármelo.

—Hueles deliciosa, ¿sabrás igual? —Me cogió de la mano para que lo acompañara fuera. De nuevo sus palabras y el acento me dejaron sin palabras, a mí.

No tardamos mucho en llegar y agradecí el silencio que mantuvimos dentro del vehículo. Sasha parecía cansado y quizá necesitaba un poco de relax. Yo no hacía más que darle vueltas a lo poco que sabía de él; ni siquiera conocía a qué se dedicaba, qué hacía en México y cuánto tiempo pretendía quedarse...

El restaurante era acogedor, de aquellos que están revestidos de ese tipo de clase que no se ve, pero se siente. Y, aunque todo era deliciosamente perfecto, me sentía demasiado bien vestida para el lugar.

—Creo que me he pasado poniéndome este vestido —le dije por lo bajo. Vi que me iba a contestar cuando el *maître* salió a recibirnos.

—Señor Vodianov —sonrió al vernos—, es un placer volver a verlo. Tenemos ya su reservado preparado. Favor, síganme.

—Gracias, Marcos.

Decididamente llevaba un vestido que no pegaba demasiado con el local. No por el estilo del restaurante, ni por la gente que estaba por allí, sino porque un vestido de alta costura no es para ir a cenar porque sí. Eso es así...

Entramos en un reservado en el que una mesa ya lista nos esperaba.

Marcos me apartó la silla para que pudiera sentarme e inmediatamente después sirvió dos copas de champán. ¡Cristal! «Esta marca es prohibitiva», me dije. Pero también recordé noticias tipo «Empresarios rusos se gastan quinientos euros por botella de champán para echarse el valioso líquido por encima».

—Les he dejado en la mesa una selección de botanas para ir abriendo boca. Cuando deseen que les sirvamos los platos, sólo han de pulsar este botón. —Dicho esto, se marchó cerrando la puerta, dejándonos solos.

—No creo que vayas excesivamente arreglada —soltó Sasha dando un sorbo a su copa—. Te has vestido para mí; por lo tanto, lo demás me da igual.

—Pero este vestido es excesivo.

—Yo soy excesivo.

—Me he dado cuenta de eso y de otras cosas que me hacen pensar en ti.

—Eso es bueno, ¿no? —Sonrió lascivamente.

—No, en este caso no es bueno. No sé nada de ti y tú parece ser que sabes todo lo referente a mí.

Esta situación me apabulla, se escapa de mi control, y no me gusta nada.

—¿Qué necesitas saber sobre mí? —Dejó la copa encima de la mesa y puso los codos sobre ella para apoyarse.

—En realidad, primero necesito saber por qué sabes tanto de mí. —Lo miré directamente a los ojos.

—Es fácil, no te olvides de que soy amigo de Amparo... y le he estado pidiendo algún que otro favor. También me dijo que no aceptarías el vestido a la primera de cambio. Sé que eres una mujer independiente y que sólo pasas una noche con un hombre. No hay segundas veces.

—Amparo es una bocazas. —Me eché para atrás en la silla.

—Sí, una bocazas que me contó lo necesario para que decidiera invitarte a este viaje. Así no podrás pasar sólo una noche conmigo.

—Es una encerrona, pues, además, te pedí habitaciones separadas y estamos en la misma.

—No exactamente. Sí es una habitación, pero tiene dos dormitorios, así que tienes tu propio espacio, tú podrás decidir.

—Pensé que sólo me invitabas a la fiesta para tener sexo —lo provoqué directamente.

—Para tener sexo contigo hubiera ido a tu casa o te hubiera vuelto a invitar a la mía. No —se echó un poco hacia delante—, no necesito montar todo esto para tener una noche de sexo.

—¿Y por qué lo has hecho? —Bebí de mi copa.

—Porque quiero conocerte y que no escapes. —Se levantó rodeando la mesa para sujetar mi cabeza y echarla hacia atrás. Nos miramos a los ojos.

—¿Quién eres? —Pasaba mi mirada de sus ojos a sus labios, deseando que me besara.

—Soy Aleksandr Vodianov —bajó la cabeza para que nuestros labios se unieran en un pasional beso—. Soy el hombre que va a conseguir que pases más de una noche con él.

—Quiero hacer el amor contigo —solté atropelladamente.

—Primero cenaremos con tranquilidad, hoy no he comido, y, cuando lleguemos al hotel, te follaré hasta que no podamos movernos. —Lamió mis labios y se retiró para volver a sentarse en su silla.

Me miró sonriendo de lado y pulsó el botón para que viniera el camarero a servir la cena.

8

La cena, después de ese comienzo tan necesitado, transcurrió de lo más amena. Sasha me contó cosas sobre su familia, su infancia en San Petersburgo, lo mal que lo pasaron cuando falleció su padre y la suerte que tuvo al conocer a un viejo empresario que lo trató casi como a su propio hijo. Aquél le enseñó todo lo que él sabía y, cuando Sasha fue lo suficientemente mayor, le prestó dinero para que montara su primer negocio con la condición de que se lo devolviera en cuanto su empresa diera beneficios. Cuando consiguió reunir el dinero que ese viejo amigo le prestó, no aceptó la cantidad, alegando que él lo iba a necesitar más para invertir en sus siguientes negocios. Y así lo hizo; poco a poco y con la ayuda de aquel hombre, se había convertido en uno de los empresarios de gas y petróleo más importantes de Rusia.

—Vámonos, Ninotchka. —Separó mi silla de la mesa ya habiendo acabado nuestra cena.

—Ha sido fantástico, nunca había probado alta cocina mexicana y me voy encantada.

—Sabía que te gustaría. —Me cogió de la mano para que me levantara; al acercarme a él, pasó su brazo por mi cintura, animándome a caminar.

—¿También Amparo? —Asintió, está vez muy serio—. ¿Pasa algo?

—No. Bueno, sí. Me debato entre hacértelo en el coche o aguantarme hasta llegar a la Penthouse.

—Me paré justo en frente de la puerta abierta del vehículo. Lo miré poniéndome a su altura. Tal vez fuera el alcohol ingerido durante la cena, pero el caso es que me sentía muy atrevida.

—No sé si seré yo la que pueda aguantar... —Pasé por su lado para entrar en el coche, dejando caer descuidadamente mi mano en su entrepierna.

Intenté mantener la compostura, pero darme cuenta de que estaba preparado desde antes de que yo pudiera provocarlo me hizo sentir un calor que nació en mi sexo y se apostó en mi estómago.

Me iba a costar mantener las manos quietas.

Sasha entró por la otra puerta y avisó a Joel para que nos llevara al hotel.

Me quedé mirándolo mientras sujetaba el bolso de mano sobre mis rodillas. Estaba nerviosa; todo eso era tan *normal* que casi me asustaba. Parecíamos una pareja que salía a cenar como cualquier otra y regresaba a su casa a la espera de una noche de pasión. Pero lo nuestro era de todo menos eso. No conocía a Sasha lo suficiente como para catalogarlo de *normal*, y lo poco que sabía de él me inducía a tacharlo de *excesivo*. Él mismo se definió como tal. Un tipo que tiene mucho dinero y a quien no le importa gastarlo en lo que le gusta.

Eso me hacía valorar si no era un poco precipitado «dejarme hacer». ¿No sería otro premio para él?

—¿En qué piensas, Ninotchka? —preguntó sin apartar su rostro de la ventana.

—¿Qué haces en México?

—Venir a una fiesta sexual contigo.

—Sabes que no me refiero a eso. —Se giró para mirarme fijamente.

—He estado en Miami, Texas y México, abriendo unas nuevas líneas de negocio. Hace sólo tres días que he llegado aquí y lo he hecho a propósito, pues no tenía necesidad de venir, mis mejores socios se encuentran en este país. Vine por ti, para estar juntos.

—No era necesario —fue lo único que conseguí decir.

—Sí. Es necesario si quiero pasar más de una noche contigo.

—No te he dicho que vayamos a dormir juntos.

—No te va a quedar más remedio; estarás tan agotada que no podrás echarme de tu cama.

—¿Y por qué será en mi cama?

—Porque será allí donde lo hagamos por última vez esta noche...

Percibí cómo el coche se detenía.

Nos despedimos de Joel y me dio la sensación de que Sasha estaba intentando mantener la compostura. Lo noté por el rictus serio que hacía que su mandíbula se contrajera.

Yo respiraba demasiado rápido. Si seguía así, caería por falta de oxígeno... y no era el momento, la verdad.

Posó su mano en el hueco entre la espalda y el comienzo del glúteo para indicarme que pasara delante de él en el ascensor. Miró su llave y la insertó; sólo se podía acceder a esa planta con la llave de la *suite*. Me dolía la tripa, no me miraba. Sus manos habían retomado otro camino y las tenía dentro de los pantalones; esperaba que llegáramos a nuestra planta. Ahora parecía relajado, hasta podría jurar que tenía una sonrisa ladeada.

Cuando el ascensor se detuvo en nuestra planta, de nuevo, me indicó que pasara delante, pero sin tocarme. Acabé por darme la vuelta y mirarlo a los ojos, lo enfrenté. Sí, quería estar con él lo antes posible, necesitaba saber cómo era en la cama. Tal vez fuera egoísta por mi parte, pero quería sexo.

El muy... sonrió y cogió de nuevo la tarjeta para entrar en la *suite*, adelantándose para entrar en el salón de la misma. Juro que estaba muriéndome de los nervios.

—¿No vas a pasar? —preguntó desde dentro sin darse la vuelta siquiera.

No contesté.

Anduve lentamente, cerrando la puerta a mi paso, pero no me moví mucho más. Lo seguía con la mirada. Se desató la corbata, dejándola apoyada en una de las sillas, y se acercó a la nevera para sacar un par de hielos; los puso en un vaso y, a continuación, echó un poco de vodka en él.

—A veces me gusta con un poco de hielo.

—Eso no es muy ruso, ¿verdad? —salió de mi boca tremenda gilipollez.

—No, pero puede servirme para lo que estoy pensando. —Se llevó la bebida a la boca y dio un pequeño sorbo. Volvió a dejar el vaso en la mesa del salón y se quitó la chaqueta. Yo aún seguía en la entrada—. ¿Por qué no pasas?

—¿Debería?

—¿Un poco de agüita?

—¿Qué? —pregunté sin entender nada.

—Agüita significa vodka. —Sonrió acercándose y tendiendo una mano para que la cogiera.

—Creo que podía haber vivido sin saberlo.

Agarré su mano y caminamos juntos hasta el centro del salón.

Oí un sonido eléctrico, y las cortinas que tapaban las cristaleras comenzaron a descorrerse, dejando a la vista la noche de México.

Podía ver el Ángel de la Independencia frente a nosotros totalmente iluminado; era hipnóticamente hermoso.

—Quiero follarte contra el cristal —me susurró al oído—. Quitarte toda la ropa y que tus tetas se aprieten contra el frío ventanal mientras te penetro por detrás.

Me recorrió tal escalofrío por el cuerpo que sólo pude cerrar los ojos e inhalar su perfume. Cuando volví a abrirlos, estaba delante de mí, sonriendo y dándole otro sorbo a la bebida.

Al dejar el vaso de nuevo, acercó su boca a la mía y me besó. Tenía sabor a licor, era el vodka lo que pasaba de él a mí. Lo tragué. Lo saboreé. Relamí su lengua con la mía.

Sus manos recorrieron mi espalda diestramente, encontrando a la primera la cremallera del vestido. La bajó por completo y, con ambas manos, deslizó la prenda por los hombros hasta dejarla caer al suelo.

Y allí estaba yo, casi desnuda con mi conjunto de ropa interior color rojo frente a él. Sí, rojo. Soy una mujer a la que le gusta vestir bien por fuera y sobre todo por dentro; me siento mucho más segura. Cosas mías, aunque en ese momento lo cierto era que me sentía desnuda delante de aquel hombre que llenaba con su presencia toda la estancia.

—Mmm... —Se separó para volver a rodearme. Si no fuera por el calentón que llevaba, me hubiese sentido como carne en el mercado—, rojo.

—Sí, rojo. —Giré el rostro para seguir sus pasos.

—El rojo me vuelve salvaje. —Un dedo se posó en mi cintura para acariciar todo su diámetro y acabar en el ombligo—. ¿Quieres que siga?

—Sí. —En ese instante no tenía muy claro qué más podía decirle.

—Haré lo que me has pedido. —Dicho esto, su dedo se perdió dentro del tanga, sin prisa—. La última vez que te lo toqué no estaba tan suave.

—Me lo he depilado completo para ti. —Al finalizar la frase, su dedo corazón acarició mi clítoris, abriéndose paso hasta la vagina, donde de golpe me lo metió hasta el fondo.

—Shhhhh... —Logré ahogar el grito de impresión que a punto estuvo de salir de mi boca; sentí cómo esta vez su mano libre me sujetó por la cintura, acercándose a él—... sólo quería saber si estabas tan ansiosa por estar conmigo como parecías.

—Eres un cerdo —lo provoqué.

—Y te encanta —me tentó, volviendo a soltarme, esta vez para desabrocharse la camisa.

Y allí estaba yo, en ropa interior con los zapatos puestos mirando a un hombre que se quitaba la camisa como si fuera a irse a dormir, con una lentitud parsimoniosa. Pero cuán equivocada estaba.

Fue dejar la camisa en la silla y acercarse de nuevo.

Sin darme ninguna explicación, me cogió en volandas y me llevó hasta la mesa, dejándome sobre ella.

—Abre las piernas —lo dijo a la par que se quitaba el cinturón—, pero ni se te ocurra quitarte los zapatos —me advirtió al ver que era lo que pensaba hacer.

—¿Quieres jugar conmigo? —Continuaba provocando que fuera un salvaje.

—Quiero que te calles y me escuches. Ahora soy quien manda, soy el que te va a pedir o dar lo que necesites. —Sus ojos me indicaban que todo era un juego pasional al que sólo yo debía decir que sí.

—Dime qué quieres de mí. —Así entré en él.

—Abre las piernas, no quiero volver a repetírtelo.

Y eso fue lo que hice: levanté las piernas y las apoyé sobre la mesa. Mi espalda se posó sobre la fría madera; mis pies, con los tacones, descansaron sobre la superficie, dejándome expuesta.

Sasha me miraba y continuaba sonriendo...

—No sabía que podías ser tan obediente. Me encantas —sentenció acercándose, a la par que cogía mis piernas y, de un tirón, colocaba mi culo en el borde de la mesa—. Así está mucho mejor...

Sus manos se pasearon desde mis muslos hasta las caderas y desde allí pude sentir su respiración a través de mi tanga. Sus labios estaban junto a mi sexo, su aliento lo atravesaba... Cerré los ojos cuando noté que lo apartó; mi cuerpo se puso alerta. Necesitaba sentir dentro de mí a aquel hombre, mi pulsión sexual se elevó hasta cotas inexploradas.

Quería sexo.

No dejó que mi mente volará más de lo necesario; sopló encima de mi vagina y, al ver que estaba muy excitada, su lengua continuó el camino que la pasión nos obligaba. De mi boca sólo salió un gemido después de sentir cómo un hielo se paseaba por mi sexo.

—Eres deliciosa —me regaló, pero en realidad me daba igual, como si hubiera dicho cualquier cosa en ruso; sólo quería que siguiera, que su lengua no parara y me llevara al orgasmo. En ese instante entendí por qué quería el hielo...

Pero era un verdadero sátiro; jugó conmigo hasta llevarme al límite y me abandonó para subir por mi ombligo y besarme.

—Me encanta tu sabor, Ninotchka. ¿A qué sabes? —me preguntó metiendo su lengua hasta lo más profundo de mi boca... y eso me excitó.

—A lo que tú quieras.

—En este momento quiero que seas mi puta. Quiero pedirte cualquier cosa y que no me des un no por respuesta. Por favor.

—Ahora soy lo que quieras que sea —respondí, llevada por la pasión del momento.

—Déjame ser tu dueño.

—Te dejo que me hagas la mujer más deseada del planeta. —Me sentía poderosa.

Eso le gustó, pues se abalanzó sobre mi cuerpo en la mesa y me besó desesperado; sus manos jugaron con mis pechos, tras desabrocharme el sujetador y tirarlo a un lado. Ahora sólo nos separaban sus pantalones y mi tanga.

Sus dientes me mordían ligeramente los pezones y un dedo jugueteaba con mi clítoris, mientras mis manos se agarraban a la mesa. Ese hombre me iba a hacer llegar al orgasmo...

—Sasha, me voy a correr si no paras, y aún no quiero...

—Hazlo, me vuelves loco.

—Aún no, no todavía. —Al decirle eso, me cogió de la cintura y me bajó de la mesa.

—Te dije que te follaría contra el ventanal.

Me hizo poner las piernas alrededor de su cintura y me llevó en volantas hasta allí; mi espalda se recostó contra el cristal e hice un arco inesperado a causa del frío. Al hacerlo, sentí todo su sexo contra mí tras los pantalones. No iba a aguantar mucho más.

Hizo que me bajara de su cintura, pero corté sus intenciones. Lo paré y me arrodillé frente a él. Bajé la cremallera de sus pantalones y aparté su ropa interior; quería lamerlo, probarlo, disfrutarlo. Así lo hice; agarré su sexo y me lo metí en la boca, pero poco me dejó saborearlo, pues al momento me levantó, se quitó la poca ropa que tenía puesta, apoyó mi cuerpo contra el ventanal, me abrió de piernas y se quedó desnudo frente a mí.

—Ninotchka, ahora tú estás en superioridad de condiciones.

—¿Por un tanga?

—Sí, por un tanga.

—Eso tiene remedio... —Finalicé, deslizándolo provocativamente por mi cuerpo y dejándolo en uno de mis tobillos, sin ni siquiera quitármelo.

—Eres una provocadora.

—Tú me haces provocarte.

Se abalanzó sobre mí, devorándome. Me lamió de arriba abajo, poseyéndome de las maneras más sutiles sin alzar la voz, hasta que me ordenó—: Gírate.

—¿Por?

—Te dije que te penetraría con las tetas aplastadas contra el cristal.

—Deja de hablar y fóllame ya...

No tuve que añadir mucho más. Su cuerpo me aplastó contra el ventanal al darme la vuelta. Mis pechos se comprimían contra la transparente superficie; me abrió las piernas como si fuera un policía y noté cómo, sin ningún miramiento, sus manos buscaban mi sexo.

—Querida, esto va a ser como a mí me gusta.

—Esto será como nos gusta a los dos...

Y sentí cómo entró en mí con fuerza, sin pedir permiso y sujetando mi cuerpo. Mis piernas estaban totalmente abiertas; sus manos, una apoyada en el cristal y la otra en mi cintura. Era salvaje y mi cuerpo lo necesitaba.

—No pares, Sasha. ¡Dios! No lo hagas —le supliqué como un mendigo.

—No lo haré, no...

Sus embestidas me llevaron al orgasmo. Su cuerpo me hizo finalmente desistir de buscar razones que no encontraría y, cuando estaba a punto de desfallecer, mi mirada se perdió en la noche iluminada de México y las alas abiertas del Ángel de la Independencia...

Me desperté sobresaltada al sentir una mano apretando mi cintura y atrayéndome a un cuerpo.

«¿Cucharita? —pensé de inmediato—. ¿Dónde?»

Giré la cara asustada, pero me sentí relajada al instante. Era Sasha. «Vaya mierda de despertares que tengo; esto no es ni medio normal. En cuanto llegue a casa, me voy a ir inmediatamente a un médico. Seguro que esto lo tengo por algún extraño trauma infantil, algo que mis padres hicieron a modo de experimentación conmigo. Ains, cielos, que me los imagino cual Mengeles de palo. Pobres, si fueron unos benditos aguantándome a mí y a mis hermanas...»

—¿Qué? —pregunté susurrando, con miedo a que Sasha pudiera estar despierto, pero no. Seguía completamente dormido y hablando... ¡en ruso!

«No me entero de nada, pero es muy extraño. Es el primer tío con el que estoy que habla dormido. Sí, me parece la mar de raro. Aunque, pensándolo bien, si supiera ruso, ahora mismo estaría interrogándolo para sacarle información.»

Sonreí con malicia mientras cogí su mano y la aparté de mi cintura. Tenía que levantarme e ir al baño, necesitaba hacerme cargo de mis necesidades matutinas. Vamos, que me hacía pis.

Al levantarme de la cama recordé que finalmente habíamos acabado en su cama, no en la mía, así que aproveché para recoger mis cosas; en realidad, sólo los zapatos, porque lo demás estaba desperdigado por toda la *suite* Penthouse. Aproveché para marcharme a mi dormitorio.

Ni siquiera sabía la hora que era, pero me importaba más bien poco. Al salir del cuarto de baño, me metí en mi cama, sola esta vez, y, de esta manera, tapada sólo con una ligera sábana, me quedé mirando el techo como si fuera una idiota, recordando los acontecimientos de la noche anterior.

Podría acabar enamorada de él.

9

No sé cuando volví a perder el conocimiento; estaba agotada, pero al abrir los ojos sentí que mi cuerpo había descansado en la soledad de aquella cama tamaño plaza de toros.

Me duché con tranquilidad. Los productos de esos hoteles son tremendamente caros, así que miré uno por uno los botes para ver exactamente qué era cada uno de ellos, para no echarme el suavizante como crema corporal o al revés. No sería la primera vez que me ocurría.

No me apetecía vestirme todavía, así que agarré uno de los mullidos albornoces y salí de mi cuarto con dirección a lo desconocido. Y lo digo así porque mi cabeza esquivaba pensar en Sasha más de lo necesario.

«¿Voy a su habitación? ¿Me quedo en el salón? ¿Vuelvo a la mía y que venga él?», me planteaba mirándome al espejo de cuerpo entero.

—Mejor desayunamos en el salón, ¿no? —Oí su voz desde la puerta de entrada.

—¿Cómo? —Giré la cabeza hacia él, asustada—. En serio, ¿cómo?

—¿No te entiendo? —Sonrió acercándose a mí.

—¿Que cómo lo haces para que no te oiga nunca entrar? —Sentí cómo sus manos desabrochaban la lazada que le había hecho al albornoz.

—El sigilo es fundamental en los negocios, en la vida —ya con el cinturón desabrochado, metió ambas manos dentro para quitármelo—, en el sexo...

—Ayer no fuiste muy sigiloso. —Estaba desnuda frente a él.

—Es que tú me vuelves un lobo. —Metió una de las manos entre mis piernas, para penetrarme con un dedo; yo ya estaba lista para él.

—Sasha —solté casi como un suspiro.

—Shhhhh... —Tapó con sus labios cualquier atisbo de palabra que quisiera salir de mi boca.

—Y este tipo de fiestas, ¿son siempre iguales? —le pregunté, para luego darle un mordisco al cruasán que me ofrecía.

—¿Iguales? —Se llevó lo que quedaba del bollo a la boca.

—Claro; tú eres el experto en estas cosas, ¿no? —Me estiré en la cama. Habíamos llamado al servicio de habitaciones para que nos subiera el desayuno y teníamos las bandejas encima del lecho,

donde media hora antes acabábamos de volver a tener sexo.

—¿Cuántas veces crees que he estado en este tipo de fiestas? —preguntó Sasha, sentándose como los indios americanos.

—Pues, por tus comentarios y por la fiesta que montaste en tu casa, imagino que más de dos o tres...

Sonrió al llevarse la taza de café a los labios.

—¿Te sorprendería si te digo que sólo he estado en dos?

—No me lo creo —me incorporé en la cama—; se te veía muy cómodo en ese ambiente.

—Créelo, mi pequeña Ninotchka, sólo dos. Una de ellas con mi ex, otra fue la que celebré en mi casa por puro morbo, y estabas conmigo... y queda ésta, a la que iremos como pareja.

—¿Y cómo es que tienes esos gustos por el sexo libre? —pregunté cogiendo de la bandeja un poco de zumo de naranja para luego volver a acercarme a él.

—Siempre he sido un hombre al que le ha gustado arriesgar, y en el sexo, más. —Me guiñó un ojo seductoramente—. Aunque, de no ser por una mujer, que me inició en las relaciones con más de una persona, es probable que tú y yo ahora mismo estuviéramos en mi casa. O tal vez sólo hubiéramos coincidido en la fiesta y nunca más nos hubiéramos vuelto a ver.

—Yo nunca, antes de conocerte, pensé en tener sexo con alguien sin conocerlo de nada. Siempre había sido de las que necesitaba sentir más que una atracción física para acostarme con un hombre.

—Has dicho «había sido». —Sasha apartó la bandeja del desayuno para acomodarse en la cabecera de la cama—. Ahora has cambiado eso, ¿no?

—Digamos que las circunstancias de la vida han hecho que piense que, si un tío me gusta, me lo tiro.

—¿Aunque ni siquiera le veas la cara? —Rio con ganas.

—Nunca antes había hecho aquello, y no sé si volveré a hacerlo. —Me senté encima de él.

—Ya te digo yo que esta noche no sé si volverás a hacerlo, pero, que tendrás ganas, seguro.

—Tengo una pregunta —le acariciaba el pecho mientras veía cómo sus cejas se alzaban, dándome permiso para hacerla—. ¿Cuál es el motivo por el cual te gusta ver a tu pareja con otro hombre?

—En realidad no es el hecho de que esté, o estés, con otro hombre. Lo que me gusta es ver cómo disfruta mi pareja. En la fiesta me encantó poder ver tu cara al estar con aquel tipo. Podía sentir tu rubor, cómo tu cuerpo se contoneaba intentando luchar contra esa sensación que te recorría de arriba abajo. Sabía que tenías ganas de experimentar, pero también que en cualquier momento podrías salir corriendo. Me excitaba —levantó una mano para acariciar mi pelo—, me excitas.

—Ni siquiera sé por qué acepté que me tocara.

Me sujetó del cuello.

—Porque eres una mujer atrevida.

Me acerqué a besarlo.

—Porque estoy completamente chiflada.

Nos fundimos en un profundo beso.

Aleksandr tuvo que salir; inesperadamente, una llamada cortó nuestra extraña pero apacible mañana. Ni siquiera yo podía entender la rara familiaridad que los dos estábamos tejiendo.

Si lo meditaba con más detenimiento, era posible que, por esa razón, no me gustara pasar más de una noche con un hombre, pero con él no me había quedado más remedio, por clara y loca decisión propia de estar con él unos días. Eso había supuesto, y era consciente de ello, un reto para mí, pero debía dejar de hacer el idiota de una vez por todas, o eso era lo que me decían, y darle una oportunidad a la vida.

No había salido de la *suite* en toda la mañana, ni siquiera para picar algo al mediodía... cuando llamaron a la puerta. Sasha me enviaba a un empleado del hotel con una bandeja de sushi y un mensaje:

Siento no poder almorzar contigo, la reunión se alargará más de lo que quisiera. Disfruta de la comida y, cuando termines, he pedido que te den un masaje en la habitación.

«Podría acostumbrarme a ese tipo de vida. Sí, está claro que podría, pero, aunque está muy bien esto de sentirse como la mismísima zarina, creo que sigo siendo de las que prefiere un bocadillo de tortilla a comer todos los días caviar. Pero no voy a ser hipócrita, adoro que me mimen de esta forma.»

Miré el reloj; casi eran las cuatro de la tarde y me aburría. Quizá debería haber salido a dar un paseo por el centro, pero, no voy a mentir, me dolía todo el cuerpo, la noche había sido demasiado larga e intensa para mi edad. Y, claro, si esa noche iba a ser la mitad de...

Alguien tocó en la puerta de entrada.

—¿Sí?

—Servicio de masajes.

Abrí para encontrarme con una recia mujer de sonrisa simpática que traía una camilla portátil y un par de maletines.

—¿Permiso?

Le indiqué dónde colocar sus enseres y me dio las instrucciones para así poder darme el masaje que yo deseara.

Ya tumbada sobre la camilla, cubierta de cuerpo entero por una toalla, aquella mujer comenzó a tratar todos y cada uno de mis cansados músculos...

—¿Estás ya más relajada?

—La verdad es que sí —dije—. No creía que estuviera tan cansada.

—Lo cierto es que necesitabas descargar un poco la tensión nocturna. —Rio por lo bajo.

—¿Saldremos a cenar? —pregunté.

—Sólo si tú quieres. Puedo pedir que nos suban algo, si lo prefieres, y así cenamos...

—No, me apetece mucho salir a dar un paseo. —Sonreí al darme la vuelta en la cama, que había sido usada a modo de camilla improvisada—. Llevamos encerrados desde ayer por la madrugada y ya son casi las ocho de la noche.

—¿Te he dicho que me encantan tus ojos azules? —Negué con la cabeza, sintiendo sus rodillas a cada lado de mi cintura—. Pues tienes unos ojos que me recuerdan al azul del mar Caribe, transparentes, como tú...

—¿Crees que soy transparente? —planteé levantando los brazos para acariciar sus cuádriceps.

—Sí. Tanto que no quiero perder ni un segundo contigo, quiero grabarlo en mi mente con fuego.

—¿Por qué?

Se tumbó a mi lado.

—Porque sé que sólo tendremos esta oportunidad y lo nuestro será esto.

—¿Qué dices, Laurent? —pregunté sorprendida.

—Nada, no digo nada, Laura. —Sonrió de medio lado, besándome a continuación la sien—. Levántate y vámonos; sé de un sitio donde se ven las mejores puestas de sol mientras disfrutamos de una buena cena.

—Tengo hambre. —Le sonreí lascivamente.

—Tendrás que hacer dieta cuando te vayas...

—Dieta de ti.

—No me gusta cómo suena eso. —Se lanzó sobre mis labios y se los acepté sin poner ningún reparo.

—Ya está, señora.

Aquella mujer finalizó su masaje de casi dos horas.

—Gracias —le dije mientras ella me ayudaba a levantarme y taparme con la toalla. Al recoger y marcharse, quise darle una propina; educadamente la rechazó, ya le habían dado una buena propina antes del tratamiento.

Me fui a la ducha pensando en Laurent, otra vez. No sabía por qué, pero últimamente no paraba de aparecer una y otra vez por mi cabeza aquel fin de semana que pasamos juntos. Ni siquiera me explicaba cómo era posible que aquel francés supiese más de mí misma que yo. Seguía sin entender por qué era consciente de que nunca más estaría con él; no le di señales de ello, ni tan sólo le hablé de nada que no fuera...

Sasha comentó que mis ojos eran como el hielo; Laurent, que eran transparentes como el azul del mar Caribe. Él sabía leer en mi alma; Sasha, en mi necesidad.

—Siento haber llegado tan tarde. Se ha alargado más de lo que pretendía.

—No te preocupes —lo dije ya preparada, sólo me faltaba vestirme, y sentada en el sofá del salón que comunicaba las habitaciones.

—Dame diez minutos, sólo diez. —Se acercó para darme un ligero beso en los labios—. Me ducharé y en media hora vendrá un coche para llevarnos a la fiesta, eso me han dicho.

—Perfecto, así me pongo el vestido y estaremos listos.

—Para mí siempre estás lista, eres perfecta. —Le sonreí con la cabeza ladeada.

Efectivamente, diez minutos más tarde, Sasha salió de su dormitorio impecablemente vestido, con esmoquin oscuro. Estaba guapo a rabiar. Yo me había puesto un vestido que dejaba un hombro al aire, blanco, mi color preferido, y por debajo de las rodillas. Los zapatos eran del mismo color.

—Estás preciosa —me dijo.

—¿Ves cómo no necesito que nadie me vista? —respondí algo airada.

—Nunca lo he dudado, pero eso no quiere decir que no me guste jugar contigo... —Alargó una mano para que lo acompañara.

En el vehículo que vino a recogernos, uno de alta gama, ya estaban nuestras máscaras. La mía me cubría casi todo el rostro, menos los labios. La de Sasha era sólo hasta la nariz, dejando su mandíbula y boca al aire.

El conductor nos dio las recomendaciones de la noche y algún que otro consejo.

La casa a la que fuimos era espectacular. Dimos un gran paseo hasta la mansión, y vimos coches que entraban y salían. No creo que hubiese más de sesenta personas, pero todo estaba perfectamente organizado. A la entrada nos recibieron hombres y mujeres ataviados como en la época clásica griega. Todos llevaban túnicas cortas y ellas, un pecho al aire; cubrían sus caras con máscaras completas.

Nos acompañaron al interior de la edificación y allí vimos camareros que transportaban bandejas con copas de champán de un lado para el otro. Aleksandr se acercó a una de ellas y me tendió una copa, yo estaba muy nerviosa. Él lo notó.

—Laura, tranquila; no va a pasar nada que tú no quieras.

—Lo sé, pero eso no evita que me ponga frenética al ver a toda esta gente.

—Ver, lo que se dice ver... no es del todo cierto. —Arrastró la erre final a propósito, sabía que me excitaba.

—Deja de hacer eso —lo reñí, aludiendo a su voluntario deje.

—¿El qué? —Sonrió inocente.

—Te diría que metieras tu mano bajo mi vestido para ver el efecto que me produce, pero aún no es el momento.

—No me tientes.

Todos hablábamos con todos. La gente procedía de muchos lugares del mundo: italianos, alemanes, holandeses, franceses...

La cena fue muy formal; aperitivos, primeros, segundos. Todo se nos presentó con movimientos perfectamente acompasados, con camareros que nos servían vestidos de las maneras más excitantes.

Las conversaciones entre los invitados iban subiendo de tono, las manos se movían de un sitio a otro y los besos robados se repartían aquí y allá. Yo todavía me cortaba, a pesar de que notaba que los efectos del alcohol durante la cena iban haciendo estragos.

Miré por encima de la mesa, frente a mí, y volví a ver por un segundo una mandíbula que me pareció conocida. Agudicé la mirada un poco más y casi pude percibir que sonreía; era él, el encargado de montar esas fiestas, el dueño. Creo que él también me reconoció, ya que cabeceó ligeramente a modo de saludo.

—Te ha visto —me susurró Sasha al oído.

—¿Quién? —No quise darle importancia.

—Él —Señaló en dirección adonde estaba antes aquel hombre.

—Ah, no sé. Imagino que sí —le quité hierro al asunto.

—Sería un honor para mí que jugaras con él. —Metió su mano bajo mi vestido, apartando a la vez el tanga e introduciéndome un dedo en la vagina para que yo ahogara un silencioso grito al sentirlo dentro.

—¿Es lo que quieres que haga? —le pregunté, a la par que él movía su índice en mi interior.

—Quiero que me hagas disfrutar con tu cuerpo.

—Para —susurré— voy a... —No me dejó terminar; movió la mano con más premura y un quejido lastimero salió de mi boca al correrme con su mano dentro y alguno de los invitados observándome.

—Te adoro, pequeña. —Sacó el dedo de mí y se lo llevo a la boca, mientras recibía algunas miradas lascivas de nuestros compañeros de mesa.

La verdad es que alguno de ellos no llegaron al postre, puesto que sus juegos se tornaron más excitantes mucho antes de que finalizara la comida; tal vez fuimos quienes abrimos la veda, pero yo me moría de la vergüenza.

—¿Esta vez no hay ceremonia? —quise saber cuando ya todos los que sobrevivimos a la cena nos fuimos a la sala de baile, antesala de los juegos.

—No; esta vez todos los invitados son conocidos. Esta fiesta es especial, sólo para socios distinguidos.

—¿Y yo o la gente como yo?

—No hay gente como nadie; se supone que todos hemos estado de una manera u otra en una iniciación y esta fiesta, organizada por un empresario mexicano, es sólo para las personas más cercanas a él.

—O sea, que todos se conocen.

—Eso es, Ninotchka, pero calla ya y dame tus bragas —exigió.

—¿Cómo? —pregunté abriendo los ojos de par en par.

—Lo que has oído. Quiero que me regales tu tanga ahora mismo. No quiero que ningún hombre o mujer que te toque encuentre impedimentos.

—¿Mujeres? —me quejé.

—Shhhhhh —metió sus manos bajo mi vestido—; si no te las quieres quitar tú, yo sé hacerlo, delicia mía.

—Sasha... —Me sujeté a sus hombros mientras levantaba el vestido y enseñaba a todos los presentes cómo me quitaba la ropa interior. Muerta de vergüenza me creía cuando miré alrededor y comprobé que nadie me hacía caso.

—¿Querida? —se dirigió a mí girándome el rostro de un lado al otro—. Nadie nos observa, ellos están a lo tuyo.

Era cierto. Yo pensaba que era el centro de atención, pero cada uno estaba montándose su particular festejo. Algunos bailaban en la pista, otros se habían lanzado a los sillones para comerse unos a otros. En otra parte de la gran sala, pues no había habitaciones, una cruz de san Andrés presidía el juego entre tres mujeres y varios mirones. En otra zona, como si de un aparato de tortura medieval se tratara, una tabla mantenía a otra mujer tumbada en una mesa, con las manos y los pies atados a los extremos, abiertos, mientras dos hombres le profesaban todo tipo de atenciones.

—¿Qué te apetece? —me susurró Sasha al oído.

—No lo sé; todo me excita, todo me llama la atención. Todo me da miedo.

—¿Me dejas hacerte? —preguntó por educación, no porque no fuera a hacerlo.

—Sí. Sabes que esta noche soy tuya.

—Ven. —Me cogió una mano para llevarme a una gran cama situada en una esquina de la sala—.

¿Te gustaría empezar con esto? —Señaló un balancín al lado del lecho.

—Nunca lo he probado.

—Aquí —sujetó mi cintura apretando su cuerpo contra el mío—, puedo dejar tus piernas bien abiertas y ofrecer tu cuerpo a cualquier hombre que yo desee.

—¡No! —respondí asustada.

—¿Confías en mí? —Asentí—. Pues déjame jugar. —Finalizó la frase a la vez que se giraba para colocarse delante de mí. Con suavidad, fue alzando la parte baja del vestido hasta quitármelo por la cabeza. Entendí por qué me pidió la ropa interior; no llevaba más que el tanga y ya tenía en su mente lo que quería hacerme. Quería exponerme, para que todos me vieran desnuda y con los zapatos de tacón puestos.

—Sasha —murmuré bajito.

—Laura, estás preciosa. Mira a tu alrededor, todos te contemplan.

Era cierto. Tanto hombres como mujeres lanzaban miradas en mi dirección; estaba expuesta, ellos me deseaban y podía sentirlo en sus labios, en cómo los fruncían mientras me devoraban con los ojos.

Y, a pesar de que cualquiera se hubiera sentido cohibido, me alcé, me hice grande, me sentí importante.

—De eso se trata, Ninotchka, de ti y de nadie más. Eres poderosa, eres una diosa que se ofrece al sexo, no el sexo a ti. Tú decides quién te toca y cómo lo hace; yo sólo soy un mero conector —expuso Sasha, a la par que se arrodillaba a mis pies para enterrar sus labios en mi sexo. Suspiré elevando la mirada al techo. Al volver a bajarla para acariciar el cabello de mi hombre, lo descubrí, otra vez. Ahí estaba aquel tipo, mirándome entre las sombras. Casi no podía verlo, pero sentía cómo me atravesaban sus ojos.

—Delicioso —sentenció Sasha—, quiero exhibirte. Quiero que todos te vean expuesta en el

columpio.

Me dejé hacer, tanto que, mientras Sasha me subía al asiento colgante, sentí cómo las manos de otra persona lo ayudaban. Miré y comprobé que era él, el de la fiesta de Madrid. El propietario.

—Laura... ¿sí? —Aleksandr me pidió permiso para que aquel recién llegado me tocara.

—Sí, no me importa. —¿Qué me iba a importar, si la última vez me puso a cien?

—Vamos a cuidarte, vamos a mimarte. —Acariciaba mi vagina, totalmente expuesta en aquel artilugio en el que mis piernas estaban totalmente abiertas a quien quisiera mirar—. Y, cuando quieras, te follaremos.

No podía hablar, estaba totalmente excitada al sentir las manos de Sasha y de aquel hombre acariciándome los pechos, las piernas, el clítoris. Mi ruso se afanaba en mi botón, mientras aquel tipo alto enmascarado, de ojos deliciosamente azules, me lamía el cuello, mordía mis pechos y me pellizcaba suavemente los pezones.

—Sasha —susurraba su nombre.

—Dime, pide cualquier cosa.

—Quiero comértela. —Necesitaba tenerla en mi boca.

No tardó en ponerse a tiro, para bajarse la cremallera y dejar que su largo miembro inundara mi boca. Estaba salado, sabía a excitación; necesitaba que aquel bamboleo sirviera para algo más que corre... ¡Dios! ¿Qué era eso? Una lengua se había metido hasta el fondo de mi vagina mientras saboreaba el pene de Sasha. Aquel hombre se había arrodillado frente a mí en el suelo y me balanceaba dulcemente para que pudiera comerle bien el pene a Sasha a la par que me lamía por completo.

—Me están tocando por detrás —me advirtió Aleksandr.

—Ve...

Gemí al sentir las manos de aquel hombre en mis glúteos y su boca cada vez más dentro. Me daba igual lo que Sasha hiciera en ese momento, aquel tipo hacía cosas que sólo... Deseché aquel pensamiento de inmediato...

—*Je peux?* —me preguntó aquel francés, llevándose la mano a su miembro y envolviéndolo en un preservativo.

Asentí inconscientemente, sólo quería follar. Estaba muy caliente y anhelaba que alguien me hiciera sentir lo que necesitaba, que me llenaran.

No tardé mucho en sentirla, ni unos segundos, cuando, sin piedad, se introdujo en mí, de golpe, sin avisar. Pero, al contrario de lo esperado, no comenzó a moverse, se quedó quieto, respirando. Aún llevaba toda la ropa puesta, y la bragueta bajada para empalarme.

Y allí estaba yo, en aquel artilugio, desnuda, expuesta y con sus manos sujetándome por detrás de las rodillas para llevarme hacia atrás y hacia delante. Pero no lo hacía. Casi creía sentir sus latidos en mi vagina.

Se echó hacia delante antes de comenzar y sus labios recorrieron mis pechos, mi ombligo. Mordió mis caderas en un arco casi imposible para alzarse y, con toda su envergadura, adueñarse de mis labios en el preciso momento en el que sus caderas empezaron a bombear contra mi cuerpo.

—¡Dios! —grité. Sí, esta vez grité de pura excitación en los labios de aquel desconocido. Todo

se estaba precipitando, mi cuerpo se desvanecía con cada embestida que recibía de aquel hombre.

Giré la cabeza y pude ver la sonrisa de Sasha, que me miraba mientras una bella morena le lamía el miembro de arriba abajo y me guiñaba un ojo. Yo cada vez me desbocaba más, notando hasta lo más profundo el sexo de aquel tipo; me tocaba, me llegaba, me acariciaba el clítoris expertamente, como si supiera que podría hacerme correr en un instante.

Y eso fue lo que sucedió: dos empellones más, el dedo gordo puesto en el clítoris y mi grito comenzó a inundar los otros ahogados de los invitados. No tardé mucho en notar cómo él comenzó a tensarse para llegar al orgasmo dentro de mi cuerpo, derramando sus fuerzas en mi interior...

—*Ma chérie* —dijo el enmascarado.

10

Mi cuerpo se tensó.

Me quedé paralizada.

Eso no podía estar pasándome a mí.

Esa voz no era real.

Me negaba a pensar que...

—Quiero soltarme —me puse nerviosa—, quiero bajarme de aquí.

Noté aún el cuerpo tieso de él en mi interior. Lo eché de una patada en el estómago, no quería creer que... no podía ser.

Alguien oyó mis súplicas para bajarme de aquel aparato; Sasha parecía distraído follándose a aquella mujer que le profesó tanta devoción a su pene.

—Laura —me dijo el francés enmascarado que acababa de follarme.

—Cállate, no digas nada más. ¡Hijo de puta! —fue lo primero que salió de mis labios, ya bajada de aquel balancín e intentando encontrar mi ropa.

Ultrajada, engañada y asustada por lo que acababa de descubrir, las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos sin tapujos. Era él; Laurent había estado jugando conmigo, escondiéndome su identidad a propósito, pero siendo muy consciente de la mía. Se había aprovechado de la situación, ocultándose tras esa máscara y su nueva barba.

Ma chérie. Lo había dicho como las veces que hicimos el amor en aquella habitación de hotel. Me lo soltó con su voz, sin disfrazarla; no había podido seguir con ese engaño cuando se corrió, cuando se sintió seguro.

Me sentía como una gilipollas de manual y no quería que me mirara. Sus manos intentaban acariciarme y él, explicarse, y yo sólo le pegaba manotazos atolondrados sin ton ni son, con la idea de escapar de allí.

Lloraba como una idiota mientras me vestía lo más rápido posible. Sentía las manos de Laurent aún por mi cuerpo, sus caricias, su lengua...

—Laura —oí la voz de Sasha—, ¿qué ha pasado? —Vino inmediatamente, cortando su polvo, al ver que me había bajado del columpio con premura.

—Déjame —le espeté intentando esconder mis lágrimas.

—¿Qué ha ocurrido? —Sus palabras sonaron peligrosas.

—Nada. —Acercó sus manos a mi cuerpo—. ¡No me toques!

—¡Laura! —Se echó para atrás, asustado.

—Déjalo, Sasha, no ha pasado nada que yo no quisiera.

—¿Y por qué lloras?

Finalmente dejé que acariciara mi mejilla.

—Me quiero ir —anuncié al terminar de vestirme.

—Nos vamos.

—No, Sasha. Me voy sola, no quiero estar con nadie...

—Me niego a dejarte sola.

No lo escuché, pues estaba cogiendo el teléfono móvil para llamar a Lourdes. Necesitaba estar con ella; tenía que desaparecer de todo ese mundo, de todo lo que me recordaba a Laurent.

—Laura —oí la voz de Lourdes, que estaba medio dormida—, ¿sabes qué hora es?

—Ven a por mí, Lourdes —le rogué mientras volvía a derrumbarme.

—¿Dónde estás? ¿Qué te ha ocurrido?

—Sólo ven a buscarme, Lourdes; no quiero volver al hotel. —Continuaba llorando.

—¿No te habrá pasado nada? ¡No te muevas y llamo a la policía!

—¡No! No llames a nadie, no me ha pasado nada de lo que imaginas. Pero ven a por mí.

—Dime dónde estás y voy corriendo.

Le di la dirección de la mansión, en Coyoacán; no tardó más de media hora en llegar al lugar de los *hechos*. Si bien Sasha no se separó de mi lado, no dejé que se acercara. Entendió a la perfección que no debía hablarme. De alguna forma sabía que necesitaba mi tiempo a solas; era como si hubiera podido leer en mis ojos que algo me había sucedido en aquel momento en el que nos separamos. Sabía que se culpaba, pero su fría mirada no me dejaba ver más allá.

—¡Laura! —La voz de Lourdes me sacó de mi propio pensamiento.

Me lancé a sus brazos sin pensarlo.

—¿Qué ha sucedido, cariño? ¿Te han hecho daño?

—Sólo en el corazón, Lourdes, pero me duele mucho.

Mi llanto se convirtió en inconsolable.

Lourdes miró directamente a Sasha.

—¿Qué le has hecho ahí dentro?

—No le he hecho nada; no sé qué ha pasado.

—¿Cómo qué no lo sabes? ¡Es tu responsabilidad! ¡Tú la has metido en esta mierda!

—Ella vino por decisión propia —respondió frío como el hielo.

—Era tu invitada, tu... —Me metió en el coche—. Déjalo.

Durante todo ese tiempo en el que Lourdes le recriminó su comportamiento, Sasha no separó sus ojos de los míos, no dejaba de mirarme.

Ya dentro del coche, bajé la mirada; no quería seguir con toda esa mierda.

—¡Laura! —Volví a oír mi nombre de labios de Laurent.

—¿Y éste? ¡¿Qué coño hace él aquí?! —Lourdes rodeó el vehículo para encararlo. Ya comenzaba a olerse algo—. ¡Para el carro, rubito!

—Quiero hablar con ella —gritó desesperado.

—Laura no quiere hablar contigo, ¿no lo ves? —Puso su mano en el pecho de Laurent para detenerlo.

—Es que...

—Es que nada. —Abrió la puerta del vehículo y se metió en él.

Siempre había agradecido el silencio de Lourdes en las situaciones más insospechadas. Ella, la que no callaba ni debajo del agua, la que siempre ponía el punto final a todas las conversaciones... ella, que le cruzó la cara a Gonzalo, el exnovio de Lucía... ella sabía mantener el silencio cuando era preciso, como en ese momento. Sobre todo cuando vi por el espejo retrovisor cómo Sasha se abalanzó sobre Laurent y le lanzó un derechazo que ni en los mejores momentos de Manny Pacquiao.

Me llevé las manos a la boca, intentando sofocar un grito.

—Laura, ése ya no es tu problema. Hoy no lo es —sentenció Lourdes, acelerando el todoterreno que conducía.

Fher, el marido de Lourdes, nos esperaba ansioso en el salón de su dúplex. Cuando nos vio entrar por la puerta, se abalanzó sobre nosotras sin miramientos.

—Pinche cabrón, el susto que me llevé. Laurita, ¿estás bien?

—Tranquilo, amor —Lourdes salió en mi defensa—, no le ha pasado nada malo físicamente, pero está mal.

—Pero ¿qué pendejada pasó?

—Cielo, vete a dormir. Te lo contaré todo cuando me vaya a la cama —oí que le susurraba, tranquilizándolo.

—Más le vale al pendejo que le hizo esto a Laura no estar aquí mañana. —Se aproximó a mí, regalándome un abrazo de esos que no se piden pero que se agradecen en el alma.

—Gracias, Fher —logré articular.

—Por ti, todo, linda —me respondió, y le lanzó un beso a Lourdes.

Me cambié de ropa; me puse unas prendas que mi amiga ya tenía preparadas en el salón. Pude notar cómo sus ojos escudriñaban mi cuerpo palmo a palmo con la mirada.

—Tranquila —hablé—, nadie ha abusado físicamente de mí.

—Lo siento, tenía que...

—Lo entiendo —le dije ya vestida con la camiseta y los pantalones que me había prestado.

—No tienes por qué contarme nada ahora, pero creo que te vendría bien.

—Lourdes, me muero de vergüenza.

—Querida —se apresuró a abrazarme—, empiezo a pensar que tengo el don de la salvación.

—¿Por qué lo dices? —Me separé un poco de ella.

—Déjalo —me sonrió—; cuando veas a Lucía, se lo preguntas.

—Es que todo ha sido muy raro.

—Esas fiestas son raras.

—¿Tú has ido alguna vez a una? —Me senté agarrando la pequeña botella de agua que había encima de la mesa del salón.

—No exactamente a éstas, pero sé que las cosas pueden descontrolarse un poco... y, de un no, pasar a un sí sin ganas.

—No ha sido eso, pero podría decirse que se ha descontrolado.

—Repito, cielo, no tienes que contármelo si no quieres. —Me cogió de la mano.

—Lo sé, pero siento que he de desahogarme. —Respiré profundamente—. Llegamos a la fiesta para cenar. Todo fue de lo más morboso. Cena con máscaras, conversaciones con desconocidos que subían de tono... Sasha y yo jugueteando bajo la mesa. Pero se me fue de las manos cuando todo comenzó a calentarse. En realidad, nada se me hubiera ido de las manos si, cuando Sasha me dejó estar con otro hombre, ese otro no hubiera sido Laurent.

—Algo me he imaginado al verlo allí. Pero ¿cómo ocurrió?

—No lo sé, Lou. Sólo puedo decirte que no es la primera vez que estoy con él, sin saberlo. En mi primera fiesta de este estilo, en Madrid, en casa de Sasha...

—¿En casa del ruso? Pero ¿qué tipo de casa tiene?

—Grande, Lou. Muy grande.

—Joder, querida... Pero continúa.

—Pues eso, que ya en Madrid tuve un escarceo con Laurent delante de Sasha, pero no supe que era él. Sin embargo, aquí, en el encuentro de esta noche, no ha podido disimular más. Ni con las máscaras, ni con casi toda la ropa puesta... Cuando hemos acabado, habló sin disimulo. Fue él sin cortapisas; me llamó como cuando estuvimos juntos. Su voz me estremeció cuando aún estaba dentro de mi cuerpo, Lourdes.

—Cariño. —Me abrazó—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Es el dueño de la empresa. No es disyóquey; bueno, ya no. Y me echó el ojo en Madrid. Aquí, en cuanto me vio aparecer, me persiguió hasta que pudo estar de nuevo conmigo. —La abracé con fuerza—. ¿Cómo ha podido pasarme esto?

—Cielo, las cosas más inesperadas suceden en los momentos más impredecibles.

—Pero ¿qué hago yo ahora? ¿Y Sasha? ¿Y Laurent? —Volví a sentir cómo mis ojos se llenaban de lágrimas.

—No soy nadie para dar consejos —separó mi cuerpo del suyo para mirarme a los ojos—, pero deberías intentar dormir un poco, descansar o, por lo menos, estirar tu cuerpo... también podrías ducharte si lo prefieres. No le des más vueltas de momento. Mañana nos preocuparemos por todo lo sucedido.

—Tienes razón, ya no merece la pena.

Comenzó a sonar mi móvil, que estaba en mi bolso, y Lourdes fue a por él.

—Es Sasha, ¿quieres que lo coja? —Asentí—. Hola. Sí. Sí. No, no va a ir al hotel esta noche. No. Se queda conmigo. ¿Mañana? Tampoco lo sé, ya te llamará. Buenas noches.

—¿Qué quería? —pregunté.

—Nada. Saber si te encontrabas bien, dónde estabas y si ibas a regresar al hotel. Le he dicho que

no, y que ya lo llamarías.

—Pobre...

—¿Cómo que pobre? Eras su responsabilidad. Él te metió en esa fiesta, te invitó a venir a México. ¿Y si yo no hubiera vivido aquí? ¿Dónde estarías esta noche? Una mierda para él. Que se sienta mal. ¡Coño! Con estas cosas no se juega.

—No sé... Es que es tan...

—Laura. La han cagado. Sasha, por no protegerte. Laurent, por no decir la verdad.

—Puede que tengas razón. —Me acurruqué sobre mí misma.

—No, no puede. Sé que la tengo. Sobre todo por Laurent; se ha aprovechado de tu vulnerabilidad y de que aún estás enamorada de él.

—¡Eso no es verdad! No sabía que era él.

—Sí lo sabías, Laura, claro que lo sabías... —Me llevó de la mano hasta la habitación de invitados, dejándome allí después de darme un abrazo.

«Hija de puta. Siempre ha sido la más lista de todas.»

Sabía a la perfección que, aunque no hubiese podido ver su cara, mi cuerpo reconoció el de Laurent desde el primer instante. Fue él, no mi mente. Y por esa misma razón me dejé tocar por otro hombre, porque cada poro de mi piel lo reconoció.

«Mierda. Nunca he dejado de estar enamorada de él.»

¿Y Sasha?

Cerré los ojos en la cama de mi amiga, mientras mi cuerpo todavía olía a sexo. A sexo salvaje con Laurent.

11

El lejano sonido de un móvil me hizo estirarme en la cama. Al abrir los ojos, me asusté, pues no reconocí el lugar donde estaba, la ropa y... El teléfono no paraba de sonar; tuve que girar la cara para comprobar que era el mío y que estaba en la mesilla de noche.

Alargué la mano para ver quién estaba llamando, pero no tenía registrado el número. Era de España.

—¿Quién es? —pregunté somnolienta.

—Laura, no cuelgues. —Era Laurent.

—¿Quién te ha dado mi teléfono? —Estaba tan alucinada que no sabía si cortar o no la comunicación.

—He llamado a Lucía —mentalmente aborrecí a mi amiga, pero sin resentimiento —, ha sido ella.

—¿Y qué le has contado? ¿Que necesitabas mi número porque me habías follado y tenías que restregármelo?

—Por favor, permíteme que me explique. Deja que te cuente que nunca he dejado de am...

—¡Cállate! —grité como una posesa—. No quiero volver a oírte. No quiero volver a verte. Eres un cerdo.

La puerta de la habitación se abrió de par en par y por ella entraron Lourdes y Fher. En ese instante solté el aparato, dejándolo caer sobre cama, mientras mis lágrimas se escapaban sin remedio por mis mejillas.

Fher agarró el móvil mientras mi amiga se abalanzaba sobre mí para darme un abrazo.

—Pinche cabrón —le soltó el marido de Lourdes con una voz profunda y amenazante —, como vuelvas a llamar a Laurita...

—No sé quién eres, pero pásame con ella —intentó convencerlo Laurent.

—¡No fastidies! ¿Aún tienen los huevos de pedir algo? Ni modo, güey. Le agarraste en curva a Laurita, pero ya estoy yo aquí para que te dejes de pendejadas y la olvides.

—¡Te he dicho que quiero hablar con ella! —Hasta Lourdes y yo misma oímos el grito de Laurent. Fher me miró y negué con la cabeza.

—Déjala tranquila —finalmente cortó la comunicación—. Lo siento, Laurita; si lo hubiera tenido delante...

—Gracias, Fher. No sabes lo feliz que me hace que Lourdes te dijera que sí, después de todo. —
Se acercó a nosotras para darme un beso en la coronilla.

—Güerita, siempre a tus órdenes. —Salió de la habitación siguiendo las indicaciones de la
mirada de Lourdes.

—¿Qué ha pasado, cielo? —me preguntó ella.

—Ya lo has visto. Laurent ha conseguido mi teléfono y ha llamado.

—¿Pero cómo...? —Me abracé más a ella, llorando—. Lucía, voy a...

—No, no. Ella no tiene la culpa de nada. —Separó mi cuerpo del suyo para mirarme a los ojos
—. Laura, no la culpes. Ella te quiere.

—Estoy hecha una mierda.

—Estás hecha un lío, querida.

Llamé a Sasha por la tarde. A la mañana del día siguiente nos marchábamos de nuevo.
Simplemente le pedí que me hiciera la maleta y le indiqué que nos encontraríamos directamente en el
aeropuerto.

Quiso decir algo, pero lo corté. No quise saber nada de él; en realidad, no deseaba recordar
aquella noche. Tenía claro que no tuvo la culpa, pero, en el fondo, por él había vuelto a dolerme el
alma.

Aquella mañana el tráfico, como siempre en Ciudad de México, era imposible. Lourdes me dejó
allí a primera hora y poco después ya estaba dirigiéndome a la sala VIP, donde debía esperar la
salida de mi vuelo.

Pasé por la puerta enseñando mi billete mientras mantenía la mirada baja; eso hizo que me
tropezara contra una chica pelirroja.

—Lo siento —me disculpé con ella.

—Perdóname a mí. —Vi cómo se limpiaba el agua que se había derramado de la botella que
llevaba y había caído sobre su falda.

—No te había visto, ¿te has manchado mucho? —Sonrió de una manera sincera. Tenía unos
bonitos ojos azules y unos labios carnosos.

—No te preocupes, en serio... es mi vida; Murphy me acompaña.

—Ángela, ¿pasa algo? —Un moreno con barba se acercó a ella preocupado y la acarició.

—Tranquilo, Josep, ya sabes... —Y se echó a reír.

—No cambias. —Le guiñó un ojo y volvió a su sitio mientras la asía por la cintura, llevándosela
con él.

Los miré con envidia, para qué mentir, y mis ojos los siguieron hasta que se sentaron en un sofá.
Juntos, muy juntos, y comiéndose a besos.

—Laura. —La voz de Sasha me despertó de golpe.

—Aleksandr. —Saludé caminando fuera de su alcance.

Me senté frente a aquella pareja, aunque no sé por qué lo hice, porque tuve la sensación de que
era masoquista. Sí, porque eran felices y yo, en ese momento de mi vida, me sentía la persona más

infeliz del universo.

Sasha se sentó a mi lado; no me tocó, no me habló, no justificó por qué pegó a Laurent. Ni siquiera sé si sabía quién era o se preocupó luego de saberlo, simplemente calló.

Y así se mantuvo durante las horas de vuelo que nos llevaron a España. Y así continuó durante la espera de nuestras maletas, quizá con la idea de que fuera yo la que abriera la boca. No podía.

Me fui; no di explicaciones, cogí un taxi y me encerré en casa a llorar.

12

Habían pasado varias semanas desde aquel fatídico viaje.

Dejé que transcurrieran unos días hasta que me decidí a volver a llamar a Aleksandr y no le hablé de nada. Callé que me moría por dentro después de lo sucedido, pero aparenté calma y volvimos a vernos mucho más a menudo. Volvimos a una relativa tranquilidad que, por lo menos a mí, me venía bien. Casi podría decirse que salíamos juntos.

El tiempo iba pasando, simplemente eso.

Llevaba todo el sábado por la mañana estudiando la documentación sobre el juicio que me había tocado. Éste debía celebrarse en una semana, y los tacos de papeles llenaban la mesa de mi pequeño despacho de casa.

Unos golpes me sacaron de mi ensimismamiento. Miré el reloj; llevaba más de tres horas encerrada, sin levantar la vista del pliego de documentos que tenía encima del escritorio. Caminé descalza hasta la puerta y la abrí sin preguntar; craso error.

—¿Qué quieres? ¿Y qué coño haces en mi casa?

—Tenía que hablar contigo.

—Ya hablamos todo lo que teníamos que hablar. Lo siento. —Iba a cerrar la puerta.

—Escúchame, por favor. —Laurent me atravesaba con la mirada. Sus ojos tenían una tonalidad triste; su semblante era triste.

—No puedo hacerlo, Laurent. Me mentiste, me... —tomé aire—... follaste sin decirme que eras tú.

—Déjame explicártelo, deja que te lo cuente todo. —Me miró suplicante.

Me aparté de la entrada y lo dejé pasar. Crucé los brazos sobre mi pecho.

—Te dejo entrar porque no quiero que los vecinos se enteren, pero, si por mí fuera, te echaría ahora mismo.

—¿Qué querías que hiciera? Aquel fin de semana te fuiste sin decir adiós; saliste corriendo y no volví a saber nada de ti, aunque lo anhelaba. Lucía me dejó claro que no querías volver a verme y tuve que conformarme con lo que me contaban ellos. Te respeté.

—Hasta el otro día, ¿no? ¿Ése es tu respeto? Eres un degenerado y a saber a cuántas tías te has

tirado en una noche...

—No seas hipócrita, Laura; tú también estabas allí —me señaló enfadado—. Pudiste ver que sólo estuve contigo. Además, en las fiestas nunca he estado con nadie, sólo contigo; es mi trabajo. Pero, aparte de eso, a ti también pareció gustarte estar conmigo.

—Es diferente —me defendí.

—¿Ah, sí? —atacó.

—Sí. Yo fui acompañada a una fiesta anónima y resultó que, no sé por qué extraña razón, me reconociste y viniste a por mí; ya lo hiciste en la fiesta de Madrid.

—Laura, nunca he podido olvidar tu cuerpo. Me lo aprendí de memoria; tus labios, tus cálidos ojos...

—¡Para!

—No puedo parar, no he dejado de pensar en ti. —Se quiso acercar.

—Te he dicho que pares. —Me separé mucho más de él, casi corriendo, para situarme detrás de una mesa.

—Cuando te volví a ver en México, mi cuerpo te reconoció. Sigues oliendo igual, sigues caminando igual, sigues atrayéndome de la misma manera. Admite que te gustó, que te gusto.

—Laurent, por favor... Eres un hipócrita. Me mentiste en todo. Me dijiste que te dedicabas a la música, que vivías por y para el surf. ¡Y una mierda! Resulta que eres el propietario de una empresa que se dedica a organizar fiestas sexuales de alto *standing* que aprovechó la situación para que mantuviéramos sexo salvaje.

—Pero ¿dónde está el problema? —Ahora sus ojos tristes mantenían una mezcla de sarcasmo y enfado—. Te repito que creo que te gustó bastante. Tanto como para repetir.

—¡Cerdo! —Le lancé un bofetón que paró al vuelo.

—Nunca —me miró con mucha ira— me levantes la mano. No me atrevería a ponerte una mano encima, pero no voy a permitir que lo hagas tú.

—¡Suéltame! —grité deshaciéndome de su agarre y mirándolo con la misma ira que él a mí.

—No creas que ahora me voy a abalanzar sobre ti para besarte como en las películas.

—Es que, si lo hicieras, es probable que te pegara.

—Serías incapaz. —Se puso gallito.

—Muy seguro te veo —lo encaré.

—Me gusta cuando te pones así. —Intentó acariciar mi rostro, pero me separé en seguida.

—*No-me-to-ques* —lo advertí.

—Vas a suplicar que lo haga. Grábate estas palabras.

—Tal vez seas tú quien venga a pedirme que lo haga yo.

—¿Qué te ha pasado, Laura? ¿Qué es lo que te ocurrió para que seas así?

—Nada que te interese. Absolutamente nada.

—Eso no te lo crees ni tú. Aún recuerdo aquella vez que, entre mis brazos, me dijiste que te quedarías así para siempre.

—Cállate. —Estaba removiendo mi estómago.

—O aquella otra en la que te corraste con mi cabeza entre tus piernas y me hiciste prometer que

lo haría todos los días de mi vida.

—¡Te he dicho que te calles! ¡Vete! ¡Lárgate!

—¿Qué ha pasado, Laura? ¡¿Qué?! —Esa vez se acercó tanto que pude oler su perfume, y sentir el latido de su corazón—. ¿Te has enamorado de él? Es eso, ¿verdad? Si es así, me iré, lo prometo.

—Sí —vislumbré dolor en sus ojos—. Creo que estoy empezando a...

—Laura...

—No lo sé, Laurent. ¡No lo sé! —Lo aparté de mi lado para poder sentarme en el sofá—. Has aparecido así, de repente, haciendo lo que has hecho y yo...

—Siento haberlo hecho de este modo. Lo siento. —Se acuclilló entre mis piernas—. Te vi y no supe qué más podía hacer. Te extrañaba, extrañaba tu cuerpo. A ti.

—Dios —me quejé, acercando mis manos a su cabeza y atrayéndola hacia mi estómago para abrazarlo.

En ese momento mi móvil comenzó a sonar.

—Deja que suene —pidió Laurent.

—He de cogerlo. Puede ser trabajo.

—¿Un sábado? —preguntó extrañado.

—Estoy de guardia. —Lo separé y alargué la mano hasta la mesita para cogerlo. Miré la pantalla, no era lo que esperaba. Sasha.

—Cógelo. —Se dio cuenta.

—Hola —respondí—. ¿Esta noche? Sí, claro. Bien, sin problema. —Miré a Laurent, que seguía de cuclillas, observándome—. Yo también.

Y fue en ese momento cuando se levantó, me miró desde su posición y, sonriendo de medio lado, se dirigió hacia la salida.

Tenía que hacer algo, tenía que pensarlo rápido. Si cruzaba esa puerta, nunca más volvería a verlo. Si se marchaba, no volvería a ver sus ojos azul aguamarina, su mandíbula pronunciada, su sonrisa...

Me levanté corriendo en su dirección. No quería que se fuera, no deseaba que se marchara.

—Espera. —Extendí una mano, casi tocándolo—. Quédate.

—Será mejor que me vaya. —Bajó la cabeza mientras ponía la mano en el pomo.

Me acerqué por la espalda y puse mi mano encima de la suya. Al tocarlo de nuevo, sentí un escalofrío por la columna vertebral. Lo había abrazado hacía un momento, pero lo que sentí en ese instante no tenía nada que ver con lo anterior... me dio miedo; tuve pánico al saber fehacientemente lo que sucedería.

—No te vayas —pedí.

—Si me quedo, será para siempre.

—Sabes que no puedo ofrecerte eso —solté a modo de escudo sentimental.

—Lo sé. Pero merece la pena que me arriesgue. —Se giró para enfrentarme.

No quería seguir escuchando lo que ya sabía a la perfección. Lo echaría. Sí. Lo obligaría a irse de nuevo, pero en ese momento necesitaba volver a sentir sus manos en mi cuerpo sin ninguna traba. Quería que sus ojos, sus labios y su cuerpo se unieran al mío sin ninguna cortapisa. Lo quería a él, lo

quería dentro de mí, de mi alma...

—Cállate —alcé una de mis manos para agarrarlo por el cuello, cogerlo del pelo y bajarlo hasta mis labios— y bésame.

—A sus órdenes, *ma chérie*.

Con sólo sentir su lengua acariciándome los labios, mi cuerpo reaccionó. Noté cómo el aire se cargaba de electricidad al desplazarnos de la puerta al dormitorio mientras tropezábamos con todo lo que se nos ponía por delante... sillas, sillón, mesas, mesillas... hasta que Laurent decidió agarrarme por la cintura y hacer que mis piernas se amarraran a él. Sus labios se abrieron a mí y nuestras lenguas se encontraron, desesperadas. Mis manos se aferraban con desesperación a su cabello, mientras las suyas sujetaban mi cuerpo desde la cintura y el culo.

Me lanzó contra el colchón. Lo miré desde aquella posición, intentando recuperar el aire perdido durante el recorrido. Allí estaba, de pie, clavando sus ojos en mi cuerpo.

En un sólo movimiento, se desprendió de la camiseta que llevaba; no podía apartar mi mirada de él. Hacía tanto tiempo que nuestros cuerpos no se encontraban sin restricciones que tenía la sensación de estar con él por primera vez. No hacía más de unos días de nuestro encuentro sexual, el que desató en mí un millón de emociones, las más importantes; rabia y odio por su engaño. Pero ahora estábamos los dos juntos, sin oscuridad, sin esconder nuestros rostros y sin falsas apariencias.

Me incorporé alzando mis manos en dirección a su pantalón. Quería quitárselo yo misma, quería sentir su piel sin ropa, pero fueron las suyas las que me atraparon y me las levantó por encima de la cabeza.

—No las muevas —me ordenó ansiosamente.

Así me quedé por un instante, con los brazos alzados, justo el tiempo para que sus manos acariciaran mis costados, asiéndome la camiseta para sacármela.

Se echó encima de mí, recorriendo con sus labios mis mejillas, el cuello, la separación entre mis pechos, para finalmente morder mi ombligo. Sus manos sujetaban con fuerza lo que el sostén escondía, mis senos, haciendo que, cada vez que los acariciaba, de mi garganta saliera un suspiro necesitado.

Bajé las manos a la cinturilla de su pantalón y lo desabroché con rapidez, tanta que al deshacerme de él me llevé la ropa interior. Y lo cierto fue que lo agradecí, una cosa menos de la que teníamos que preocuparnos.

—Me tienes en tus manos —me dijo mientras me ponía encima de él, pues lo había girado y tumbado—, como siempre.

—No quiero tenerte en mis manos, quiero tenerte dentro de mí —solté a bocajarro, bajando para acariciar su pene, duro como una piedra.

—Eso podemos remediarlo tan rápido como me dejes —se giró y volvió a colocarse encima—. Pero, para poder hacerlo, debemos desprendernos de esto —tiró de mis pantalones de estar por casa— y comprobar que... —Insertó un dedo en mi interior.

—Oooooh... —Algo parecido a un quejido salió de mi garganta, a la vez que mis piernas se abrieron para invitarlo.

No contento con lo que estaba haciendo, acercó el dedo pulgar al clítoris y lo movió con tal

maestría que mi vagina comenzó a contraerse involuntariamente.

—Veo que estás más que preparada para mí, *ma petite chatte*.

—Siempre estaré preparada para ti.

—Cuidado con lo que dices, *mon amour*, o me lo tomaré al pie de la letra.

—Laurent, para —supliqué intentando moverme de su amarre. Me tenía las dos manos sujetas por encima de la cabeza con una suya y la otra dentro, estimulándome—. No quiero correrme aún.

—¿Quién te ha dicho que sólo te vas a correr una vez?

—No tengo tiempo para... —seguía con sus movimientos mientras sus labios atrapaban los míos para que no continuara hablando.

—Podremos hacerlo las veces que queramos.

—No puedo, en realidad...

La realidad fue que, aun con mis manos sobre la cabeza, sus dientes mordiéndome los pezones por encima del sujetador y su mano dentro de mi cuerpo, un aterrador orgasmo recorrió mi columna vertebral. Nació del centro de mi sexo para recorrer todo mi cuerpo como una sacudida eléctrica que me rompió en dos. Creo recordar que salió un lamento sordo de mi garganta.

—Me encanta ver cómo te rompes para mí. —Me besó en los labios a la par que me penetraba despacio.

—¡Ay! —me quejé lastimeramente al sentir cómo entraba dentro justo después de correrme; estaba hipersensible—. Despacio.

—Eso me lo dices ahora que estás muy estrecha —iba lentamente—, pero dame un minuto y estarás suplicando piedad.

—Siempre tan creído.

—Soy francés, no lo olvides. —Se separó un poco y nos miramos a los ojos. Fue intenso, dulce, como si de una promesa romántica se tratara. Me encandiló, me enamo...

—¡Laurent! —le advertí—. Llevas...

—Sí. Me lo he puesto antes de entrar en tu alma.

Siempre era capaz de rasgarme con sus comentarios. Su sonrisa de oreja a oreja comenzó a cambiar; la dulzura con la que me había tratado un momento atrás se iba a transformar en locura. La esperaba, la necesitaba de él, con él, entre sus brazos.

Y allí estaba yo, esperando a que su locura me llenara por completo una vez más y nuestros desmadejados cuerpos se convirtieran de nuevo en uno solo.

—Hazlo —me solté de su amarre para posar mis manos a ambos lados de su cara.

—Quiero hacerlo de otra manera. —Se acercó a besarme con pasión, con urgencia, uniendo nuestras lenguas en una enajenación casi adolescente. Se separó un segundo—. Házmelo tú a mí.

—¿Yo? —pregunté sorprendida, sintiendo su pene palpitar en mi cuerpo.

—Sí. —Se tumbó boca arriba.

Me arrastré hasta él, poniéndome a horcajadas encima. Desabroché el sostén y lo hice a un lado. Por fin los dos estábamos completamente desnudos y, acercándome, posé mi sexo sobre el suyo deliberadamente. Me froté para notarlo en plenitud y observar cómo sus ojos se entrecerraban.

Acerqué una de las manos a su sexo para guiarlo dentro de mi vagina, para que nuestros cuerpos

comenzaran el baile más peligroso que nunca hubiera podido imaginar.

Lo hice, lo deslicé con suavidad, percibiendo cómo, con lentitud, me iba llenando de él. Eché la cabeza hacia atrás, arqueé el cuerpo para sentirlo más y, mientras mis manos se amarraban a sus muslos, mis caderas comenzaron una sinuosa danza, un suave ritmo que estaba convencida de que Laurent cortarían en cualquier momento para lanzarse a poseerme. Pero no, sus ojos no se apartaban de los míos. Sus manos agarraban con fuerza las sábanas.

—Me estás matando, Laura. —Se mordió el labio inferior—. Juegas conmigo de la manera más cruel.

—Tú lo has querido —le dije sin parar de moverme, pues sentía cómo se me volvían a despertar las ganas de otro orgasmo.

—Sí. Yo lo he pedido y estoy arrepentido.

Terminando la frase, se irguió y lanzó sus manos a mi cintura, abrazándome como un desesperado, mientras sus labios volvían a poseer los míos con impaciencia.

—Muévete más rápido.

—Me gusta así.

—Me quieres matar.

—Te quiero...

Cerró mi boca con un beso.

—Deja la frase así.

Hubiera respondido, de no ser porque Laurent, sin salir de mí, me alzó a la par que él se puso de rodillas para dejar caer mi espalda contra la cama, sujetándome sólo por las caderas para comenzar a martillar dentro de mi cuerpo como un poseso. Lo notaba en su cara, lo sentía dentro, estaba a punto de correrse y me ponía mucho. Era rudo, fuerte, y todo mi ser se movía, como si folláramos en pleno terremoto.

—Hazlo —lo provoqué desde mi extraña posición—. Déjame ver cómo la locura te envuelve.

—No, aún no. —Sus ojos se habían vuelto de un azul oscuro—. Quiero que te corras conmigo.

—Pero así no puedo —me quejé, ya que, aunque la posición era profundamente sexual, no era mi preferida para llegar al orgasmo, a menos que yo misma me tocara.

—Tócate, sé que así te es difícil. Lo recuerdo todo...

No estaba para discusiones, así que dejé una de mis manos libres, pues hasta ese momento intentaba alzar mis caderas de la cama con las dos, para estimularme. Cierto es que no me hacía falta mucho...

—Estoy muy cerca —le advertí.

—Sólo dime cuándo y déjame acompañarte. —Sonrió.

No tuve que indicarle siquiera, pues mi mirada perdida hizo que sus movimientos se intensificaran. Los dos conseguimos llegar al orgasmo a la vez.

Laurent dejó caer suavemente mi espalda en la cama para posarse luego sobre el colchón. Así, juntos, intentamos retomar la calma.

—Me encantaría pasarme horas dentro de ti —confesó Laurent.

—Eres insaciable. —Acariciaba su cabello rubio; tenía la cabeza apoyada en mis pechos.

—Lo soy por tu culpa. Quiero volver a hacer el amor contigo...

—Tengo que irme. —Miré el reloj de mi muñeca—. Ya lo sabías.

—Dile que no puedes. Quédate conmigo. Así, abrazados, sólo tú y yo. No necesitamos nada más.

—Laurent —levantó su mirada—, tengo que irme.

—Lo he intentado. —Sonrió de medio lado, tan encantadoramente que en un acto reflejo mis labios poseyeron los suyos sin remedio.

—Lárgate —lo eché sin miramientos, pero con una sonrisa en los labios—. No puedo ducharme contigo...

Se levantó de la cama para cogerme en brazos y llevarme al baño.

No pude decir que no a estar con él una vez más.

13

Hacía exactamente media hora que Laurent se había marchado de casa. No me hubiera hecho ninguna gracia que Sasha se hubiese encontrado con él después de todo lo sucedido en México. No sé qué es lo que hubiera tenido que explicar o qué invención contarle.

La puerta sonó en el preciso momento en el que me estaba acercando a coger el bolso. Ya le había dejado claro que no quería más sorpresitas relativas a la ropa y sus complementos, que era lo suficientemente mayor como para saber vestirme. Y así era; esa noche no pretendía ir a ningún lado en especial, o eso era lo que yo quería: una cena tranquila y a casa. Mi cabeza no andaba demasiado fina para mucho más.

¿Qué es lo que iba a explicarle?

«Sí, mira: el tipo con el que discutí en México, al que zurraste y que es el organizador de las fiestas... eso es, mi ex amante, ha estado esta tarde y hemos hecho el amor...»

Me miré en el espejo de la entrada y de repente el remordimiento me carcomió por dentro.

—¡Falsa! —me grité con fuerza—. ¿Cómo podrás mirar a la cara a Sasha? ¿Cómo?

El timbre de la puerta volvió a sonar.

—Voy. Un segundo.

Y allí estaba, sonriente; casi parecía despreocupado. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta; nunca lo había visto vestido de esa manera tan informal. Estaba acostumbrada a verlo siempre con sus trajes a medida. No es que me quejara, pero me sorprendió.

—Hola, querida. —Se acercó para darme un ligero beso en los labios—. Veo que ya estás lista, ¿nos vamos?

—Sí, pero prométeme que esta noche no será...

—Tranquila, esta noche decidirás qué es lo que te apetece hacer —sentenció agarrándome por la cintura y volviéndome a besar.

—¿Quieres conocer los lugares por donde me muevo? —Levanté la ceja, poniéndolo a prueba.

—Me dejo llevar donde quieras, ya te lo he dicho.

Salimos a la calle para subir al coche de Sasha. Pero, antes de hacerlo, no esperaba lo que mis ojos pudieron percibir al otro lado de la acera. Allí estaba Laurent, mirándome. Su semblante era

serio, muy serio, y sus labios me susurraron un «si me quedo, será para siempre».

Lo miré a los ojos; sentí cómo mi estómago se encogía, pero aparté la mirada para entrar en el vehículo.

—¿Adónde vamos? —me preguntó Sasha.

—¿No crees que hoy estás bebiendo demasiado? —Sasha me miró preocupado.

—¿Desde cuándo controlas lo que bebo o lo que no? —le respondí airada, aun sabiendo que tenía razón.

—Laura, ¿quieres que nos marchemos a casa?

—No, quiero que vayamos a bailar. —Me acerqué despreocupada a darle un suave beso en los labios.

—Conozco un local que...

—No. —Me levanté de la mesa del restaurante donde habíamos cenado y le tendí la mano—. Como bien me dijiste, esta noche te llevo yo.

Sabía que me estaba excediendo con la bebida, pero, mientras Aleksandr me colmaba de atenciones y era lo más cariñoso que nunca hubiera imaginado, sólo recordaba las manos de Laurent, su mirada, sus labios en mi cuerpo. Quería olvidarlo, necesitaba hacerlo, y la bebida era lo único que me podía ayudar. O ésa era la gilipollez que me estaba intentando imponer.

Nos marchamos andando para acabar en un garito muy *demodé* de la zona. Sabía que ya no estaba de moda, pero seguía siendo nuestro preferido para bailar como locas cuando nos juntábamos las cuatro para salir. Creo, además, que era la primera vez que llevaba a un chico y es posible que más de un habitual nos mirara extrañado.

Al llegar a mi casa eran más de las cuatro de la mañana y, cuando Sasha aparcó el coche en mi parking, me preguntó:

—¿Quieres que suba a tu casa? Puedo irme a dormir a la mía.

—¿Por qué me lo preguntas? —le dije extrañada, teniendo en cuenta que cada vez que me traía lo hacía. A mí no me gustaba quedarme en su casa.

—Has estado un poco rara esta noche —soltó sin preaviso.

—Lo siento; la verdad es que ando preocupada por un caso que me está comiendo la cabeza. Un marrón.

—Si es así, subo contigo.

Aquella noche intentó que hiciéramos el amor, pero sólo podía recordar cómo Laurent y yo habíamos pasado la tarde en aquella cama en la que Sasha pretendía mantener relaciones sexuales conmigo. No, no podía hacerlo, me sentía sucia, así que la excusa pasajera de la bebida me sirvió fantásticamente bien para esquivarlo. Él no se quejó; se quitó la ropa, quedándose en calzoncillos, y esperó a que yo me metiera bajo las sábanas.

—Buenas noches. —Le di un beso.

—¿Sabes? —me dijo.

—¿Qué? —pregunté ya tumbada en la cama.

—Me hubiera gustado que me dijeras la verdad.

—La verdad, ¿sobre qué? —Lo miré a los ojos.

—Vi al tipo con el que tuviste sexo en México al otro lado de la acera, mirándonos, al salir de tu casa. —Dicho esto, me besó en la sien para después abrazarme y quedarse dormido.

Por lo menos, él durmió.

Cuando abrí los ojos estaba sola en la cama. Por un instante me sentí mal pensando que ni siquiera se había despedido de mí al marcharse, pero un estupendo olor que provenía de mi cocina me hizo desechar ese pensamiento. Sasha estaba preparando el desayuno.

«Hay cosas de este hombre que continúan sorprendiéndome. Tiene una mansión digna de cualquier película y no le importa quedarse a dormir en mi apartamento. Su coche, bueno, el par que tiene, no son extremadamente caros. Y sabe cocinar, a pesar de que tiene servicio. En resumen, es un tipo de lo más raro, pero, desde que lo conozco, el único «pero» que puedo ponerle es que nunca pregunta demasiado.» O eso es lo que yo pensaba hasta este mismo instante.

—Buenos días, Sasha. —Me acerqué a la cocina para darle un beso.

—Buenos días. —Puso un plato repleto de comida frente al lugar de la mesa donde me senté.

—¿A qué viene este despliegue culinario? —Sonreí de medio lado.

—¿Quién es el tipo de ayer? —Soltó a bocajarro, sin darme tiempo a ponerme el paracaídas.

—¿Eh? —Por poco me atraganto con el sorbo de zumo que estaba empezando a beber—. ¿Cómo?

—Ya me has oído, Laura. —Se sentó delante de mí, llevándose la taza de café a la boca.

—Es el propietario de la empresa que organiza las fiestas, ¿no? —respondí.

—No me vaciles, ya sé quién es...

—Es alguien a quien conocí hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo? Porque no me gustaría descubrir que, durante nuestro primer encuentro, por ende tu encuentro con él, ya sabías quién era.

—No, Aleksandr. —Cogí aire porque no sabía por dónde podría encaminarse esa conversación—. Cuando él me tocó, no sabía de quién se trataba. No tenía idea de que él me había reconocido.

—Eso quiere decir que en México fue a por ti a propósito, ¿no? —Asentí, avergonzada por la situación—. Fantástico.

—Lo siento. Siento no habértelo contado antes.

—Lo que yo siento es no haberle partido las dos piernas. —Dio un golpe en la mesa de la cocina que me asustó.

—Sasha —balbuceé.

—¿Qué hacía ayer aquí? —Me miró con una frialdad que me heló la sangre.

—Quería hablar conmigo. —Nos retamos con los ojos.

—Laura, somos dos personas adultas. ¿Me vas a contar la verdad?

—¿Qué quieres que te cuente, Aleksandr?

—Todo —pude ver cómo hacía el esfuerzo de relajarse—, quiero que me lo cuentes todo.

—Es complicado.

—Tengo todo el día sólo para ti.

Le expliqué que él fue alguien muy importante en mi vida, aunque sólo pasamos un fin de semana juntos. Le relaté cómo salí corriendo de su lado cuando sentí que me estaba enamorando y cómo, durante todo ese tiempo que no había vuelto a verlo, no había dejado de pensar en él. Le dije que encontrarlo en aquella fiesta había resultado muy duro para mí, puesto que estaba disfrutando de un juego divertido y se convirtió en un cúmulo de sentimientos encontrados que hicieron que me sintiera sucia. Tanto como para salir pitando y no volver a saber nada de nadie.

—Tenías que habérmelo dicho en ese momento. Tenías que haberme contado que ya lo conocías.

—¿Para qué, Sasha?

—Para saber que aún sigues amándolo.

—Sasha, yo...

—Laura, ¿acaso crees que no me he dado cuenta? ¿Piensas que no sé que ayer tuviste sexo con él?

—Pero... —Volvió a cortarme.

—Tus ojos se vuelven de un azul oscuro cuando practicas sexo, y ayer, al venir a buscarte, los tenías así. Cuando vi a aquel tipo al otro lado de la acera y cómo te miraba...

—Yo —suspiré—, lo siento.

—¿Lo quieres?

—No lo sé.

—¿Quieres estar conmigo?

—Sí —respondí de inmediato, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Y con él?

—No lo sé. —Me levanté de la silla—. Él y yo... Lo que tuvimos fue algo que me dio tanto como yo me quité.

—Estás enamorada de él.

—Sasha, de verdad que...

Eché de golpe la silla en la que reposaba para atrás, dejándola caer, para abalanzarse sobre mí. Me agarró la cara con las dos manos para besarme con desesperación; lo acepté sin remilgos, enroscando mis piernas en su cintura. Me sujetó lo suficiente como para dejarme en la encimera. Le quité la camiseta, él me desprendió de los *shorts* con los que había dormido y, sin muchos miramientos, entró en mí. Sus manos me toqueteaban con ansiedad, su boca me poseía con anhelo. Mis manos se agarraban con fuerza al mármol, aguantando sus empujones; lo sentía muy dentro de mí. Eché la cabeza hacia atrás cuando sentí sus dientes en uno de mis pezones, lo mordió con fuerza. No me dolía, me excitaba...

—Sasha —suspiré, reconociendo que mi orgasmo estaba a punto de llegar.

—Hazlo, córrete para mí. Por mí...

Y así, sin pensarlo mucho más, una corriente eléctrica recorrió mi columna vertebral. Sasha se movió con un poco más de fuerza y, justo en el momento en el que se iba a correr, salió de mí y lo hizo en mi vientre. Su semen recorrió un camino de descenso desde mi ombligo hasta la ingle... No habíamos usado protección.

—Lo siento, no pensé mucho —se justificó.

—Yo tampoco lo he hecho, pero quiero que sepas que no lo hago con nadie a pelo. No creo que tenga nada. —Vaya puta mierda de conversación que estábamos manteniendo.

—Tengo que irme —dijo fríamente.

—Tomo la píldora. —Yo continuaba con mi soliloquio mientras cogía papel de cocina para limpiarme.

Pude ver cómo Sasha se subía la bragueta, recogía la camiseta del suelo, se la ponía para marcharse al salón en busca de su chaqueta y las llaves del coche y se iba sin decir adiós.

Y ahí estaba yo, en la encimera, con las piernas abiertas y sintiéndome una gilipollas.

«¿Qué mierda ha pasado en mi vida?»

14

Llevaba una semana sin saber nada de Aleksandr ni de Laurent, y me estaba volviendo completamente loca. Sí, completamente tarumba, porque no podía pensar con claridad.

No se habían puesto en contacto conmigo ni yo con ellos. Eso era algo así como «a ver quién los tiene mejor puestos». Aunque la realidad era más de «qué mierda hago con mi vida». Desgraciadamente, ninguna de las dos cosas me iba bien en ese momento y todo lo acababa solucionando con el trabajo. Una semana entera absorta en un caso tras otro y estudiando a fondo. Así que, entre divorcios, intentaba pasar mi anodina vida.

—Jueza —mi secretario abrió la puerta y levanté la mirada—, tiene una visita. ¿Está libre?

—Depende. —Me quité las gafas un segundo para darme un ligero masaje en el puente de la nariz.

—Pues no va a quedarte más remedio, es de la Audiencia Provincial.

—Hazle pasar, claro. —Volví a ponerme las gafas en su sitio.

—Buenos días, jueza. —Una mujer pasó a mi despacho, con tres cajas de documentación en un carrito.

—Buenos días, siéntese...

Si yo pensaba que mi vida ya era una verdadera ruina, sólo podían venir los de instancias superiores a jodérmela más. Aquella misma tarde debía tener una primera vista de un caso que me había caído en las manos porque el juez que lo llevaba acababa de ser inhabilitado. Sí, cosas de la justicia y la maravillosa legalidad que hacen que se repartan algunos casos aleatoriamente.

¿Tiempo para poder estudiarlo y ver pruebas? Ninguno; sólo me quedaba la opción de, en la misma vista, anunciar un aplazamiento para poder leer todos los documentos que me habían entregado, para que me diera tiempo para pedir más datos o lo que fuera preciso.

Levanté el teléfono.

—Sergio, necesito que no se me moleste. Me da igual quién sea, me ha caído un marrón gordo para esta tarde.

—¿Juicio *marroning*? —bajó la voz—. ¿Esta tarde tenemos vista?

—Sí, pero voy a ver de qué manera lo aplazo para que me dé más tiempo para poder estudiarlo.

—¿De qué se trata? —preguntó preocupado.

—Trata de blancas, abuso sexual, proxenetismo... Un puto marrón. —Finalicé colgando el teléfono e intentando entender algo de todo el batiburrillo de expedientes que debía analizar.

Miré el reloj; quedaba sólo una hora para la vista previa y sólo había sido capaz de echarle un vistazo a una de las cajas, repleta de informes y documentos. El juez inhabilitado no había dejado notas; era como si ni siquiera le hubiera interesado tratar el tema.

Levanté mi cuerpo serrano de la silla para encaminarme a la cafetería frente al juzgado a comer un sándwich o lo que fuera que quedara, puesto que no había tomado nada en todo el día.

No tardé más de quince minutos y, al regresar de nuevo al despacho para coger la poca documentación que había podido reunir con algo de lógica, choqué de pronto contra un cuerpo.

—Lo siento —balbuceé.

—¿Laura? —Oí la voz de Laurent.

—Laurent, ¿qué haces aquí? —solté incrédula.

—Tengo que ir a testificar por un problema de tráfico, un accidente...

—He de volver a mi despacho. ¿Me acompañas?

—¿Trabajas aquí?

—Soy jueza. Cuando me conociste estaba estudiando la oposición.

—Lucía me dijo que eras jueza, pero no que estabas en este juzgado.

—Ven, acompáñame. —Caminé rápido para entrar en mi despacho; no entendía qué hacía allí.

Abrí la puerta y rodeé la mesa para sentarme; cogí las gafas y me las puse antes de cerrar las carpetas que tenía abiertas sobre el escritorio. No me interesaba que viera nada de aquel caso.

—¿Y bien? —dije poniendo los codos sobre la mesa y apoyando la cabeza entre las manos.

—No sabía que llevabas gafas —cerró la puerta tras de sí—; estás preciosa.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. —Me salía ser un poco borde.

—Soy una persona con recursos.

—¿Tantos como para desaparecer y no volver a saber nada de ti? —Me eché para atrás en la silla mientras Laurent se acercaba a la mesa.

—Tú tampoco me llamaste —se defendió.

—¿Quieres que me defienda? —Ví cómo cogía una de las sillas y se sentaba enfrente de mí.

—No, pero pensé que quizá algo había cambiado entre nosotros.

—Pensé que te ibas a quedar para siempre. —Le lancé un órdago.

—Me dijiste que me echarías —puso sus brazos y manos en tensión— y te vi con él. Lo dejaste claro.

—¿A qué ha venido esto? —Lo miré a los ojos.

—Quiero saber lo que sientes por mí —sentenció Laurent.

—¿Has podido descubrirlo con esta conversación?

Se levantó de la silla y rodeó la mesa para ponerse a mi lado. Sentí sus manos en mis brazos, levantándose de repente para ponerme delante de él.

No me dio tiempo a pensar en nada o intentar frenar lo que inmediatamente sucedió, pues sus labios se unieron a los míos. Me besó con necesidad.

Sentí cómo todo mi cuerpo comenzaba a responder a sus acometidas. Mis manos, que hacía un momento estaban inmóviles por la sorpresa de su ataque, cobraron vida propia, subiendo a sujetar su rostro para intensificar el beso que nos mantenía unidos.

—Vamos dentro. —Lo llevé al cuarto de baño de mi despacho.

—¿Aquí? —Alzó una ceja, asombrado.

—¿Por qué no? —Sonreí pícara.

—Va a tener que ser muy rápido, tengo que testificar —se justificó Laurent.

—Yo tengo un juicio en media hora —lo tranquilicé.

—Creo que podremos hacer algo...

—Te he echado de menos. —Cerré la puerta del baño.

—No hay quien te entienda, Laura...

Veinte minutos más tarde, Laurent salía por la puerta de mi despacho con la promesa de vernos pronto. Y probablemente, en cuanto saliera del juicio, lo llamaría; tenía ganas de hablar con él y quizá, sólo quizá, darle una oportunidad. En realidad, dármela a mí.

—Jueza —mi secretario llamó por teléfono—, cinco minutos para comenzar. Ya te están esperando.

—Voy —respondí poniéndome la toga y cogiendo la carpeta con la información necesaria para aplazar el juicio a otra fecha.

Cogí aire; estas «putadas» me gustan poco, porque se te queda cara de idiota al ver que todas las partes están presentes y que es el juez el que necesita más tiempo para estudiar todas las pruebas y, si es necesario, solicitar alguna más.

Abrí la puerta, entré en la sala y me dirigí a mi silla. Dejé la documentación en la mesa y me dispuse a mirar al acusado... Mi boca se secó de inmediato; una opresión se cernió en la boca de mi estómago y sentí que comenzaba a hiperventilar. La sala comenzó a hacerse cada vez más pequeña, se movía muy rápido y yo sólo podía ver oscuridad.

—Laura. Laura... ¿Estás bien? —Oí la voz de Sergio, de fondo.

—¿Qué ha pasado? —Intenté incorporarme de donde fuera que estuviese.

—No te levantes, has sufrido un vahído.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Laura, te caíste antes de comenzar el juicio...

Y en ese momento lo recordé todo.

Entré en la sala y, justo frente a mí, estaba Laurent: era el acusado por proxenetismo, trata de blancas y abusos sexuales, como propietario de una empresa de eventos. Él era Etienne L. Germain, la ele mayúscula era de Laurent, el hombre que se dedicaba a traficar con mujeres y a agredirlas

sexualmente para que accedieran a todos los deseos de sus clientes. La fiesta a la que fui... las mujeres que se dejaban poseer por aquellos hombres...

Volví a marearme.

—No te levantes y bebe un poco de agua. —Sergio me ofreció un vaso—. Ha sido por el tipo que viste antes de la vista oral, ¿verdad? Es el acusado.

No le hice ni caso y me dirigí a una de las cajas que no había tenido tiempo de mirar. Saqué una carpeta clasificada, llena de fotografías. No había ningún género de duda: él aparecía en todas y en cada una de ellas: hablando con una u otra chica u otra distinta en una cafetería; entrando con ellas en una mansión... y otras más dejaban claro lo que hacía.

«¿Por qué no abrí esa puñetera caja antes? ¿Por qué?»

—Sergio. —Le enseñé las imágenes—. Él era mí, es mí...

—Pero ¿tú no estabas con el ruso? —Se bebió él el agua, fingiendo un falso acaloramiento—. Tu vida sentimental da para un libro, querida.

—Es que no estoy con ninguno y estoy con los dos.

—Esto me lo tienes que explicar, pero no aquí, ni con un juicio de por medio.

—No puedo volver a la sala así —sentencié, llevándome las manos a la cabeza.

—Tranquila, lo aplazaremos a la semana que viene y así podrás tomar una decisión justa.

—¿Justa? Sergio, este hombre no puede ser lo que dicen los documentos. Es imposible que sea un proxeneta, un... No puede ser. —Negaba la evidencia.

—Pues delega el caso o tendrás muchas probabilidades de que te acusen de prevaricación.

—Esto es una puta mierda, Sergio, una puta mierda. —Las lágrimas comenzaron a asomar sin reparo a mis ojos.

—Laura, vete a casa. Será mejor que descanses y así mañana tendrás más claro qué debes hacer.

—Lo que sé es que no puedo prevaricar por amor —sentencié antes de que mis ojos se anegaran de lágrimas.

—¿Estás enamorada de él?

—Hasta lo más profundo de mi corazón. —Al fin fui capaz de decirlo en alto.

—¿Y tu ruso? —Se acercó a abrazarme.

—No lo sé. —Lo abracé con fuerza—. No lo sé.

15

Me marché antes de tiempo del juzgado. No hablé con nadie más sobre el asunto y le pedí máxima discreción a Sergio. Tenía que tomar una decisión lo antes posible con respecto al juicio y, lo más importante, tomarla con respecto a Laurent y su implicación en todo ese caso.

Sólo cuando finalmente era capaz de darme cuenta de que había sido siempre él quien había estado en mi mente, ocurría eso. Volvía a abrirme en canal por un hombre y éste me mentía con respecto a su vida. El primero, casado y con hijos, y éste, un hijo de puta traficante de mujeres. Pero ¿por qué no era capaz de entregárselo todo a Sasha? ¿Por qué no era capaz de olvidar a Laurent? ¿Qué mierda había hecho en la vida para no poder ser feliz?

De repente llamaron a la puerta de casa. No sonaba el timbre, golpeaban la madera.

—¿Quién es? —pregunté.

—Laura, soy yo. Ábreme, por favor. —Laurent suplicaba desde el otro lado.

—Vete, no podemos vernos ni estar juntos. Te lo ruego...

—Ábreme, por favor —apoyó su cabeza contra la puerta—, necesito explicarme.

—No sé por qué voy a hacer esto —dije a la par que abría, dejándolo pasar.

—Laura...

—Sólo por estar hablando ahora mismo contigo podrían inhabilitarme —lo corté —, así que espero que lo que me cuentes tenga sentido. Porque esta tarde, al vernos, no me has dicho nada. Sabías que iba a ser la jueza de tu caso y ¿qué? ¡Ah! Venías a echar el último polvo antes de que te metieran en la cárcel, ¿no? —Sabía que estaba siendo excesivamente dura, pero se lo merecía—. Y, claro, como ya estás acostumbrado a follarte a mujeres por la fuerza, venías a, ¿qué?, a joderme a mí con otra sarta de mentiras.

—Laura, eso no es así...

—¿No? —Puse el dedo índice en su pecho—. ¿Entonces qué es? ¿Toda una mentira para volver a verme? Eres un hijo de puta que esclaviza a mujeres libres. ¡Un puto cerdo!

—No soy un proxeneta, ni me dedico a la trata de blancas. Nunca he dejado que entre ninguna prostituta en mis fiestas. Todo esto ha sido una encerrona de alguien que me quiere hundir la vida. Alguien que quiere mi negocio. —Bajó la mirada al suelo—. Yo nunca forzaría a una mujer, ni provocaría o dejaría que otros lo hicieran.

—Pues los papeles que tengo encima de la mesa de mi despacho dicen exactamente lo contrario,

y para qué hablar de las fotografías... Apareces, entre otras, con una de las que te han denunciado. ¡Cerdo! ¡Hijo de...! —Me mordí la lengua para no volver a insultarlo.

—Te voy a pedir una cosa, sólo una, y es que creas en mí. —Cogió la mano con la que lo señalaba y se la acercó a los labios para besarla. Yo la aparté inmediatamente.

—No lo hagas —lo reté a que no volviera a tocarme.

—Laura, no soy el tipo de persona que van a juzgar. Nunca he traficado con mujeres y, sí, en mis fiestas sé que a veces se cuelan prostitutas. En las mías y en muchas otras de alto *standing*. No lo apruebo, no lo justifico, intento evitarlo, pero, si un invitado trae pareja, yo no puedo pedirles el libro de familia —caminó hacia el salón y lo seguí—... y muchos de esos tipos traen a esas mujeres para hacer con ellas lo que no se atreverían a hacer nunca con su pareja oficial.

—Es asqueroso —escupí por la boca.

—El hecho no es que sea o no asqueroso si se trata de una transacción libre entre dos personas adultas. El problema está en que no sólo me quieren tachar de proxeneta de ésta y otras chicas, que no lo soy, sino que, además, dicen que a una de ellas la violaron justo en el evento que organicé antes del de Madrid.

—También lo sé. —Miraba recelosa, sin creer por completo su relato—. No te olvides de quién juzga el caso. Pero todo esto que me estás contando no me sirve de nada.

—Te servirá si te digo que investigues a una persona. Es quien que se dedica a introducir a las prostitutas en mis eventos; esa misma rata ha sido la que ha coaccionado a esta chica para que me acuse... y sí que la violentaron, pero no sexualmente: la pegaron para que contara todas esas mentiras sobre mí, porque tiene pánico a decir la verdad. De ahí que la vieras en algunas fotos conmigo, vino a pedirme ayuda. Estaba procurando sacarla de ese mundo, tenía miedo. Tiene miedo...

—Me suena a película de espías. Demasiado raro para que sea cierto. —Laurent se sentó en el sofá y me pidió que lo acompañara. Accedí.

—Laura —respiró—. Esta empresa me vino dada; yo no pensé nunca en montar un tipo de negocio como éste, pero me lo dejó en herencia mi padre... un hombre al que hacía más de diez años que no veía. Al fallecer y dejármela, pedí ayuda a un exsocio suyo que pretendía quedarse con todo. Yo, en ese momento, no sabía nada, no tenía ni idea de que mi padre ya le había echado de la sociedad por pegar y violentar a mujeres para que las fiestas fueran más animadas. Aquel tipo me engañó. Ciertamente es que me enseñó a manejar el dinero, las cuentas y todo lo que parece legal; desgraciadamente fue demasiado tarde cuando quise deshacerme de él. Me metí en un ambiente sórdido que ahora estoy sufriendo, a pesar de que logré pararlo a tiempo. El mundo del sexo es sucio, oscuro y peligroso. Aquel tipo me ha preparado una encerrona de las grandes enviándome a aquella chiquilla, asustada gracias a él. Él si la agredió varias veces y la obligó a ir a algunas fiestas, forzándola a hacer cosas que no quería, como estar con varios hombres o mujeres. Laura, yo no tengo nada que ver en eso. No soy un proxeneta, no abuso de mujeres. Por dedicarme a esto, deje la música, dejé mi vida... —Se llevó las manos a la cara.

—Vas a ir a la cárcel, Laurent —suspiré sentada a su lado—; las pruebas son contundentes. No puedo hacer nada por ti.

—Investiga por mí, por favor. —Me cogió de las manos, mirándome fijamente a los ojos.

—No me pidas esto, Laurent. No me pidas esto. —Comencé a respirar rápidamente.

—Soy inocente. Te juro que yo nunca he hecho nada ilegal, nunca he tocado a una mujer que no haya querido, y en mis eventos contrato a mucha seguridad para velar por todos los presentes. Nunca ha pasado nada en ninguna fiesta que yo haya organizado, lo juro.

—¿Y qué quieres que haga yo? —me quejé en alto—. No puedo mantenerme en el juicio, no puedo juzgar el caso. Si alguien se entera de que estamos juntos, de que tú y yo somos...

—¿Somos? —Laurent abrió los ojos de par en par—. ¿Consideras que somos algo? ¿Y...?

—Pensé que esta tarde, antes del juicio, había quedado claro. Pero ahora no sé qué pensar. No sé qué creer. Ni siquiera tuviste el valor de decirme nada. Ni siquiera sabía ni tu nombre completo, ni tu apellido. ¡Joder! Y además está Sasha...

—¿Sigues con él?

Me levanté del sofá como un resorte. No tenía ni puñetera idea de con quién estaba y con quién no. Sasha llevaba dos semanas sin dar señales de vida y, cuando acababa de decidirme, el destino volvía a joderme.

—Laurent, será mejor que te marches.

—Me gustaría... —Se levantó, se acercó a mí y me acarició el rostro.

—Vete —me alejé, dolida conmigo misma—. Necesito pensar, necesito saber qué es lo que voy a hacer, y tú no debes estar presente.

—Pero... —replicó.

—Laurent, no pueden vernos juntos. No pueden relacionarnos si quieres que yo tome una decisión ecuánime, sea cual sea. Si decido investigar, no puedo verte. Si decido juzgarte, no puedo verte... No puedo.

—¿Esto es un adiós entonces?

—Me gustaría que fuera un hasta luego, pero no lo sé. —Lo miré a punto de que mis lágrimas comenzaran a caer sin remedio.

—Es una mierda, ¿no? —Sus ojos también estaban enrojecidos.

—Lo es, y ahora mismo querría hacerte el amor hasta el amanecer. —Lloraba, mirándolo—. Pero sí, es una mierda.

—Te quiero. Lo sabes, ¿no? —No asentí ni negué, mientras sus lágrimas también caían por su cara.

—Adiós, Laurent. —Abrí la puerta de casa para que se fuera, aun a sabiendas de que era muy posible que nunca más volviera a verlo. Cuando sonó el clic que indicó que la puerta ya se había cerrado, no pude más que ponerme a llorar, sujetándome el cuerpo. ¿Qué coño iba a hacer?

Miré el reloj del móvil; no sabía el tiempo que llevaba en el sofá llorando y compadeciendo mi puñetera suerte con el amor. ¿Cómo se empeñaba el destino en fastidiarme la vida? ¿Cómo podría volver a rehacerme?

En ese instante entró una llamada en el dispositivo. «Aleksandr Vodjanov», ponía en la pantalla.

«Y ahora, él.»

Aparté el teléfono, lanzándolo lejos de mí, al otro lado del sofá. Sí, no se me ocurrió tirarlo contra la pared, ni siquiera ir corriendo al baño y tirarlo por el retrete; sólo lo alejé, al otro lado, hasta que esa odiosa melodía dejara de sonar.

No tuve que esperar mucho, terminó pronto para dar paso a los pitidos del consabido mensaje que sabía que vendría después. Alargué la mano, la curiosidad...

Estoy abajo, ¿puedo subir?

Leí una y otra vez aquel simple wasap.

Acababa de decir adiós al que probablemente había sido el amor de mi vida y que me ha sido arrebatado, aun a pesar de ser consciente de que la única culpable de estar así había sido yo. Y abajo estaba el hombre al que, de nuevo yo, le di una oportunidad de entrar en mi vida y en ese momento... ¿Y en ese momento qué, si estaba hecha una puta mierda? ¿Qué coño sentía por él?

Le mandé un mensaje alentándolo a que subiera. Y eso fue lo que hizo, pero yo ni siquiera pensé en las consecuencias de la decisión que en ese mismo instante acababa de tomar. Dicen que las decisiones no se deben tomar en caliente, y yo de eso sabía un poco, pero estaba cansada de llorar, de compadecerme, y sólo necesitaba sentir; necesitaba sentirme querida, deseada, tal vez amada...

Apagué las luces de casa, pues no tenía ganas de dar explicaciones por la cara y los ojos hinchados; una simple luz auxiliar que salía por la puerta del salón iluminaba lo suficiente como para no estar a oscuras. De fondo, por lo que llegaba de la ventana del patio interior, alguien escuchaba a Sarah McLachlan y pensé de nuevo en lo puñetero que era el destino al oír que la letra versaba sobre la necesidad de estar entre los brazos de un ángel...

Abrí la puerta antes de que Sasha tocara el timbre.

—Laura. —Trato de hablar, pero no lo dejé. Agarré su cabeza para acercarla a la mía y besarlo; no quería oír su voz.

—Sasha, necesito... —Cerró la puerta tras de sí con el pie, a la par que sus manos se movían diestras por mi cuerpo para amarrarme de la cintura.

—Lo siento, siento haberme ido de la manera...

—Shhhhh —Volví a besarlo mientras me deshacía de su chaqueta, le desabrochaba la corbata y le sacaba a trompicones la camisa, dejando así un reguero de ropa mientras lo obligaba a ir a mi habitación.

Yo misma me quité la camiseta que llevaba puesta, así como los pantalones de chándal que la acompañaban. Sólo llevaba un tanga puesto y, al verme así, Sasha se deshizo del cinturón y del pantalón de traje que llevaba.

Me cogió en volandas y me posó en la cama, mirándome por primera vez con intensidad a los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Su expresión cambió de inmediato.

—Sasha, no quiero hablar. Por favor —le acaricié la nuca—, hazme olvidar.

Se desnudó por completo y, sin preguntarme más, se tumbó encima de mí. Me acarició de arriba abajo con la yema de los dedos; su lengua se paseó por los rincones más escondidos de mi piel y sus

labios devoraron mi cuerpo, sin tregua. Nunca me había tratado con esa delicadeza en la cama, siempre había sido como un lobo hambriento seguro de sus sutiles movimientos.

—Déjate querer, mi pequeña Ninotchka —me susurró mientras me quitaba la única prenda que nos separaba, mi tanga—, deja que yo te cuide.

Y, despacio, entró en mí. Se meció con calma dentro de mi cuerpo, como si una leve caricia de viento me acunara. Lo sentí hondo, fuertemente amarrado a mi piel, pero a la vez cuidando de mi alma. Me estaba rompiendo... Sasha, con lo que hacía, me descomponía, y las lágrimas desconsoladas comenzaron a caer de mis ojos sin contemplación, a la vez que un orgasmo desgarrador luchaba por escapar de mi cuerpo.

Lo hice, me corrí, y fue lo más extraño que nunca me había ocurrido, pues inmediatamente después comencé a llorar como un niño pequeño al que le arrebatan su juguete favorito. Y me hice una bola. Y Sasha me cobijó, besándome una y otra vez en la sien, susurrándome suaves palabras en ruso que no entendí.

16

Me dormí en los brazos de Sasha, de eso era de lo único que estaba segura, ya que al abrir los ojos no podía ni pensar, por el dolor tan horroroso de cabeza que tenía. Miedo me daba levantarme y posar mi mirada en un espejo; pánico.

—Buenos días, preciosa. —Sonreí por dentro al percibir las eses líquidas de su pronunciación, pero tenía que disculparme.

—Sasha, yo...

—Cuéntamelo cuando estés preparada. Aún es pronto, descansa. —Y llevó mi cuerpo contra su pecho, así, sin más.

Y así, sin más, no volvimos a hablar nunca más de aquella noche. Se quedó como un mal recuerdo en nuestra memoria, pero yo no estaba bien. Lo intentaba, pero sabía que había una parte de mí que estaba rota en pedazos y que no era capaz de reconstruir por más que hiciera el esfuerzo. La ignoraba, no la tomaba en consideración y hacía todo lo posible por olvidar... Conseguí aplazar el juicio durante dos meses, utilizando varios subterfugios legales, pero iba a ser honesta: pediría que el caso lo llevara otro juez. Sabía que no sería capaz de ser imparcial, y podría acabar incurriendo en un delito de prevaricación.

Lo que sí tenía claro era que no pararía hasta encontrar la verdad. La documentación estaba clara, era culpable, pero había algo dentro de mí que me decía todo lo contrario. Ese pedazo creía la historia de Laurent. Él no era ese hombre que aparecía descrito en los papeles, él no era un proxeneta, ni abusaba de nadie, ni traficaba con seres humanos, y, aun a pesar de que no volvería a verlo, pensaba llegar hasta el fondo de ese asunto para ayudarlo. No podía entrar en la cárcel, no podía ser cierto.

17

Desde aquella noche, la olvidada, llevábamos juntos un mes y Sasha casi se había mudado a mi apartamento; yo nunca me iría a vivir a su casa, tan impersonal. Admito que para mí resultaba mucho más fácil estar en mi terreno, en mi territorio, con toda la documentación que precisaba a mano para reunir las pruebas que demostrarían la inocencia de Laurent. Me estaba volviendo loca, obsesiva; no dejaba de indagar por todas partes, pero sólo encontraba puertas cerradas. Necesitaba hacerlo de otra manera y eso me estaba quitando el sueño, el hambre y casi la vida...

Me levanté de la cama para beber un vaso de agua; la oscuridad era total y no podía dormir.

Abrí la puerta de la cocina del apartamento, extrañamente decorado con un gusto increíble, comparándolo con su horrorosa casa, y me serví agua. Llevábamos tres días en San Petersburgo. Sasha insistió demasiado como para negarme, pues quería llevarme a conocer la ciudad que lo vio crecer y la verdad es que había merecido la pena. Caminamos sin descanso de un lugar a otro, pasamos una mañana entera en el museo del Hermitage, me llevó a un concierto de música clásica de Korsakov y conocí una faceta de Aleksandr que me sorprendió muy positivamente.

Agarré el vaso y me lo llevé a la isla central de la cocina, para luego sentarme en una banqueta alta; bebí despacio, mirando las espectaculares vistas del río Nevá. Aquella misma noche habíamos cenado con unos amigos de Sasha en esa casa y jugamos entre las dos parejas. No, no me sentí mal; al contrario, creo que fue más un pasatiempo de provocación que otra cosa. Sólo estuve con él, sólo él me penetró, pero me turbaba aquel tipo de relación tan extrañamente abierta que manteníamos.

—¿Estás bien? —Oí su voz a mi espalda.

—Sí, tenía sed y... —Encogí los hombros a la vez que le mostraba el vaso de agua.

—Me he despertado al no sentir tu calor en la cama. ¿Todo bien? ¿Hay algo que te molestara de esta tarde? ¿No querías ese tipo de encuentro?

—Tranquilo, Sasha. No es la primera vez que lo hacemos, ¿no? —Él sonrió de medio lado de forma condescendiente, pero sabía que me sucedía algo.

—No me gustaría que hicieras algo que no te gustara, nunca, Ninotchka —me abrazó por detrás—, ni que te incomodara. Y mucho menos que te violentase.

—Aleksandr. —Me puse seria.

—Sólo dices mi nombre completo cuando te enfadas —besó mi cuello— o cuando vas a correrte, y ahora no sucede ninguna de las dos cosas.

—Tengo una falta. —Ala, ya lo había soltado.

—No comprendo qué quieres decir. —Se dio la vuelta, sin soltar mi cintura, para mirarme de frente.

—Por Dios, Sasha, no es tan difícil de entender. —Me separé de él al bajarme de la banqueta—. No me ha bajado la regla —a partir de ahí se puso en marcha mi máquina de hablar—, pero no te preocupes: en cuanto lleguemos, en un par de días, a España, me haré las pruebas y, si estoy embarazada, me encargaré de todo. No quiero que te preocupes por nada, sobre todo teniendo en cuenta que no sé si...

—Ninotchka, relájate —acarició mi cara con sus manos—; no es lo más adecuado para nosotros en este momento, pero, si estás encinta, bienvenido sea. —Me besó para, a continuación, abrazarme.

Lo que él no sabía era que había cortado mi frase justo en el momento en el que iba a decirle que no sabía quién era el padre, él o Laurent; estuve con los dos ese mismo día, y sin protección, pues con Laurent, en la ducha, se nos fue de las manos... Debió de fallar la píldora.

«¡¡¡Gilipollas!!!», acabé gritándome mentalmente.

Y ahí estaba yo, en una farmacia, comprando el dichoso dispositivo para saber si estaba o no preñada.

Hacía ya cinco días que habíamos regresado de Rusia y Sasha se había comportado como un verdadero amor conmigo desde el momento en el que supo que podía estar esperando un bebé, él pensaba que suyo. Me cuidó como ningún hombre lo había hecho jamás; me llenó de caprichos que no necesitaba, de caricias que no había pedido y de miradas llenas de cariño que nunca le devolví. Sí, porque, por más que lo intentara, Laurent no dejaba de aparecer una y otra vez en mi mente. Renuncié al caso; me inventé una patraña absurda con tal de no decir la verdad, posible prevaricación. Posible, no: estaba segura de que no hubiese sido capaz de meterlo en la cárcel a pesar de todos los jodidos indicios, pruebas y documentos.

—Buenas tardes, ¿qué desea, señora? ¿Señora? —Me sacó de mi ensoñación la farmacéutica.

—Sí, perdón. ¿Me podría dar un test de embarazo?

—¡Embarazo! —Oí una voz a mi espalda que me hizo cerrar los ojos de vergüenza.

—Hola, Amparo —la saludé al tiempo que pensaba si esgrimir la peregrina excusa de «no es para mí».

—¿Puedes explicarme esto? —Me miró con cara de asombro.

—¿Quieres bajar la voz? Ya es suficiente con que tú lo sepas como para que se entere todo el mundo.

—Hija, es que podrías haberte ido a otra farmacia y no a la que está justo al lado del juzgado —me recriminó.

—Tienes razón —Pagué a la farmacéutica y me giré para irme.

—¿Adónde vas sin mí? —Amparo me siguió.

—¿Tú no pretendías comprar algo?

—Puede esperar, sólo quería unos caramelos de esos que suavizan la garganta. —Me cogió del brazo y soltó—: Así que, perlita, vamos a tomar un café, que te vendrá bien para tener pis, y me lo cuentas todo de pe a pa.

Y así lo hicimos. Entre café, lágrimas, sorbos y llantinas, acabé contándole toda la historia, sin los momentos más escabrosos, a Amparo, que me miraba con la boca abierta y sin soltarme las manos.

—No sé qué decirte, cielo. —Me pasó otro pañuelo para que me secara de nuevo las lágrimas—. No soy tu madre, ni edad tengo para serlo, pero echarte la bronca por no usar protección no sirve ya de nada, si estás encinta. Pero, a ver, si lo estás... vas a tener un buen lío en la cabeza. Si hablas, puedes perder a Sasha, sea o no su hijo, y si no hablas, puedes volverte loca.

—Amparo... —empecé a protestar.

—Espera —cogió aire para continuar—. Como te conozco, sé que vas a hablar de todas maneras. Te diré una cosa, sólo una: piensa realmente qué es lo que quieres, a quién quieres y lo que tu corazón te dice.

—Es que no dejo de...

—Pensar en el jovencito surfero reconvertido a proxeneta. —Acarició mi rostro en ese instante.

—No creo que él sea eso que indican las pruebas. —Volví a ponerme a llorar como una Magdalena—. Amparo, no hago más que buscar información, iniciar nuevas líneas de investigación que justifiquen que no lo es. Me voy a volver tarumba, estoy perdiendo el juicio.

—Eso es amor, cariño, por mucho que te duela aceptarlo. Estás enamorada de él hasta el corvejón.

—¿Y Sasha? De él podría enamorarme.

—No has podido, cariño —me miró con mucha verdad en los ojos—; no te puedes enamorar de alguien cuando ya estás enamorado.

—Amparo ¿qué voy a hacer? —demandé, mirando la bolsa de la farmacia y el paquete de clínex gastado.

—Ser sincera contigo misma. Y después, tú verás, porque estás metiéndote en un terreno peligroso para ti. Hiciste muy bien inhibiéndote de ese caso; habrías puesto en juego tu trabajo por un hombre del que estás enamorada y, si esto se hubiese sabido, te habrían echado del juzgado... pero eso de que estés indagando por tu cuenta puede ser peligroso, y puede traerte problemas, Laura; ten cuidado.

—No puedo abandonarlo, Amparo, necesita ayuda. Él solo...

—Laura, tú no eres su salvadora.

—Pero podría serlo, debo serlo...

—Vete a casa y piensa en ti.

Ser sincera...

Desde que aquel cabronazo de mi exnovio casado me hiciera tanto daño, nunca había podido sincerarme conmigo misma. Jamás, desde entonces, había querido mirar dentro de mi corazón para poner en orden todos mis sentimientos. Era mucho más fácil llegar, ver y vencer; así, a la mañana siguiente, lo único que tenía que decir era un «adiós, ha sido un placer». Pero Laurent rompió todos mis esquemas y tuve que salir corriendo; me hizo pensar demasiado y no quise volver a enamorarme. Lo que no sabía era que, desde el momento en el que salí huyendo de sus brazos, ya estaba colada por él. Lo más parecido que había tenido a aquello lo experimenté con Sasha, pero él había entrado en mi vida de manera atropellada. «¿Por qué una no podrá enamorarse de quien quiere? ¿Por qué...?»

Volví a llorar como una boba con el test de embarazo en una mano y el móvil en la otra. Sentía una congoja indescriptible, y no ya por el hecho de estar o no encinta, sino porque tenía que decidir si contárselo todo a Sasha antes o después de hacerme la prueba. Él se merecía algo más de lo que yo le estaba ofreciendo, pero ¿cómo podía decirle todo lo que había pasado?, ¿cómo sería capaz de explicarle que aún amaba a Laurent?, ¿cómo podría asumir que, si no hubiera pasado lo del juicio, nunca habríamos ido a San Petersburgo ni afianzado nuestra relación? ¿Cómo explicarle que Laurent estaba acusado por proxenetismo, abuso y trata de blancas y yo estaba intentando ayudarlo para que lo declararan inocente, a pesar de que todas mis indagaciones y peticiones me llevaban a creerlo culpable, además del desquiciante tiempo que estaba perdiendo para que no fuera condenado?

No me hizo falta tomar la decisión, abrió la puerta con su propia llave.

—Laura. —Oí su voz.

—Aquí, en mi despacho —le indiqué, asustada.

Entró en él y, al verme con el test en la mano, se acercó temeroso. Sentí su mano sobre mi hombro y, con suavidad, me preguntó:

—¿Sabemos algo ya? —Bajó la mano para acariciarme el brazo y me besó en los labios—. ¿Voy a ser padre?

Lo miré con ojos tristes y eso lo alertó.

—Aleksandr, quiero contarte algo.

—Creo que no me va a gustar, lo veo en tu mirada.

—Quiero que lo sepas todo antes de hacerme el test de embarazo.

—Si me vas a contar que no estás enamorada de mí, eso ya lo sé, mi querida Ninotchka —me sorprendió con su respuesta—. Pero tenía el convencimiento de que con el tiempo...

—Lo siento, Aleksandr, pero las cosas no se pueden forzar... aunque lo he intentado con todas mis fuerzas.

—No te preocupes y te repito que, si estás embarazada, yo estaré ahora y siempre contigo y el bebé para lo que necesitéis.

—Es que... —cogí aire; eso iba a ser muy duro para mí, no quería ni imaginar cómo sería para él —... hay mucho más...

Cuando las lágrimas acabaron de salir por mis ojos, al igual que toda la historia por mi boca, mi cuerpo se venció y caí al suelo sin fuerzas para nada. Sasha sólo se llevaba las manos a la cabeza y negaba una y otra vez. Repetí una y mil veces que lo sentía, que nunca quise engañarlo de esa manera y que me sentía una imbécil, una mala persona; que desde hacía un mes sólo estaba trabajando para poder librar a Laurent del juicio y de la sentencia que se le venía encima.

Pero, cuando pensaba que la situación sólo podría ir a peor, Sasha se levantó de la silla en la que estaba sentado y se acercó a mí, que permanecía en el suelo, y con dulzura me instó a levantarme.

—Ninotchka, las cosas no son siempre como queremos, pero hemos de saber si tenemos que preocuparnos por un bien mayor.

—Sasha —balbuceé entre sus brazos.

—Laura, lo primero es lo primero. —Cogió de la mesa el test de embarazo y me lo ofreció—. Creo que esto sólo puedes hacerlo tú, ¿verdad? —Vi un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Sí, sólo yo —respondí como una idiota.

—Adelante entonces —acarició mi rostro—, no iré a ninguna parte.

«Soy tonta, imbécil, idiota y todos los adjetivos negativos que pueda adjudicarme para describir lo que estoy haciendo con ese hombre, quien, aun a sabiendas de que no estoy enamorada de él, no para de conquistarme. Y ahora... ahora, con lo que puede venírseme encima, sigue a mi lado, no se ha ido... incluso con la duda de que puede que el bebé no sea suyo, y que el otro va a entrar en la cárcel por los enredos en los que lo ha metido un mal socio de su padre.»

Me senté en la taza del váter y comencé a leer las instrucciones. Quitar plástico, quitar tapa y hacer pis encima de la... «Leído; ahora, a proceder.»

Cerré la tapa y esperé.

Lo hice con los ojos cerrados y la cabeza apoyada entre las piernas, sin atreverme a mirar qué iba a ocurrir. «Sólo pueden pasar dos cosas: o estoy embarazada o no lo estoy. Lógica pura. Visto mis pensamientos, a veces tengo la sensación de que me debe de faltar una neurona, por mis elucubraciones, pero es así: cincuenta por ciento de posibilidades. No hay más. Bueno, quizá un falso positivo, pero ya me estoy...»

Unos golpes en la puerta del baño me despertaron de mi delirio.

—Laura, ¿todo bien?

—Sí, sí. ¿Pasa algo?

—Es que llevas veinte minutos ahí dentro y... —dijo Sasha desde el otro lado.

No quería comprobar sola el resultado de la prueba de embarazo y acabé invitándolo a entrar.

—Pasa, aún no la he mirado.

La manilla giró y Sasha entró; no levanté la cabeza, pero sí la mirada. Se había quitado la corbata y la chaqueta, y remangado las mangas de la camisa por debajo de los codos. Alargó la mano para coger el plástico, pero interpose la mía, deteniéndolo.

—No te entiendo —casi susurró.

—Es que no tengo el valor suficiente para verlo sola.

—Pero no pasa nada —me dijo—; si estás embarazada será bonito...

—¿En serio? —le contesté mirándolo con los ojos rojizos por el llanto.

—Déjame, anda. —Tomó el mando de la situación cogiendo el test, pero inmediatamente se le cambió el rostro.

—Estoy embarazada, ¿verdad? —Casi me encogí, sentada en la taza del servicio.

Sasha me dio el dispositivo con la cabeza gacha y, mientras yo me decidía a ver el resultado, su voz sonó triste y profunda.

—Supongo que esto es un adiós.

—Sasha... —musité con voz queda, intuyendo que no había salido positivo.

—Laura, serás feliz, te lo prometo. Me encargaré personalmente de que tengas todo lo que quieres.

Miré el test; era claro, no estaba encinta. Luego levanté la mirada hacia Sasha.

—Supongo que sí que lo es. —Me mantuve en la misma posición, observando cómo salía del cuarto de baño. Percibí cómo removía algunas cosas y cómo dejaba las llaves en algún lugar del salón, y luego la puerta de mi casa se cerró. Justo cuando el golpe se oyó, comencé a temblar sin control. Mi cuerpo no respondía a ninguna de las órdenes que intentaba darle, sólo quería irme al sofá. Cogí el teléfono móvil y marqué el primer número que recordé.

—Hola, Laura, ¿qué pasa? —Sólo pude sollozar—. ¿Laura?

—Amparo —pude farfullar finalmente—. Necesito que vengas a casa...

—Voy, ahora mismo voy...

19

Sabía, visto lo visto, que me había convertido en una mujer obsesiva, y la verdad era que había dejado de preocuparme de mi vida para centrarme en la de los demás. Sí, sólo me había dedicado a trabajar como una condenada y ni siquiera había salido los fines de semana.

Si teníamos que hacer turnos en el juzgado o guardias, allí estaba yo para ofrecerme. Había pasado más de seis meses trabajando sin mirar atrás; no me lo había permitido, no había tenido tiempo, no me había querido flagelar.

Aunque en su momento había tenido el valor de no seguir adelante con el juicio contra Laurent, por falta de objetividad, no podía quitármelo de la cabeza. La causa había vuelto a aplazarse... y yo, cuando tenía algún rato libre, seguía intentando reunir información sobre aquel exsocio del padre del hombre al que amaba.

Ese tipo no era trigo limpio.

Me juré que destaparía toda su mierda. Quizá no pudiera librar a Laurent del juicio, pero sí que iba a ir a por aquel malnacido, aquel violador, aquel hijo de puta que me había jodido la vida. Iba a ser su peor pesadilla, y presentía que quedaba muy poco para que pudiera presentar todas las pruebas.

Su vida en libertad estaría en mis manos.

¿Mi vida sentimental? ¿Eso qué era? Había dejado de salir desde el instante en el que Sasha salió de mi vida. No sabía lo que me había pasado con él, pero lo que sí me había quedado claro era que amaba a Laurent más de lo que nunca hubiera creído. Y me volvía loca no poder contactar con él.

Dos meses, sí, hacía dos meses que no contestaba a las llamadas de Nuria y Lucí; ni siquiera respondía a las de Lourdes, aun sabiendo que me llamaba desde México. Qué puta mierda, en serio.

Me estaba volviendo una ermitaña de manual. «¿Quién me ha visto y quién me ve?» Pero necesitaba mi espacio para poder poner en orden mis pensamientos... y, lo más importante, mis sentimientos. Estaba perdiendo el juicio por segundos, sólo la sed de venganza me hacía seguir adelante.

Todavía estaba intentando desperezarme en la cama cuando oí unos sonoros golpes en la puerta.

No les di mayor importancia; pensé que se trataba de algún miembro de alguna confesión que

quería convencer a una agnóstica de algo, así que me di la vuelta y agarré la almohada para ponérmela encima de la cabeza...

Los golpes no cesaban y, para colmo de males, el móvil comenzó a sonar...

—Idos todos a la mierda —grité en alto, sin saber exactamente qué pasaba, a la par que cogía el teléfono y miraba de quién se trataba—. ¿Quién coño te manda llamarme a esta hora? —solté.

—Anda, güerita, abre la puerta o Lucía está decidida a ir al centro comercial a comprar un martillo hidráulico.

—¿Lourdes? ¿Lucía? ¿Qué coño...?

—¡O abres la puerta o llamo a mi marido! —Distinguí la voz de Nuria.

—¿La policía? —Ésta era Lucía—. ¡Una mierda! A leches abro la puerta de una vez.

—¡Quieto todo el mundo! —La voz de Lourdes serenó el momento—. Querida Laura, ¿haría usted el favor de abrirnos la puerta?

Colgué el móvil y no me quedó más remedio que ir a abrir. Al hacerlo, me encontré de frente con mis tres amigas, que me miraban con cara de pocos amigos.

—¿Y tú qué coño haces aquí? —fue lo primero que salió de mis labios al ver a Lourdes.

—Lo que me sale del potorro —me contestó decidida, tal y como ella era, a la vez que me apartaba y entraba en mi casa seguida de las demás chicas.

—Laura, necesitas salir de este bucle —sentenció Nuria.

—¿En serio? ¿Podéis iros un poquito a la mierda? —Pues sí, eso fue lo que salió de mis labios.

—En la mierda estás tú, corazón. —Lucía me miró con ojos de preocupación.

—Laura, debes hacer algo. —Lourdes me miró, cogiéndome de la mano.

—Lourdes... —fue lo único que salió de mis labios.

—Lo saben todo, cielo, no hay secretos —confesó.

—Me dolió mucho que no me contaras nada —se quejó Nuria.

—Lo siento, chicas, no quise preocuparos. —Bajé la cabeza, avergonzada.

—Me da igual lo que sientas —soltó Lucía—. Lourdes, hazle una maleta. Nuri, métela en la ducha. Operación Cantabria en marcha...

—Pero ¿qué dices? —me quejé.

—Se acabó —soltó Lourdes—; estamos aquí para salvarte de ti misma.

—Vamos, al agua. —Nuria me empujaba en dirección al baño mientras Lucía me acariciaba el antebrazo.

—Cariño, hemos venido todas; necesitas sonreír.

—¿En Cantabria? ¿Es una broma? —medio sonreí socarronamente—. Me niego a descansar y olvidarme de todo con ese marido que tienes.

—Idiota... —exclamó con cara de enamorada.

—Sí, pero lo sabes...

Dos horas más tarde estaba de camino al norte, sin saber por qué y sin preguntar mucho más. Íbamos en el coche de Nuria, ya que Lourdes, desde México, y Lucía, desde Cantabria, habían

venido en avión. Me dio un poco igual, ya que me dejé llevar. No tenía preocupaciones más allá de mi trabajo; todo lo había apartado a base de patadas virtuales y, viendo el día que era, envié un mensaje a Amparo para que me cubriera, para que me echara un buen capote. Su respuesta fue un emoticono sonriente y unas manos haciendo palmas. ¿Qué haría yo sin ella?

Durante el trayecto hablaron sin parar: Lourdes, metiéndose con Nuria por su manera de conducir tan lenta; Lucía, como siempre, ejerciendo de pacificadora, mientras que la acusada las amenazaba con dejarlas en la cuneta.

Sonreí; éramos las de siempre, a pesar de nuestras circunstancias. Prometo que en ese momento intenté olvidarme de todo y formar parte de ellas, pero sólo podía pensar en que aquellas tres chicas que habían sufrido por amor, quizá más que yo, habían tenido su final feliz; su caballero de brillante armadura esperándolas a su regreso. Y allí estaba yo, casi salida de un final digno de cualquier telenovela en la que la protagonista no obtiene la felicidad que tanto ha soñado.

Lucía sonreía a mi lado, sin soltarme de la mano. Lourdes picaba a Nuria, sentada en el asiento del copiloto. Nuria, nerviosa, se colocaba una y otra vez las gafas de sol en el puente, en un intento de serenarse con tal de no darle un manotazo a la morena.

—Laura, todo va a ir bien. —Como si me hubiera leído el pensamiento, Lucía me miraba y sonreía.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —me quejé.

—Porque yo estuve donde has estado tú... y todo salió bien.

—Me encantaría poder creerlo, pero me conformo con que ya no duela tanto. —Me apretó más la mano, sonriendo con cariño.

Llegamos a la posada de Lucía y Rodrigo; allí él nos esperaba con una sonrisa en el rostro. Después de saludar a todas las chicas, se acercó cariñosamente a mí y me susurró:

—Todo va a salir bien, te lo prometo.

—¿Os habéis puesto de acuerdo tu mujer y tú? —Se encogió de hombros y volvió a abrazarme.

—Vamos, chicos —intervino Lourdes—; tengo un hambre que no puedo con mi vida.

—Me apunto. —Nuria sonrió.

—Ohhh, una cerveza helada —comentó Lucía mientras miraba el reloj—, pero antes me voy a por el enano a la guardería. Tardo quince minutos.

Pasamos la tarde juntas, riendo y resguardándonos de la lluvia exterior en el salón de la nueva casa que había diseñado Rodrigo; era mucho más amplia que la anterior, y con varias habitaciones.

Sin poder salir, aquella noche la pasamos riendo y recordando viejas batallas nocturnas libradas en las calles de Madrid. Habíamos sido los cuatro jinetes del Apocalipsis. Quien nos viera entonces...

Me fui a la cama muerta de sueño, y fue la primera vez que, al cerrar los ojos, Morfeo vino a mi encuentro sin retrasos. Se acercó y suavemente me llevó a su reino.

No había dormido tanto en mi vida, pensé al abrir los ojos y darme cuenta de que las sábanas en las que estaba envuelta no eran mías. Di un salto en la cama para incorporarme, intentando saber dónde estaba... y respiré más tranquila al ver que en la cama de mi derecha aún dormía Nuria, y Lourdes estaba en otra cama, a nuestros pies.

Me vestí rápidamente sin hacer mucho ruido; me apetecía bajar a la cocina y prepararme un café antes de que todo el mundo estuviera despierto. Pero estaba equivocada al pensar aquello: Lucía estaba allí preparando un biberón y dejando la cafetera hecha.

—Buenos días, nena —me saludó cogiendo al pequeño, con la intención de pasármelo a mis brazos—, ¿te importaría darle el biberón mientras preparo algo de desayuno?

—Claro que no. —Cogí al crío para darle su desayuno de cereales—. ¿Está Rodrigo trabajando?

—No. En estas fechas la posada está cerrada, pero, de todas formas, ya sabes que todos los días que puede se va al mar.

—Ah... —Había ido a Cantabria para olvidarme de Laurent y la idiota de mí recordó que todo comenzó allí.

—Venga, siéntate y te pongo algo de comer.

En ese instante oímos abrirse la puerta de casa y a Rodrigo charlando animadamente con alguien.

Lucía se tensó, pude verlo en su cara.

—Deja, Laura, ya termino yo de darle el desayuno —me propuso, y agarró al niño. Yo fruncí el ceño.

—Lucía —oímos pasos acercándose—: mira quién ha estado haciendo surf conmigo.

Como si de un gran tsunami se tratara, por la puerta de la cocina apareció Laurent. No sonreía, y ya no llevaba la barba con la que volví a encontrarme con él.

Nos miramos por un segundo, un momento que se me hizo eterno y que, desgraciadamente, no pude digerir, por lo que comencé a respirar cada vez más fuerte.

—Hola. —Oí su suave voz al saludar.

Miré a Lucía, que por momentos se ponía pálida, y luego a Rodrigo, que tenía cara de circunstancias.

Eché de golpe la silla para atrás.

—No esperaba que me hicierais esto. —Salí corriendo de la cocina, apartando de un empujón a Laurent de mi camino. Oía cómo gritaba mi nombre, pero yo sólo quería escapar.

Nuria se cruzó conmigo.

—¿Qué te pasa?

—Las llaves de tu coche —le exigí.

—¿Qué? —Me miró como si estuviera delante de una demente.

—¡Que me des las putas llaves de tu coche! —grité.

—¡Oye, ¿a ti qué te pasa?! —Oí por detrás a Lourdes.

—Las llaves, me voy —sentencié.

—Pero qué coño... —Lourdes fue a replicar algo, cuando de pronto Laurent apareció, intentando detenerme.

—Laura, yo sólo...

—Las llaves. —Ni lo miré, para dirigirme a Nuria, que con cara de circunstancias me alargó las llaves.

—Laura, por favor, déjame...

—Eso, déjame tú a mí. —Dicho esto, salí disparada por la puerta.

¿Qué puta mierda de encerrona había sido ésa? ¿Qué cojones hacían Lucía y Rodrigo metiendo las narices en mi vida? Y las otras dos, ¿sabían algo? Joder, no tenía ni puñetera idea de adónde ir. No llevaba nada: ni el móvil, ni la cartera, ni mi maleta...

Conduje casi dando vueltas para, sin saber cómo, acabar en una pequeña playa en la que, al fondo, se veía una ermita diminuta excavada en una roca, y el mar embravecido chocaba contra el acantilado. Me senté en uno de los bancos, recordando por qué mi subconsciente me hizo llegar a esa playa...

—¿Te marcharás sin despedirte, verdad? —Lo miré acercándome a él y sentándome en sus piernas.

—Nunca se me ocurriría, ¿por qué lo dices? —Puse mis manos en su cuello para sujetarme mejor.

—Tengo el pálpito de que desaparecerás de mi vida.

—Laurent, eres demasiado peliculero —le recriminé, besándolo acto seguido en los labios.

—Soy más joven que tú, seguro que...

—Seguro que nada, déjate de tonterías y bésame al amparo de las estrellas.

Me llevé las manos a la cabeza; aquélla fue nuestra última noche, pues a la mañana siguiente me desperté aterrorizada y salí pitando sin volver la vista atrás. La mañana en la que dejé escapar, por primera vez, al amor de mi vida. Al surfero convertido en proxeneta...

Desconozco cuándo tiempo pasé observando cómo las olas entraban y salían de aquella pequeña cala, deteriorada por una horrorosa galerna tiempo atrás. Las piedras entraban y salían, ayudándome a no pensar en nada hasta que comencé a temblar. Primero creí que era debido al tiempo, pues, a pesar de estar el sol en lo alto, como había estado lloviendo todo el día anterior, no hacía mucho calor. Pero no, luego me di cuenta de que los temblores eran por mi culpa, al sentir la primera lágrima caer por mis mejillas. No tenía frío, sino que estaba destrozada al ser consciente de que no podía hacer nada con respecto a Laurent. Ni siquiera sabía qué hacía allí; se suponía que debía estar encarcelado; los indicios eran claros, la sentencia la tenía clara en mi cabeza... La vida no era justa.

—¡¡¡No es justa!!! —grité a la desesperada, sola en aquel solitario lugar, a la par que me echaba las manos a la cara; ya no dejé de llorar ni un sólo minuto.

—Lo que no es justo es lo que nos hemos estado haciendo. —Sentí el abrazo de Laurent, pero, al reconocerlo, me aparté.

—¿Qué haces? —Lo miré sin siquiera poder recriminarle nada.

—Laura, déjame hablar.

—Laurent —suspiré —, no puede ser. De verdad. Ahora no puedo... —Lo miré a los ojos.

—Estás triste. —Me acarició las mejillas.

—Eres muy listo —solté sarcásticamente—. ¿Cuándo te juzgan?

—No me van a juzgar. Llevo aquí tres días; no sé realmente qué es lo que ha podido pasar. Me llamaron de la policía hace cinco días para decirme que todos los cargos en mi contra se habían desestimado. Cuando me volvieron a asignar fecha de juicio, aparecieron en la policía unos documentos, cintas y fotografías que inculpaban al exsocio de mi padre, tal como te dije, así como una cinta donde explícitamente se lo oía mientras contrataba a una persona para hacerme parecer culpable de todo. No sé quién los entregó a las autoridades, no tengo ni idea de quién facilitó ese material, pero inmediatamente después todos los cargos que pesaban en mi contra desaparecieron. No sólo eso, sino que encerraron a aquel tipo y se liberó de la esclavitud sexual a cerca de veinte chicas.

—¿Cómo? ¿Perdona? ¿Me estás diciendo que, por obra y arte del Espíritu Santo, aparecieron documentos exculpatorios a tu favor? —Mi corazón comenzó a latir con fuerza, sabía quién había sido el responsable de aquello.

—Sí, no sé quién fue. La policía nunca quiso facilitarme esa información; sólo me dejó caer que había sido un tipo con suerte al tener amistades con tanta influencia.

—¡Oh, Dios mío! —Me llevé las manos a la boca, al saber perfectamente quién había sido la persona encargada de averiguarlo todo para liberar a Laurent.

—Laura, perdona a Lucía. Ella me dijo que te iban a traer aquí. En realidad te diré que fue idea mía cuando me contó qué te pasaba. Le dije que quería verte a toda costa, pero en algún lugar donde no pudieras escapar.

—Me va a oír —susurré, furiosa con ella.

—No la pagues con ellos, han sufrido mucho. Rodrigo, el pobre, no sabía nada de esto, pero Nuria y Lourdes algo se oían. Se lo he explicado todo. Te esperan en casa. —Cogió aire—. Nos esperan, si me aceptas.

—Pero ¿y tu vida? ¿Tu estilo de vida? ¿La empresa?

—La vendí, ya te dije que no era lo mío, y vi dinero fácil. He vuelto a la música.

—¿La has vendido?

—Sí. Me la compró un ruso. —Sonreí de medio lado, Sasha—. ¿Qué?

—¿Llegaste a conocerlo? —pregunté insegura.

—No, todo lo hizo a través de sus abogados. Creo que se llama Aleksandr Vodianov

—¡Cielos! —Me quité las lágrimas de la cara y me acerqué a Laurent para sentarme sobre sus piernas, como aquella última noche.

—*Ma petite chatte* —murmuró en mi cuello.

—Sí, Laurent, te quiero en mi vida —sentencié en aquel momento, a la par que sus grandes manos sujetaban mi rostro y abalanzaba su boca sobre mis labios.

—*Je t'aime, ma vie* —declaró antes de profundizar el beso.

—Te quiero, te quiero, te quiero —casi grite sobre su boca, riendo como una loca mientras nos besábamos.

Epílogo

Estaba nerviosa, no tenía ni idea de la sorpresa que me habían preparado por mi cumpleaños. Eran ya treinta y ocho castañas las que caían sobre mí, y Laurent se empeñó en que la celebración debía ser algo especial.

La verdad era que me daba un poco igual, lo prometo; con una cena, unas copas y una larga sesión de sexo, me valía. Pero no; no sabía qué intención tenía, pero me dijo que todo estaba en buenas manos, que me dedicara a nosotros dos y que esa noche descubriría mucho más.

Llevábamos viviendo juntos casi un año en mi pequeño apartamento y, la verdad, nos compenetrábamos bastante bien. Ciertamente era que Laurent viajaba por todo el mundo gracias a su buen nombre como disyóquey, y yo lo acompañaba alguna vez que otra, si podía compaginarlo con mi trabajo en el juzgado. Se lo conté todo; sabía absolutamente todo lo que había pasado desde que conocí a Sasha y lo sucedido entre nosotros. No me culpó, sólo se culpó a sí mismo por no poder haber estado aquel día en el que las dudas me asaltaron en el cuarto de baño.

Ahora las dudas volvían a asaltarme, pues, desde que supo de aquella situación, no hacía más que insinuarme que podríamos tener un hijo. Siempre que me lo proponía, me reía y le recordaba que era cuatro años mayor; por lo tanto, debería ser yo la que tuviera prisa. Siempre que se lo mencionaba, se tiraba sobre mí y acabábamos de nuevo practicando sexo.

Pensaba en el futuro entre ambos a menudo y no voy a mentir si digo que me daba miedo. Viajaba mucho, pasaba innumerables horas solo, conocía a mujeres preciosas en las discotecas o en las fiestas en las que pinchaba. Pero, al llegar a casa o cuando iba con él a alguna de aquellas fiestas, veía que, si sus ojos se apartan de la mesa de mezclas, sólo me miraba a mí. Yo sólo lo veía a él, y ahí es cuando se me olvidaban todas las tonterías que podían flotar por mi mente.

«Puede, y sólo digo puede, que algún día le pida matrimonio. Sí... Llegará un día en el que le diré que venga al juzgado y le dejaré sin habla. Sé que él quiere casarse, también, pero yo... La verdad es que no hago más que poner pegos, ¿no? Lo amo, ése es el resumen.»

—Laura, date prisa, nos están esperando ya. —Pasó por mi lado, besándome el cuello.

—Voy, voy... es que... como no sé adónde vamos.

—No debes saberlo, tú déjate llevar y disfruta. Es tu cumpleaños. El día en el que debes pasarlo

de maravilla.

—Lo sé, pero estoy nerviosa.

—No te preocupes, será genial.

—Venga, ya estoy lista —le anuncié cogiendo el bolso de la mesilla de noche y poniéndome en marcha.

—Perfecto, entonces. —Pilló las llaves del coche de encima de la mesa y salimos rumbo a lo desconocido; bueno, por lo menos para mí.

Condujo durante bastante rato. Dirección norte, hacia la sierra. Menos mal que era una noche calurosa; sí, yo nací en septiembre, qué se le va a hacer. Vi que se desviaba hacia una de esas urbanizaciones de lujo.

—¿Adónde vamos? —pregunté curiosa.

—Tranquila, ya estamos llegando.

Vi cómo giraba en una rotonda y entraba en una casa con una gran verja. Lo miré levantando una ceja. Sólo pude distinguir cómo sonreía de medio lado.

Aparcó el coche, pero, antes de salir de él, envió un mensaje por el móvil a alguien.

—Todo debe estar perfecto para mi princesa —se justificó.

Al llegar a la puerta de entrada, dos caballeros perfectamente vestidos nos entregaron dos mascararas rojas preciosamente trabajadas.

—Póntela —me pidió mientras él se colocaba la suya y me ayudaba a hacer lo mismo con la mía.

—¿Qué...? —No pude terminar la frase, pues la puerta se abrió y un montón de personas, todas con máscara, se acercaron a mí para felicitarme.

—Feliz cumpleaños, cariño. —Besó mis labios entre máscaras.

—Eres un cerdo —lo regañé falsamente—, me has hecho creer que...

—Hace dos años, más o menos, volvimos a encontrarnos. ¿Qué mejor que recordarlo de esta manera?

—Tienes una mente perversa.

—Luego te enseñaré lo que mi mente perversa ha preparado para ti.

—¡¡¡¡Nena!!!! —A pesar de las máscaras, pude distinguir a Nuria y su marido. Iban seguidos de Lucía, Lourdes, Rodrigo y Fher—. ¡Pero qué fiestón! Cómo se nota que Laurent aún tiene contactos. Esto es la leche.

—Felicidades. —Lucía me abrazó y sentí su barriga, redondeada de nuevo.

—¿Lucía? ¿Rodrigo? —Los miré a los dos indistintamente.

—Es que allí arriba se está muy solo —bromeó Rodrigo, riendo.

—Qué cachondos —solté.

—Anda, vamos a divertirnos, que Nuri tiene morriña: ha dejado a sus gemelos en casa y no hace más que llamar a mi madre —intervino su marido—. Tiene miedo de que se los coma o algo por el estilo.

—No seas así; es la primera vez que me separo de ellos en dos meses —se justificó.

—A mí no me miréis —Lourdes puso las manos en alto—; yo ni estoy, ni se le espera.

—Eso ya me lo dirás esta noche —saltó Fher, haciendo que todos riéramos.

—¡Nenaaaaaaaaaaaaaa! —Sergio apareció corriendo en mi dirección para abrazarme—. Esta fiesta es la monda, ¡me encanta! Me siento como en una película. Es mejor que el cuarto oscuro del garito al que voy.

—Estás fatal —le dije tronchándome.

—Lo sé, pero le he echado el ojo a un negro que no para de mirarme. —Se marchó despidiéndose con la mano mientras todos nos carcajeábamos.

—Venga, divirtámonos al estilo Etienne —propuso Laurent a la par que comenzaron a salir camareros, así como chicos y chicas haciendo *performances*.

—No has perdido tu toque —le susurré al oído—, y eso me excita.

—Uno sabe cómo montar fiestas para que todos se lo pasen bien.

—¿Todos? —lo provoqué.

—Absolutamente todos, *ma vie* —afirmó, acariciando el principio del escote de mi vestido.

La noche avanzó ágilmente, y algunos invitados ya se habían ido a sus casas, por lo que quedábamos sólo un pequeño grupo de personas. Amparo no pudo venir a la fiesta; estaba con Manuel, de viaje, pero me envió un regalo maravilloso a casa y una promesa de cena y copas las dos solas.

Ya era bastante tarde y mis amigos finalmente también se marcharon. Fue en ese momento cuando Laurent me cogió de la mano y me llevó a otro lugar de la casa.

—¿Estás preparada? —me preguntó.

—Preparada, ¿para qué? —Intuía algo y sonreí.

Abrió una puerta y, frente a mí, apareció un pequeño grupo de personas que ya habían comenzado su fiesta privada.

—¿Tú no habías dejado esto? —Sonreí maliciosamente.

—Sólo por última vez, sólo para tu cumpleaños... lo he preparado para ti. —Me besó con pasión, adentrándose en una sala llena de gente semidesnuda que nos miraba con curiosidad.

—¿Tú y yo? —pregunté nerviosa.

—Sí, *ma vie*, solos tú y yo. Pero...

—Juguemos...

Al fondo de la sala, un hombre observaba a los nuevos invitados. A ella la conocía perfectamente; sonrió sin ningún tipo de tapujo. Estaba hermosa, deliciosa y feliz.

Se dio la vuelta para dedicar sus atenciones a una mujer que lo requería. Sasha era así, se había convertido en eso.

Estábamos realmente agotados después de haber estado jugando en casi todas las salas de la fiesta; no habíamos parado en ninguna y allí, abrazándonos antes de marcharnos a casa, Laurent me dijo:

—Recuerdas que te comenté que tenía algo preparado para ti. —Asentí con la cabeza, viendo

cómo metía la mano en el bolsillo del pantalón para sacar algo.

—¿No será? —Lo mire con los ojos abiertos como platos.

—Lo es. —Me miró y, sin importarle lo que los demás pensarán, se quitó la máscara, haciendo así que yo también lo hiciera—. Nos reencontramos en un lugar como éste, en estas circunstancias, y nos separamos por ello. He querido que fuera así y aquí donde te dijera lo de ¿quieres casarte conmigo?

Lo miré a los ojos; primero con incredulidad, después ésta se fue transformando en devoción, para finalmente dejar caer unas tontas lágrimas que delataron sin reservas mi respuesta. Me la había jugado, se había adelantado y encima me había montando una fiesta de ese tipo.

«Sí, Laurent, me quiero casar contigo. Sí, sí y siempre sí.»

—Di algo —me instó con cara de preocupación.

—Sí. Que sí. Quiero vivir contigo para siempre. —Mi loca mente me había jugado una mala pasada, pues creía que ya le había respondido, pero no.

—Te quiero, mi vida —me regaló, poniéndome el anillo y besándome.

—Te quiero —respondí, a él y a su beso—, pero vayámonos ya a casa, quiero follarte allí también.

—Eres insaciable. —Mordió mi cuello.

—Me haces insaciable.

Agradecimientos

Muchas gracias a todos los que confiáis en que siempre seré capaz de hacer las cosas, a pesar de los inconvenientes. Intentaré no defraudaros.

Mi especial agradecimiento a Esther Escoriza, por su paciencia con respecto a este proyecto, ¡y yo que pensé que me iba a sobrar tiempo!

Olga, gracias por tus comentarios cada vez que te hacía una pregunta.

Dona Ter, como siempre, a sus pies.

Norma, gracias por tu ánimo y tu sonrisa, pese a toda la locura que nos rodea.

Family, gracias.

Para ti, el mejor de los agradecimientos, la mejor de mis sonrisas y lo más grande. Gracias, Josep, por tu paciencia y por ayudarme siempre en todo lo que puedes. No ha sido fácil trabajar con el nuevo terremoto en casa, Daniel.

Finalmente, gracias a todos mis lectores, por estar, por preguntar, por ayudarme cuando lo necesito.

Biografía



Patricia Hervías es una madrileña treintañera nacida en el conocido barrio de Moncloa. Estudió Biblioteconomía y Documentación en la Universidad Carlos III de Madrid, pero ya desde ese momento intuía que su futuro se dirigiría hacia el campo de la comunicación y la publicidad.

Desde 1997 estuvo trabajando para varias empresas dedicadas a la publicidad o en departamentos de comunicación, hasta que en 2008 dio el salto mortal y lo dejó todo para trasladarse a Barcelona y comenzar a viajar por el mundo. Empezó a publicar sus aventuras en la revista Rutas del Mundo, pero la crisis hizo que tuviera que aparcar sus ganas viajeras para formar parte del equipo creativo de una empresa de e-commerce.

Todo ello siempre aderezado con colaboraciones en la Cadena SER, RNE4 y con artículos en revistas de historia, viajes y actualidad.

Nunca ha dejado de escribir relatos, y publicó su primera novela, *La sangre del Grial*, en 2007, a la que han seguido *Te enamoraste de mí sin saber que era yo* (2015) y *Que no panda el cúnico* (2016).

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<<https://www.facebook.com/PatriciaHerviasD>>

@pattyhervias

<<http://pattyhervias.blogspot.com/es/>>

Perdiendo el juicio
Patricia Hervías

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Africa Studio / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Patricia Hervías, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: diciembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16326-8

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

